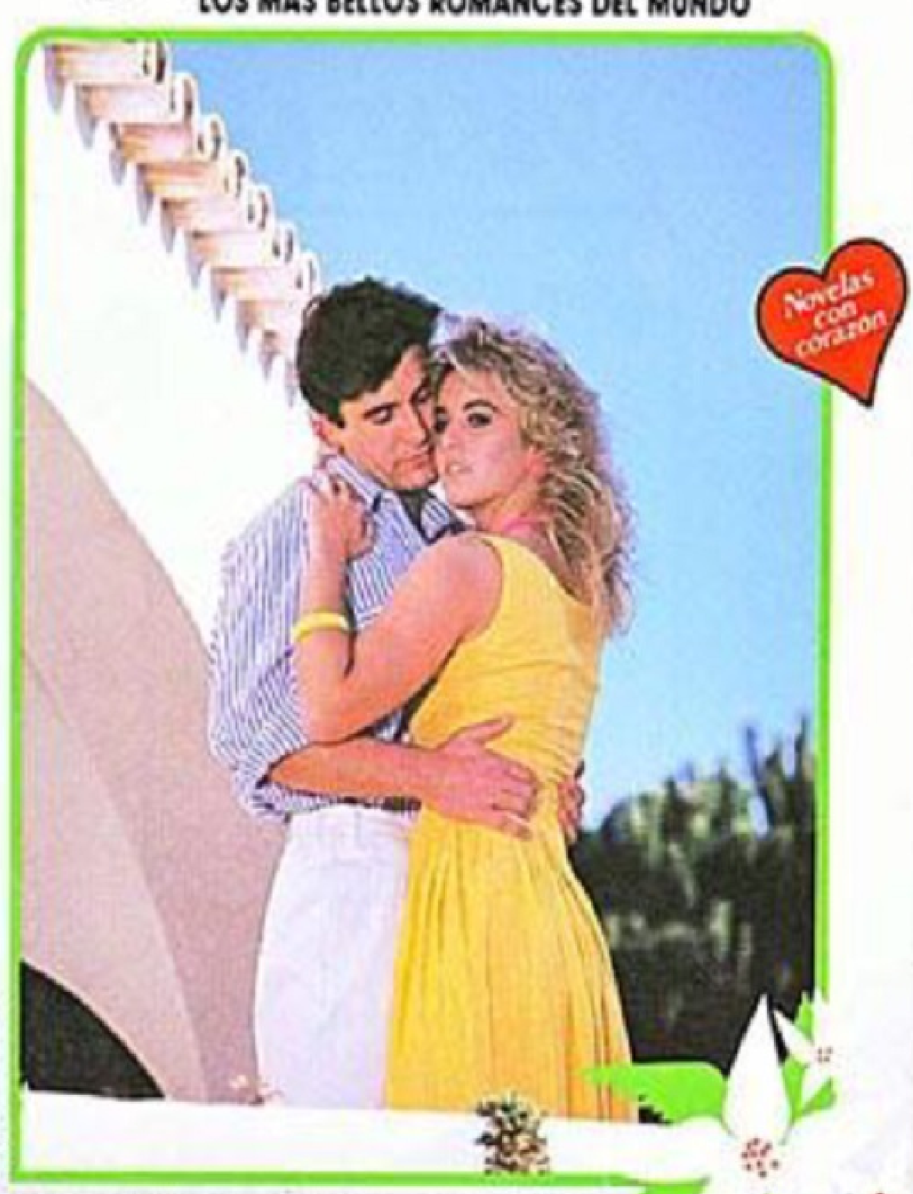
# JAZMIN

LOS MAS BELLOS ROMANCES DEL MUNDO




215

# Anhelo de independencia

Yvonne Whittal

# Anhelo de independencia

Ivonne Whittal

**Anhelo de independencia (1989)**
**Título Original:** Bid for independence (1988)
**Editorial:** Harlequin Ibérica
**Sello / Colección:** Jazmín 675
**Género:** Contemporáneo
**Protagonistas:** Clayton Brauer y Maura Fielding

# Argumento

*Maura Fielding no necesitaba trabajar para ganarse la vida, pero estaba decidida a ejercer su carrera de magisterio.*
*Acostumbrada a hacer lo que quería, recibió una desagradable sorpresa cuando su dominante hermanastro, Clayton, se opuso a la idea. Ella le demostraría que era capaz de valerse por sí misma.*
*No le necesitaba en su vida. No pasó mucho tiempo para que Maura descubriera su error. ¡Pero era demasiado tarde!*

# Capítulo 1

El viento vagaba entre los árboles de la plantación y silbaba en las esquinas de la casa que se erguía sobre la cima de la colina. Un relámpago cruzó el cielo seguido de un trueno, que sacudió los cimientos de la fortaleza bajo los pies de Maura Fielding. Ella estaba acostumbrada a las tormentas de verano, pasaban casi tan rápido como empezaban.

Las primeras gotas de lluvia golpearon las puertas de cristal que daban al jardín cuando se volvió Maura para enfrentar a otro tipo de tormenta: la que había estallado en la Casa de la Colina, desde que ella llegó esa tarde.

Los finos y atractivos rasgos de Maura habían adoptado un aspecto sereno aunque se sentía inquieta y la tensión la dominaba. Sus ojos grises encontraron los del hombre cuya presencia dominaba el ambiente de la habitación.

—Ahora que has satisfecho tu capricho, ¿podremos verte con más frecuencia en esta casa y en la oficina, Maura?

La voz de Clayton Brauer contenía una nota de censura y una sonrisa irónica curvó los labios de Maura cuando se sentó frente a su hermanastro al otro lado del escritorio de caoba de su estudio. Durante la cena, tuvo la sensación de que una pistola apuntaba directamente hacia su cabeza y ahora sabía quién la empuñaba.

Era el momento que más temía. Cinco años atrás, que habían compartido a pesar de los diez años que había de diferencia entre ellos. Al final surgió entre ellos una tensión que hacía casi imposible sostener una conversación sin acabar en batalla verbal.

—¡Por favor, Maura! —la áspera y acusadora voz de Clayton la sobresaltó y la devolvió al presente—. ¡Estás actuando de una forma tonta y obstinada, como de costumbre!

—Ésa es tu opinión; tengo veintidós años y tú no tienes derecho a vetar mis decisiones.

Un tic nervioso en la mejilla de Clayton indicaba que su ira había llegado a un nivel explosivo.

—Posees una fortuna considerable y yo tengo el control de esa suma hasta que cumplas veinticinco años. Me otorgo el derecho a saber qué piensas hacer —su voz evidenciaba una ira controlada, y ella sentía que un abismo se abría entre ellos. Pero eso era algo que tendría que lamentar en privado.

—He tenido la suerte de conseguir plaza en una escuela primaria, aquí en Nueva Ansbach —Maura hablaba con calma—. Compartiré el apartamento con otra maestra.

El rostro de Clayton se oscureció.

—¡Estamos a diez kilómetros de la ciudad!, ¿qué hay de malo en que vivas aquí, en tu hogar, y recorras esa distancia todos los días?

—Vendré los fines de semana.

—¡Qué generosa! Nos harás el honor a mamá y a mí de contar con tu presencia los fines de semana.

—Ese sarcasmo no era necesario —protestó ella, dejando ver su enfado por primera vez. Clayton se encogió de hombros y encendió un cigarrillo.

—¿Conoce mamá esta decisión tuya?

—Sí.

—¿Y la aprobó?

La tormenta de fuera estaba amainando.

—Sí —susurró.

—¡No me sorprende! —sonrió irónico, mientras lanzaba el humo del cigarrillo hacia el techo—. Mamá siempre accede a todo lo que tú decides hacer, ya sea destinado o sensato. Me pregunto qué más sabe mamá que yo ignoro.

Maura apretó los puños y se puso rígida.

—¿Insinúas que mamá y yo tenemos el hábito de conspirar a tus espaldas?

—¡Dios me libre!

La burla provocó a Maura; sin embargo, se contuvo y se puso de pie.

—¿Puedo irme?

—No soy tu enemigo, Maura —él también se levantó.

—Ése es el problema —repuso ella con gravedad, al recordar las múltiples ocasiones en que la cautela de Clayton le impidió meterse en serios apuros de niña—. Desde que tengo memoria, recuerdo que me has quitado los obstáculos de camino antes de que llegara a

ellos, y realmente lo aprecio; pero ya es hora de que empiece a cuidarme sola.

Una extraña expresión cruzó por el rostro de Clayton. Maura no se quedó para analizarla, salió del estudio y echó a correr al subir por la alfombrada escalera hasta su alcoba. Había dado el primer paso para probarse a sí misma que tenía capacidad para vivir sola, pero presentía que su hermanastro no iba a facilitarle la tarea.

En la habitación estaba su madrastra esperándola con asomo de ansiedad en la mirada. Era la mujer que se había encargado de ella casi desde el día en que nació y Maura no dudaba de que no hubiera querido más a su verdadera madre.

—¿Cómo ha reaccionado Clayton?

La joven suspiró y se relajó.

—Creo que se lo ha tomado sorprendentemente bien.

—¿No ha puesto objeciones?

—Ah, sí, ha protestado mucho, como siempre —sonrió con cinismo al dejarse caer sobre la cama—. Puede objetar todo lo que quiera, pero no hay modo de que me impida hacer lo que quiero y lo sabe.

—Querida, debes perdonar a Clayton —Ángela Fielding se sentó al lado de Maura y la miró suplicante—. Mi hijo se parece a mí en el físico, pero en todo lo demás es igual a su padre. Es fuerte y amable, pero un tirano cuando se le contradice, y protector hasta el extremo de ser posesivo con las personas y las cosa que aprecia.

—Lo sé —Maura suspiró—. Ya es hora de que me deje madurar.

—Estoy de acuerdo —convino Ángela y cambió de conversación —: Te extrañamos en Navidad.

—Yo también, pero… —Maura se mordió los labios y apartó la mirada. Decidió pasar la Navidad con su tía, en Durban, para evitar discusiones con Clayton—. Fue mejor así —agregó sin convicción.

Ángela no hizo comentarios. No era necesario, puesto que Maura sabía que su madrastra comprendía el motivo de su ausencia, sin necesidad de que se lo explicara.

—Ya es hora de irnos a dormir —la señora sonrió con afecto y pasó los labios ligeramente por la mejilla a su hijastra antes de ponerse de pie—. Buenas noches.

El aroma familiar del perfume de Ángela seguía en la habitación mucho después de que ella saliera y era curiosamente reconfortante.

La tormenta había pasado, dejando como secuela el intenso silencio que, de pequeña, la hacía temer que el mundo se hubiera detenido de pronto y que fuera ella la única viva en la Tierra. En esas ocasiones, buscaba consuelo en la cama de su padre; se colocaba con seguridad entre él y Ángela y el sonido de su tranquila respiración la serenaba hasta que se quedaba dormida.

*Dormir*. Maura se desnudó y se puso el camisón después de quitarse el maquillaje. Se metió a la cama mas no logró conciliar el sueño. Sus pensamientos aleteaban hacia el pasado y ella no podía controlarlos.

El padre de Maura y Gunther Brauer habían sido vecinos durante muchos años y sus plantaciones de juncos, árboles gomíferos y pinos, se extendían acre tras acre, hasta donde la vista alcanzaba, sobre las colinas y los valles del norte de Natal, en Sudáfrica. El aumento constante del costo del transporte de las maderas se había convertido en un factor desestabilizador y Gunther un colono alemán casado con una sudafricana de ascendencia británica, había accedido a unirse a Robert Fielding en la costosa construcción de una fábrica de pulpa de madera y de papel en el corazón mismo de sus plantaciones. Había sido un negocio arriesgado en aquel tiempo, pero *Fieldco* prosperó, hasta convertirse en la lucrativa empresa que actualmente era.

Desafortunadamente Gunther Brauer no vivió lo suficiente para presenciar y disfrutar de su éxito. Su vida terminó trágicamente una tarde, cuando se atravesó en el camino de un árbol que caía. Dejó a su esposa, Ángela, con un hijo de diez años y el cincuenta por ciento de un negocio que, en aquel tiempo, todavía no era muy seguro.

Fue entonces cuando Maura llegó al mundo. Su madre, Kathryn Fielding, nunca había sido una mujer fuerte. Su fragilidad y propensión a la enfermedad fueron la constante preocupación de su marido y del médico de la familia. Tuvo un embarazo difícil y un parto complicado. Según le contaron a Maura años después, Kathryn permaneció semiconsciente varios meses, hasta que una noche no despertó más.

El nacimiento de Maura y la muerte de su madre multiplicaron las responsabilidades de Ángela Brauer, por voluntad propia, pues decidió llevarse a la niña a su casa y criarla como si fuera suya.

Robert Fielding lamentó mucho la muerte de su esposa, pero vio en Ángela las cualidades de una mujer que podía compartir su vida y alegrar su solitario corazón. Se casaron en Nueva Ansbach, cuando Maura tenía cinco años y Clayton, quince. Para él, tal vez significó un período de ajuste, pero para Maura fue la consolidación de la única familia que conocía.

Después de nueve años de feliz matrimonio, Robert Fielding sufrió un infarto durante una inspección en la fábrica. Lo llevaron al hospital de Nueva Ansbach y murió antes del amanecer. Maura tenía entonces catorce años y Clayton, a los veinticuatro, se vio obligado a tomar las riendas de *Fieldco*. Robert Fielding había entrenado muy bien a su hijastro y la admiración y el respeto de Maura siempre había adorado a Clayton, pues él fue su protector y consejero desde el momento en que se unieron en una sola familia. Pero la protección hacia ella se transformó en obsesión después de la muerte de Robert. Al principio, Maura no se daba cuenta, de hecho, incluso le gustaba, pero durante el último año sus relaciones empezaron a deteriorarse.

Maura no encontró una explicación razonable para el cambio de su hermanastro e intuyó que la culpa debía ser de ella. Los modales dictatoriales de Clayton despertaron su rebeldía de adolescente cuando se dio cuenta de que siempre era él quien tomaba las decisiones que le correspondían a ella. No condenó la conducta de Clayton, pero empezó a sentirse incompetente e inferior.

Fue este descubrimiento el que la condujo a la decisión de hacerse maestra. Requirió mucho valor para convertir en realidad su ambición. Ahora necesitaba demostrarse que podía valerse por sí misma sin tener que recurrir a Clayton.

Maura se detuvo en la verja de la casita de Nueva Ansbach y sintió como si al fin hubiera llegado a un puerto seguro. Las últimas dos semanas pasadas con su familia, habían sido como estar a la deriva en un mar turbulento con la perpetua amenaza de tormenta sobre su cabeza.

La *limousine* con un chófer de *Fieldco* la había dejado en la puerta con el equipaje. A Maura no se le escapó la dudosa expresión que cruzó el rostro de la mujer que salió a recibirla y con quien iba a compartir la casita.

Joan Kilpatrick era una rubia alta, esbelta y de ojos verdes a la

que Maura le calculó unos veinticuatro años de edad.

—Me temo que esto no se parece a tu casa —el comentario de Joan era de disculpa—. Tampoco tenemos servicio. Espero que no te molesten las labores domésticas.

Maura estuvo a punto de reír, pero se controló.

—No te preocupes —y siguió a Joan por un corto pasillo hasta una de las alcobas cuya ventana daba a un pequeño y cuidado jardín.

—Las habitaciones son pequeñas y tienen muchas cosas —declaró Joan al dejar caer la maleta al suelo y enderezarse.

Maura miró a su alrededor: las cortinas, el tocador, el armario de madera de pino y la cama sin ropa blanca. Era lujoso comparado con el lugar donde había vivido los cuatro últimos años, mas esa información la ocultó cuando se volvió hacia la otra joven.

—La habitación está muy bien, gracias.

—La chica con quien compartía la casa pidió el traslado a Durban para estar cerca de su novio.

Maura dirigió la información y respondió con cortesía:

—Supongo que la extrañarás.

—Nos llevábamos muy bien. Teníamos antecedentes similares, ¿sabes? —agregó con desafío, como si quisiera subrayar el hecho de que consideraba a Maura diferente.

—Ya veo —murmuró ella con rigidez, sin saber cómo sortear ese inesperado obstáculo.

—Bueno, te dejo para que te instales —Joan sonrió por primera vez y salió del dormitorio.

Maura cubrió el colchón, una tarea a la cual estaba acostumbrada desde sus años de colegio, y luego, metódicamente, sacó las cosas de una maleta tras otra, hasta que tuvo la ropa y artículos de tocador guardados. Sudaba copiosamente cuando por fin colocó las maletas vacías encima del armario y fue a buscar a Joan.

—Ya he preparado el té —anuncio ésta cuando Maura entró en la cocina—. ¿Quieres una taza?

—Me sentaría bien —reconoció Maura, limpiándose el sudor y dejándose caer con fatiga en una silla, mientras Joan le servía la infusión. Estuvieron sentadas una frente a la otra en silencio y examinándose mutuamente con cautela, hasta que Maura expresó la

pregunta que la inquietaba desde que salió de la *limousine* de *Fieldco* esa tarde—. ¿Por qué accediste a que compartiera tu casa, si no me considerabas una persona adecuada?

Joan se ruborizó.

—Tenía curiosidad.

—¿Curiosidad acerca de mí, o por saber cómo una niña rica realiza los quehaceres domésticos?

—Supongo que por las dos cosas.

—Me gusta tu sinceridad.

—Y a mí me gusta el color de tu pelo —respondió Joan con un cumplido inesperado.

Maura no pudo controlar la risa. El hielo estaba roto y se estrecharon las manos a través de la mesa. Pero Maura sospechó que seguiría a prueba hasta que demostrara que era tan competente, al menos, como su predecesora.

—¿Estás nerviosa por lo de mañana? —preguntó Joan cuando cesaron las risas.

—Un poco —admitió Maura.

—El director es un hombre chapado a la antigua, pero casi siempre atiende a razonamientos. No te puedo decir mucho acerca de los demás, supongo que te resultarán agradables una vez que los conozcas. ¿Te molestaría si te hago una pregunta más bien impertinente?

Maura se puso rígida automáticamente.

—No me importa —repuso con cautela—. ¿Qué quieres saber?

—¿Por qué vivir en la ciudad, cuando podías estar tan cómodamente en tu casa?

Maura se relajó. Entendía y aceptaba la curiosidad de Joan y era justo que le dijera la verdad.

—Prefiero la independencia a la comodidad.

—Espero que me perdones por citar el tema, pero se rumorea que existe cierta desavenencia entre tu hermanastro y tú. Dicen que tu decisión de instalarte aquí no cuenta con la bendición de tu familia.

Maura suspiró y una irónica sonrisa curvó sus labios.

—Mi madrastra siempre me ha apoyado y te aseguro que estoy aquí con su bendición, en cambio Clayton es… —Maura se detuvo un instante para escoger las palabras adecuadas—. Se preocupa

mucho por mi bienestar y es propenso a sobreprotegerme. Por eso muchas veces no estamos de acuerdo en ciertos puntos. Sin embargo, no nos hemos peleado.

Maura se cuestionó la verdad de su última afirmación. ¿Había desavenencias entre Clayton y ella? ¡No! Su cariño no había menguado, sólo había surgido una extraña situación entre ellos, que parecía conducir a un constante choque de voluntades. Clayton se lomaba las responsabilidades con demasiada seriedad en lo que a ella concernía.

—Es un tipo muy apuesto, ¿verdad? —la inesperada observación de Joan, seguida de una turbada risita, sobresaltó a Maura.

—Yo… supongo que sí —replicó Maura, titubeante, mientras hacia un intento por ver a Clayton como las demás mujeres. Era su hermano y ella nunca lo había mirado de otro modo—. Nunca se me había ocurrido pensar en el atractivo de Clayton —confesó.

—Pues te puedo decir que no hay una mujer soltera en Nueva Ansbach que no diera cualquier cosa por pasar una noche de amor con Clayton Brauer, y no me sorprendería saber que las más atrevidas lo hayan logrado —Joan no le pasó la información sin burla—. ¿No sabes que tu hermanastro es considerado el más guapo y el mejor partido en cincuenta kilómetros a la redonda?

—Supongo que ninguna chica piensa en su hermano de la misma manera que las demás mujeres —su tono debió darle a Joan una indicación de que era preferible abandonar la conversación.

—Yo preparé la cena esta noche —ofreció Joan con una sonrisa irónica—. Mañana lo harás tú. ¿De acuerdo?

—Sí —convino Maura y se puso de pie para echar un vistazo por la puerta posterior que estaba entreabierta para dejar pasar un poco de aire fresco. El patio era pequeño y cubierto de cemento y eso la hizo pensar en el jardín que había a la entrada de la casita—. ¿Te ocupas tú misma del jardín o tienes a alguien que te lo arregle?

—Lo hago yo cuando tengo tiempo —explicó Joan—. Una vez a la semana, el dueño de la casa envía un jardinero para cortar el césped y podar.

—¡Qué alivio! —rió Maura—. Tengo que reconocer que no se me da muy bien la jardinería aunque siempre me ha gustado hacer arreglos florales.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Joan con deleite—. A mí me

gusta ocuparme del jardín, en cambio hago barbaridades con los arreglos florales.

Maura no contestó, pensó que al menos algo había en lo que podían complementarse.

Esa noche, después de cenar, vieron la televisión un rato antes de bañarse e irse a acostar.

Por desgracia, el sueño no le llegaba a Maura. Pensaba en Clayton y en el comentario de Joan acerca de su aceptación entre las mujeres. Qué curioso que ella nunca hubiera reflexionado en que algún día Clayton tendría que casarse y formar su propia familia. Clayton sería un excelente marido y padre. Reunía las cualidades necesarias y merecía a una compañera que lo apreciara. Trató de imaginarse qué clase de mujer elegiría Clayton para esposa. ¿Sería morena, pelirroja o rubia? Una inquietante sensación surgió en su interior. Maura no podía entenderlo, pero por alguna oscura razón, la enfureció.

# Capítulo 2

Las clases no empezaban hasta el miércoles, pero Maura fue a la escuela el lunes por la mañana y la experiencia no resultó tan desagradable como había pensado. Acababa de terminar la carrera, pero el director y los demás maestros no la trataron con amabilidad y no tuvo tiempo de ponerse nerviosa durante las discusiones que precedieron a la distribución de los grupos para ese año. Los dos días previos al comienzo de las clases dieron la oportunidad a Maura de conocer al resto del personal y familiarizarse con sus futuras obligaciones, por lo cual no estuvo tan nerviosa el día que tuvo que entrar en el aula y enfrentarse a un mar de caritas desconocidas.

Los niños se mostraron cautelosos con ella al principio, pero pronto se adaptaron a la rutina de las clases después de las vacaciones de verano.

Durante el recreo un hombre larguirucho, de brillantes ojos azules abandonó su posición de pereza junto a la ventana del salón de descanso de los maestros para acercarse a Maura con un cartapacio de cuero en la mano.

—Hola, encantadora dama —saludó con una sonrisa graciosa—. Mi nombre es William Baker. Todos me llaman Will.

—Perdone el *lapsus* —ella le sonrió a modo de disculpa—; lo recordaré la próxima vez… Will.

—Estaremos intercambiando grupos casi todos los días —siguió él—. Yo tomaré el de usted para matemáticas y ciencias y usted tomará el mío para inglés e historia. Si necesita mi ayuda, sólo tiene que llamarme y vendré corriendo.

—Muy amable —Maura dejó su taza vacía en la mesa—, pero no me parece que haya problema con los niños.

—Nunca se sabe —persistió Will—. Los niños pueden ser a veces muy difíciles.

—Tú debes saber mucho acerca de eso, Will, puesto que nunca has madurado —una voz cortante intervino y ambos se volvieron

para ver a Joan Kilpatrick.

—Joan, querida —respondió el aludido con tono dramático—, como siempre, tus palabras son puñales y me han atravesado el corazón.

—Lo más probable es que hayan atravesado tu inflado ego —se burló Joan.

—Me retiraré para lamer mis heridas en privado —anunció él antes de hacerle una reverencia a Maura—. Nos encontraremos de nuevo, Maura Fielding. Es inevitable.

Maura ocultó su diversión bajo un semblante serio, mientras veía salir a Will del salón.

—Te quiero hacer una advertencia, Maura —Joan interrumpió sus pensamientos—. Nunca tomes en serio a Will Baker. Es capaz de destrozarte el corazón sólo por divertirse y ponerse a bailar sobre los restos.

Maura observó a Joan en silencio.

—¿Hablas por experiencia propia? —preguntó con fingida despreocupación, en un intento de averiguar la verdad.

—¡Por fortuna, no! —negó Joan con vehemencia y una sonrisa cínica curvó su generosa boca—. Me di cuenta de lo que era desde el principio y probablemente sea por eso por lo que hemos sido enemigos de siempre.

—Comprendo —admitió Maura, aunque no por las mismas razones de Joan—. De todos modos, gracias por la advertencia.

Se oyó la campana que indicaba el fin de recreo y las dos recogieron sus cuadernos para salir en tropel con los demás maestros.

—De regreso al trabajo —murmuró Joan, con una mueca burlona, al separarse—. Te veré más tarde.

Maura no pensó más en el incidente, hasta que se encontró con Will Baker, durante un intercambio de clases.

—Lamento mucho que haya tenido que participar en esa conversación tan mordaz entre Joan y yo —se disculpó con seriedad —. Debió ser desconcertante y desagradable para usted.

—Sólo me extrañó —confesó Maura con franqueza—, pero no es asunto mío.

—Me gustaría que sí lo fuera —puso una mano en el brazo de ella para detenerla—. Supongo que Joan la habrá prevenido contra

mí, puesto que fue ella la que perversamente me apodó el donjuán de Nueva Ansbach.

Maura bajó la vista hacia la mano que Will apoyaba en su brazo preguntándose cómo interpretarían ese contacto aquellos que fueran de la misma opinión de Joan. Will la soltó de inmediato, como si le leyera el pensamiento.

—Joan me advirtió algo sobre eso —reconoció Maura, más divertida que molesta—, pero por lo general prefiero formar mi propia opinión de la gente.

—Se lo agradezco mucho, bondadosa dama —la miró con alivio y burla cuando alzó una mano en una vaga imitación de un saludo militar—. Ha restablecido mi fe en la humanidad —agregó con una pose teatral antes de que se separaran.

Maura no sabía qué pensar de Will Baker y seguía meditabunda cuando entró en la clase de historia, donde los niños se pusieron de pie y la saludaron con el estribillo de siempre:

—Buenas tardes, señorita.

—Buenas tardes, niños. Por favor, sentaos.

La *limousine* de *Fieldco* llegó a tiempo, a las tres de la tarde del viernes, para llevar a Maura a su casa para pasar el fin de semana. La expresión de Joan hizo que Maura decidiera comprarse un coche en cuanto pudiera hacerlo. Estuvo tentada a invitar a Joan a que la acompañara, mas sus relaciones todavía no eran tan estrechas, además de que sentía la necesidad de aclarar la situación entre Clayton y ella, antes de atreverse a llevar a una persona extraña a la casa.

La bienvenida de Ángela fue tan cálida como siempre, sin embargo, el ambiente se enfrió en cuanto Clayton regresó del trabajo. No había calor en su mirada y sus labios eran fríos cuando depositaron un breve beso en su mejilla. Luego se disculpó y subió a darse una ducha y a cambiarse para la cena.

Maura suspiró y jugueteó con uno de los pendientes de diamante que Clayton le había regalado cuando cumplió diecisiete años.

—Parece que Clayton aún está enfadado conmigo.

—No está enfadado, querida —corrigió la madrastra con una cariñosa sonrisa—. Sigue obstinado en su desaprobación a lo que decidiste hacer.

«Y va a demostrarlo», pudo haber agregado Maura, aunque

guardó silencio.

—Tendré que hablar con él —dijo al fin.

—Dudo mucho que te sirva de algo.

—Yo también lo dudo, pero voy a intentarlo —había temblor en su voz cuando se levantó inquieta del sillón para sentarse junto a Ángela en el sofá y cogerle las manos, con los ojos llenos de lágrimas—. No soy feliz con este muro que se ha levantado entre Clayton y yo. Siempre habíamos estado unidos y ahora… ahora parece que estamos en lados opuestos del mundo —la voz de Maura era un susurro.

Su infelicidad de los últimos años había crecido al grado de que ya no podía controlarla. Deseaba sacudírsela y vivir con la fría e inflexible actitud de Clayton igual que había aprendido a aceptar la muerte de su padre. Sin embargo no podía soportar el absurdo y cada vez más profundo abismo entre Clayton y ella; extrañaba la intimidad que siempre habían compartido.

—Esto es un período de ajuste… tanto para ti como para él —la cálida y comprensiva voz de Ángela interrumpió sus dolorosos pensamientos—. Estoy convencida de que necesitáis tiempo para llegar a un acuerdo sobre el futuro.

¡Tiempo! La palabra desató en Maura una sensación de amargura. ¿Cuánto necesitaba Clayton para aceptar que ella no era una niña y que tenía derecho a tomar las decisiones relativas a su futuro? Una ola de desesperanza la invadió, pero se negó a ceder ante ella y se hizo más fuerte su determinación de hablar con Clayton, en cuanto hubiera una oportunidad.

Estuvo muy callado durante la cena. Casi no miró a Maura, excepto para pedirle que le pasara algo. La mirada compasiva de Ángela tal vez no fuera de aliento, pero sí impulsó a la joven a no dejar pasar el fin de semana sin intentar recuperar una fracción de la armonía que hacía tiempo hubo entre su hermanastro y ella.

Maura no pudo dormir esa noche. Buscó consuelo en el tibio aire, sentada en un banco que había debajo de la ventana. El jardín estaba bañado por la luz de la luna y más allá de los altos muros se veía el perfil de los árboles de la plantación contra el cielo estrellado.

Suspiró fuerte, preguntándose si alguna vez se cansaría de esa vista; de pronto apareció en el patio, debajo de su ventana, un haz

de luz. ¿Por qué estaba despierto a esas horas? Se inclinó hacia delante y lo encontró completamente vestido. Él encendió un cigarrillo y, por una fracción de segundo, sus facciones se iluminaron. Aspiró fuerte y alzó el rostro al cielo para soltar el humo. Casi nunca fumaba y cuando lo hacía era porque estaba molesto o perturbado. Maura se preguntó cuál de las dos cosas sería al retirarse de la ventana con el corazón latiéndole de prisa.

¿Sería un riesgo hablarle o debería esperar a que estuviera más calmado? Si optaba por lo segundo, podía aguardar una eternidad, así que cogió la bata y metió los pies en unas cómodas pantuflas.

Pese a que la puerta del estudio estaba cerrada, ella la abrió y entró. Clayton se encontraba en el patio, con la ancha espalda hacia la ventana y no se dio cuenta de su presencia hasta que la sombra apareció junto a la de él. Se volvió con rapidez y sus oscuros ojos la examinaron de pies a cabeza. Por primera vez Maura se sintió avergonzada por presentarse ante él con aquel atuendo.

—¿Puedo hablarte? —preguntó atropelladamente, luchando contra una extraña timidez.

—¿Desde cuándo necesitas permiso para hacerlo? —repuso él con un tono nada alentador.

Maura tragó en seco y se metió las temblorosas manos en los bolsillos de la bata.

—Últimamente parece que no estamos en el mismo lado del río.

—¿Y quién tiene la culpa? —replicó y ella todavía buscaba una respuesta, cuando él hizo un ademán de enfado—. Olvídalo —dijo con aspereza— y dime qué haces despierta a estas horas.

—No podía dormir… el calor y… —su voz se fue apagando, al cerrarse su garganta con un súbito torrente de lágrimas. Bajó la cabeza hasta que el dorado cabello le cayó hacia delante, ocultando su turbación. El *cri-cri* de los grillos le atacó los nervios y la instó a continuar—. Clayton, ¿no podemos ser amigos? —imploró.

—Nunca puede haber amistad entre hermanos.

—Tienes razón —admitió, después de pensarlo un momento y cuando recuperó un poco el control, alzó la mirada hacia él—. Entre hermanos no puede haber amistad, sólo amor, cariño, respeto… y comprensión.

Él entornó los ojos con ira y los músculos de la mandíbula le saltaban cuando se llevó el cigarrillo a los labios para aspirar el

humo con fuerza.

—¿Acaso sugieres que no he sido comprensivo?

—No sugería nada, pero sí quisiera que aceptaras el hecho de que yo creo en lo que hago y que soy feliz con la profesión que elegí —se quedó sin aliento cuando él dio media vuelta para mirar por la ventana—. ¿O acaso mi felicidad no cuenta? —se vio obligada a preguntar.

—Tu felicidad es lo único que me importa —aseguró sin volverse.

Sus palabras la alentaron y se le acercó. Le puso una mano en el brazo induciéndole mental y físicamente a que la mirara. Él tiró el cigarrillo al suelo antes de cumplir el silencioso deseo de Maura.

—Te creo, Clayton, pero tú no siempre puedes estar para suavizar todas las asperezas que se presentan. Tengo que aprender a hacerlo a mi modo y me gustaría saber que cuento con tu apoyo moral.

—No te he puesto ningún obstáculo en el camino, ¿o sí?

—No, no lo has hecho, pero tampoco lo has aprobado —la alta figura de anchos hombros estaba inmóvil y ella tuvo que alzar el rostro para mirarlo—. Necesito tu aprobación para triunfar en lo que estoy haciendo y… por favor… concertemos una tregua.

Extendió una mano en un gesto significativo de súplica y por un momento pensó que él iba a ignorarla. Pero su tibia y fuerte mano asió la de ella y se la llevó a los labios en un ademán poco característico que hizo que el corazón de Maura emitiera un latido.

—Tienes mi aprobación —dijo.

—¿Pero? —instó ella con ansiedad. Lo conocía tan bien, que no dudaba de que hubiera una condición y él de inmediato lo confirmó.

—¿Me prometes no ser demasiado obstinada cuando descubras que cometes un error?

—Te lo prometo —repuso ella con solemnidad, aunque no ocultó la ansiedad que todavía experimentaba—. ¿Entonces pactamos una tregua?

—De acuerdo —convino él y un destello de calor iluminó su sonrisa, antes de que sus facciones se endurecieran—. Soy terco y egoísta en lo que se refiere a ti, Maura, y reconozco que no me es fácil renunciar a la responsabilidad que contraje cuando murió tu

padre.

Una cálida oleada de felicidad la invadió y su reacción fue espontánea.

—Eres un hermano encantador y te adoro —señaló suavemente.

Sintió sus mejillas ásperas cuando bajó el rostro para besarle los labios. Luego se apoyó contra su duro pecho, rodeando con los brazos su cintura y abrazándolo como solía hacer. Pero esta vez fue diferente. Clayton no correspondió a su afectuoso gesto y sus brazos permanecieron rígidos unos segundos, antes de que alzara las manos para ponerlas en los hombros de Maura.

—Es hora de que te vayas a la cama —ordenó con brusquedad echándola a un lado para encender otro cigarrillo.

—¿Y tú?

—Tengo que pensar —explicó sin volverse—. Buenas noches, Maura.

Ella tuvo la clara impresión de que la estaba despidiendo y se preguntó por qué, mas no se quedó allí para averiguarlo. Murmuró una presurosa despedida y entró deprisa.

¿Por qué actuaba su hermano de ese modo tan extraño?, se preguntó al llegar a su alcoba. ¿Se había turbado al besarlo? Antes no pasaba, ¿por qué ahora sí? La respuesta le saltó como una liebre y las mejillas le ardieron cuando recordó su comportamiento. Ya no era una niña, sino una mujer. Y si él hubiera sido otro su acción podía interpretarse mal. El echarla había sido la forma en que Clayton la reprendía, debía estar agradecida por ello.

Llevaban seis semanas del primer trimestre cuando Maura decidió dar una entrada para comprar un Volkswagen usado, color verde pálido. El contrato estipulaba que tendría que pagar una cantidad mensual durante dos años. Estaba muy orgullosa de su adquisición y observó una mirada incrédula en el rostro de Joan cuando salió a recibirla.

—¡Me asombras! —exclamó examinando el coche con ojo crítico —. Me siento mal cuando pienso en lo que te dije el día que llegaste —continuó con un gesto de pesar, cuando al fin se sentaron una frente a la otra, a la mesa de la cocina, con una jarra de café frente a ellas—. Disfrutas cocinando y nunca te quejas por hacer más trabajo del que te corresponde. Y por si no fuera suficiente prueba de lo equivocada que yo estaba acerca de ti, vas y te compras ese…

ese coche.

—¿Qué tiene de malo mi Volkswagen? —replicó Maura con fingida indignación.

—Nada —se apresuró a responder Joan—. Está mejor que mi Datsun, sólo que parece algo ridículo cuando pienso que podrías poseer un coche más caro.

—No puedo comprarme nada mejor con el sueldo de maestra.

—Tienes otros ingresos…

—Que no tengo intenciones de tocar —interrumpió Maura.

—¿Por qué, por el amor de Dios?

—Quiero mantenerme con lo que gano con mi profesión.

Joan parecía incrédula y desconcertada.

—Me temo que no te entiendo.

—Me estoy entregando a lo que Clayton burlonamente llama «un juego» y que para mí es una cuestión muy seria —Maura sonrió con la vista fija en el café—. Necesito establecer mi propia identidad y quiero demostrarme que puedo cumplir con esa tarea sin la fortuna de mi familia. Puede que cometa algún error en el proceso; de los errores aprende uno.

Joan permaneció silenciosa un rato y Maura se preguntó en qué estaría pensando.

—No se si te das cuenta de que es la primera vez que me hablas tanto sobre ti misma desde que vives aquí —Joan se reclinó en su silla con la mirada pensativa—. Esto es una forma de rebelión. Eres una mujer vigorosa y hábil, perspicaz e inquisitiva. Posees una gran dosis de independencia y un día despertaste con el descubrimiento de que tu personalidad permanecía apagada por el amor proteccionista de tu familia. Sabía que tenían la mejor intención, pero algo dentro de ti se rebeló y, conociéndote como te conozco ahora, sé que contigo no hay medias tintas en esta cruzada pos el reconocimiento de tu persona como individuo con derechos propios.

Maura se sintió levemente turbada por haber revelado tanto a Joan, sin habérselo propuesto. Joan era muy hábil para juzgar caracteres, excepto en lo que concernía a Will Baker. Maura sospechaba que en el fondo había algo más en esos punzantes choques verbales de lo que ellos querían admitir. Suspiró y se puso de pie para enjuagar su taza.

—Quisiera que Clayton tratara de comprender lo que estoy

haciendo.

—Y hablando de Clayton… —empezó Joan empujando hacia atrás la silla y poniéndose de pie—, telefoneó cuando estabas fuera y me pidió que te dijera que vendrá esta noche a verte. Creo que se trata de negocios.

—¡No! —Maura frunció el ceño—. Tengo montones de cosas que hacer y no estoy de humor para los negocios que quiere tratar Clayton.

—A mí me pareció divino por teléfono.

—No lo dudo —convino Maura con sequedad y cambió de conversación—. Ven, vamos a preparar la cena.

—Hoy no te toca a ti —protestó Joan.

—Si te ayudo, terminaremos antes y dispondremos de tiempo para trabajar antes de que llegue Clayton.

La explicación de Maura era lógica, pero ella sospechaba que era el hecho de conocer a Clayton lo que hizo que Joan aceptara su ayuda.

Clayton llegó poco después de las ocho. Respondió con amabilidad cuando Maura le presentó a Joan, pero las dos percibieron la impaciencia que lo embargaba.

—Voy a hervir el agua para preparar el café —ofreció Joan y se retiró presurosa a la cocina, mientras Clayton se sentaba en el sillón más grande y cómodo que había en la sala.

—Tengo ciertos documentos que requieren tu atención y firma —anunció él, sin preámbulos. Abrió su maletín y sacó un fajo de hojas mecanografiadas.

Conociendo la aversión de Maura por la lectura de documentos legales largos le hizo un resumen de su contenido y Maura escuchó con atención mientras él le explicaba la necesidad que había de ampliar la fábrica, si quería obtener contratos en sitios más lejanos.

Robert Fielding hubiera estado muy orgulloso de Clayton, si pudiera verlo, y hubiera aplaudido la idea de su hijastro de buscar otros mercados. Maura se dio cuenta de que Clayton la observaba de una forma muy extraña y comprendió que se había perdido la última parte de lo que él decía.

—Lo siento —se disculpó, ruborizada—. ¿Qué decías?

—Te preguntaba si vas a firmar estos documentos para los planes de expansión —le aclaró con el ceño fruncido por el disgusto

—. ¡Demonios, Maura! ¡Creo que no has oído una palabra de lo que he dicho!

—Lo he oído todo, menos la última parte —aseguró indignada —. Pensaba en mi padre y en lo orgulloso que habría estado de ti si pudiera contemplar la expansión que planeas —sonrió al ver la expresión de sorpresa de Clayton y extendió una mano—. Firmaré esos documentos.

El legado de papeles cambió de manos y, con la pluma que él le ofreció, Maura depositó su firma en los sitios apropiados.

Joan regresó a la sala con una bandeja y sus mejores tazas de porcelana. Sin hablar sirvió el té, mientras Maura completaba la tarea. El cenicero apareció en la mesa, junto a Clayton, cuando encendió un cigarrillo y le dio las gracias a Joan, cuando ésta le pasó la taza y le ofreció unas galletas.

Un leve suspiro escapó de la boca de Maura cuando firmó el último documento y Clayton guardó los papeles.

Joan se volvió de pronto parlanchína e inquisitiva; obviamente estaba decidida a sacar el mayor provecho de la visita de Clayton. Maura sólo escuchaba y observaba en silencio y descubrió algo de su hermanastro que no había captado antes: no era un ignorante en cuestión de mujeres. Respondía con habilidad a la coquetería de Joan, que estaba tan embelesada que podría besarle los pies a Clayton, si éste se lo pedía. Él se levantó para irse media hora más tarde.

Joan retiró los trastos sucios, mientras su amiga acompañaba al visitante a donde había aparcado el elegante Jaguar blanco. El Volkswagen estaba al lado y Clayton se detuvo para mirarlo.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó, acercándose al vehículo y examinándole la abolladura que tenía en la defensa derecha.

—Creo que es un coche —se burló ella—. Tiene cuatro ruedas y un motor y aseguran que funciona con gasolina.

—No te pases de lista conmigo, Maura —le advirtió señalando el coche despectivamente—. ¿Este artefacto es tuyo?

Ella alzó la barbilla y sus ojos brillaron.

—Sí.

Clayton dejó escapar un improperio que nunca había usado en presencia de Maura y ella retrocedió.

—¡No puedes ir por ahí con esto! —protestó él con voz áspera y

autoritaria—. ¡No es seguro! ¡Por Dios! ¡Es una trampa móvil!

—Es igual de seguro que otro vehículo —repuso ella con frialdad—. Estoy segura de que me llevará adonde quiera ir. Tal vez no a la velocidad a la que tú estás acostumbrado, pero de todos modos me trasportará.

—¡Esas son ilusiones! ¿Qué diablos te indujo a comprarlo?

—Me gustó y el precio era adecuado para mi bolsillo.

—¡No seas ridícula! Tú puedes darte el lujo de adquirir algo mil veces mejor que este artefacto y lo sabes.

—Yo sé lo que puedo y lo que no puedo comprar, gracias.

—¡Maura, te lo dije antes y lo repito ahora! Estás llevando este jueguecito de la independencia demasiado lejos ¡y no lo toleraré! —sus ojos fulguraron peligrosamente—. ¡Buenas noches!

Maura lo vio alejarse y soltó el aire de los pulmones antes de entrar en la casa. ¡Condenado terco! ¡Condenado!

Joan alzó la vista de los libros de texto que tenia delante.

—Tu hermano es muy especial.

—¡Es insoportable! —la contradijo Maura con ira.

—Acabáis de tener otra discusión —observó Joan con picardía y Maura se enderezó, molesta.

—¿Me espías?

—Mi querida amiga, una mirada a tu semblante es suficiente para revelar lo que ha sucedido —explicó Joan sin ofenderse—. Supongo que no le gusta el coche que te has comprado.

—Así es.

—¿Y vas a dejar que eso te perturbe?

—¡No!

—Pues te está molestando.

Joan había puesto el dedo en la llaga y Maura explotó.

—Quisiera que dejara de ser tan odiosamente mandón y que me permitiera vivir como yo deseo.

La mirada de Joan reflejaba una leve diversión.

—Él se interesa por ti. Cualquiera puede verlo.

—Sé que se interesa por mí y ése es el motivo por el que… —algo en la voz de Joan hizo que Maura se interrumpiera—. Creo que en este momento no estamos en la misma longitud de onda.

—En efecto, no lo estamos —replicó Joan con seriedad y franqueza—. Los sentimientos de Clayton hacia ti van más allá del

afecto de hermano.

Maura la observó con incredulidad y luego soltó una carcajada.

—¡No seas ridícula!

—Estoy de acuerdo en que parece ridículo; pero esa es la impresión que recibí cuando os vi juntos esta noche.

La risa de Maura se evaporó como una gota de agua en el desierto y se le contrajo la boca del estómago.

—Joan… ¡es mi hermano!

—Tu hermanastro —la corrigió con calma. Al instante cruzó por su rostro una expresión de disculpa—. Puedo estar equivocada, así que no lo tomes como una certeza.

—¡No tengo intenciones de tomarlo así! —exclamó Maura y no trató de ocultar que Joan la había irritado—. ¡Es lo más absurdo que he oído y no merece la pena seguir pensando en ello! —cogió el bolígrafo y abrió el primer libro que tenía junto a ella, pero se quedó mirando la escritura infantil, sin registrar una sola palabra de lo que veía. ¿Qué había impulsado a Joan a hacer esa afirmación?

—Te he ofendido y lo siento mucho —murmuró Joan, como si le hubiera leído el pensamiento.

—¡Olvídalo! —repuso Maura, sintiendo que su enfado se desvanecía—. Voy preparar un poco de café y luego seguiremos trabajando, nos guste o no.

# Capítulo 3

La lista de actividades fuera del recinto de la escuela incluía el nombre de Maura para tenis y el de Will Baker para rugby y ella gimió ante la perspectiva. Se desvelaba preparando las clases y formulando exámenes finales y, cuando se iba a acostar, estaba demasiado excitada para dormir.

Sería la primera tarde en varias semanas que no tendría qué hacer, excepto preparar la clase del día siguiente. Ansiaba descansar y en cambio estaba obligada a pasar dos agotadoras horas bajo los rayos del sol con los tenistas que esperaban ganar un puesto en los equipos de la escuela.

Maura estaba exhausta cuando, dos horas más tarde, se dirigía hacia donde había aparcado su Volkswagen. Arrojó la carpeta al asiento y estaba a punto de entrar cuando oyó unos pasos que se acercaban. Era Will Baker.

—¿Tienes unos minutos para escucharme, Maura?

—Claro que sí, Will —contuvo un suspiro de cansancio y se apoyó en el coche mientras lo miraba inquisitiva—. ¿Qué te sucede?

—Necesito ayuda y no hay nadie a quién pueda acudir —bajó la mirada—. Es acerca de Joan.

—Lo sospechaba. ¿Va en serio lo que sientes por ella, o se trata sólo de que no has logrado conquistarla?

La sonrisa de Will más parecía una mueca de dolor y Maura comprendió que había tocado un punto sensible.

—Reconozco que me he divertido con mujeres desde mis días de escuela y sé que tengo fama; sin embargo, desde que conocí a Joan supe que no habría otra mujer para mí —su ceño revelaba enfado, aunque éste iba dirigido contra sí mismo—. El problema es que la abordé de un modo equivocado la primera vez y ella adivinó exactamente el tipo de hombre que yo era.

El conflicto se lo había creado él mismo, mas Maura sintió lástima de todos modos.

—¿Has tratado de explicárselo?

—Ella no me permite acercarme y ya has visto el tipo de conversaciones que entablamos —se pasó los dedos por el pelo, con evidente desesperación—. Esto dura ya dos años y estoy desesperado.

—¿Y qué quieres que yo haga, Will?

—Habla con ella y trata de sondear sus sentimientos. Si no hay posibilidades de que… —su voz se fue apagando—. Si no hay la menor posibilidad —continuó—, pediré que me trasladen a otra ciudad. He llegado al límite, no soporto estar tan cerca de la mujer que amo sin poder llegar a su corazón —el silencio que siguió fue interrumpido por una inesperada carcajada de Will y, por primera vez desde que lo conocía, Maura vio turbación en sus hermosas facciones—. Parezco muy teatral, ¿verdad?, pero nunca he hablado tan en serio.

—Haré lo que pueda por ti, Will, aunque no te prometo nada — repuso ella con seriedad rogando que su deseo de ayudarle no fuera interpretado por Joan como una indeseable interferencia.

—Muchas gracias, bella dama —sonrió cogiéndole la mano y llevándosela a los labios—. Siempre tendrás mi gratitud, triunfes o no en tu gestión.

Lo observó cuando se alejaba y un inquietante pensamiento la invadió. Si fallaba, la gratitud de Will sería un mal sustituto para la pérdida de la amistad entre Joan y ella.

Maura abandonó los terrenos de la escuela. Proponía y rechazaba varias formas de abordar el tema con Joan; sus pensamientos eran una maraña cuando llegó a su casa.

Joan preparaba un refrescante zumo de naranja para las dos cuando el timbre de la puerta sonó con fuerza.

—Yo miraré quién es —ofreció Maura. Se puso de pie y fue a abrir.

—Buenas tardes, señorita —el joven que había llamado le sonrió ampliamente. En el bolsillo de su camisa blanca llevaba el nombre de un conocido distribuidor de automóviles y en la mano una tablilla con pisapapeles—. ¿Es usted la señorita Fielding? ¿Maura Fielding?

—Así es —respondió con cautela y el joven le presentó la tablilla con los papeles.

—¿Quiere hacer el favor de firmar esta nota de entrega,

señorita?

—¿Nota de entrega? —lo miró sin entender.

—Sí, señorita —el joven le sonrió con una tolerancia descargada que la hizo sentirse como una idiota—. Es el procedimiento usual.

La paciencia de Maura se estaba agotando y empezó a mostrar irritación.

—Sé que es el procedimiento usual, pero yo no he comprado… —la voz se desvaneció cuando su mirada fue más allá del joven y se quedó atónita ante el llamativo Mercedes rojo que había en la puerta. Era el modelo 190E, importado y muy caro. Algo saltó en su cabeza despertando una odiosa sospecha. Examinó la nota de entrega con el corazón agitado y furioso, hasta que su mirada se poso en la conocida firma y todo se volvió claro como el cristal. Aquél era el modo sutil de Clayton de interponer su voluntad, pero en esta ocasión, sus tácticas no iban a funcionar.

—No pienso firmar esta nota y le sugiero que lleve este coche al sitio de donde salió —ordenó con brusquedad, casi sin poder ocultar su ira, al devolverle la tablilla al atónito joven.

—Si no le gusta el color, podemos cambiarlo por otro —insistió él sin poder creer que alguien se negara a aceptar un vehículo como aquél.

—Me gusta el color y me gusta el coche —le aseguró Maura—, pero no lo quiero.

—Ya está pagado y… —el joven se detuvo, al advertir que estaba pisando un terreno peligroso—. Lo que usted diga, señorita —se encogió de hombros—. Al señor Brauer no le va a gustar esto.

—¡Es una lástima! Voy a decírselo personalmente —repuso Maura, temblando de ira. El vendedor encogió los hombros nuevamente antes de retirarse.

—¡Estás loca! —exclamó Joan incrédula al ver que se llevaban el Mercedes—. Es el coche más hermoso que he visto —agregó, siguiendo a Maura a la cocina.

—¿Podrías comprar un coche así con tu salario?

—No, pero…

—¡Exacto! —interrumpió Maura—. Discúlpame, Joan, voy a *Fieldco* —anunció al tiempo que cogía la llave del coche de un gancho de la pared—. Tengo que ver a alguien allí, volveré a tiempo de preparar la cena.

—Buena suerte —murmuró Joan, con ansiedad.

Maura olvidó su cansancio, reanimada por la furia. Sujetaba con fuerza el volante y con el pie en el acelerador le exigía más al viejo Volkswagen de lo que estaba acostumbrado a rendir. Tenía que detener a Clayton y estaba con el humor adecuado para decirle lo que pensaba de su arrogante y clandestina conducta.

El fétido olor de la fábrica de celulosa y papel le llenó la nariz al aparcar frente al edificio de tres pisos que albergaba las oficinas del personal administrativo. Salió del vehículo y se dirigió con determinación hacia el ascensor.

La señora Thompson, la meticulosa y apacible secretaria de Clayton, alzó la vista de la máquina de escribir al entrar Maura. Si ésta no hubiera estado tan furiosa, se habría divertido por la evidente indecisión de la señora sobre si debía sonreírle o criticarla.

—Quiero ver a mi hermano —anunció Maura, sin molestarse en perder tiempo con las trivialidades usuales.

La sobresaltada empleada finalmente decidió mostrar una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, señorita Fielding, el señor Brauer está examinando los informes mensuales y pidió que no se le molestara.

—No me importa si tiene una docena de posibles clientes en su oficina. Quiero verlo… ¡ahora mismo! —las delicadas facciones de Maura se habían puesto rígidas al dirigirse hacia la puerta y la secretaria saltó de su asiento con una agilidad que nadie le hubiera atribuido.

—Señorita Fielding, no puedo permitirle… —era demasiado tarde.

Maura abrió violentamente la puerta, entró en la oficina y caminó sobre la alfombra hacia el hombre que estaba detrás del escritorio de caoba con las mangas de la camisa subidas y el botón del cuello y la corbata aflojados, exponiendo el recio y bronceado cuello.

—Lo siento, señor Brauer… —la señora Thompson retorcía las manos con agitación—. Le advertí a la señorita Fielding que no se le debía molestar, pero insistió.

Clayton dejó a un lado el informe que estaba estudiando e inclinó la cabeza.

—No tiene por qué disculparse, señora Thompson —le aseguró a

la señorita con tono cortante—, y por favor, cierre la puerta cuando salga.

—Sí, señor.

—Ahora, Maura —empezó Clayton, con un tono de reproche y una expresión de censura en los ojos—. ¿Qué significa esta intrusión?

—¡Cómo te atreves! —a Maura no le importó alzar la voz y que los demás la oyeran—. ¿Cómo te atreves a comprar un Mercedes a mi nombre, sin mi conocimiento o mi aprobación?

—El Mercedes es mejor que ese viejo y destartalado Volkswagen en el que desperdiciaste el dinero —Clayton contraatacó con una calma enfurecedora, que hizo subir la presión de Maura—. Estarás de acuerdo conmigo, una vez que hayas conducido el Mercedes.

—¡Lo dudo mucho! —replicó ella, mirando a Clayton con desafío—. He venido a decirte que ordené que devolvieran el Mercedes.

—¿Que hiciste qué? —demandó Clayton y ella tuvo la satisfacción de ver resquebrajarse por primera vez la compostura de su hermanastro.

—¡No quiero ese coche! Me negué a firmar la nota de entrega y lo he devuelto al distribuidor —repitió y los ojos de Clayton fulguraron con furia.

—¡Por Dios! —explotó él con aspereza y, al levantarse, casi tiró el sillón giratorio—. No tenías derecho a hacer eso.

En el ambiente reinaba el antagonismo cuando se enfrentaron cara a cara a través del escritorio, pero esta vez Maura no iba a hacer concesiones.

—Tengo un coche, Clayton —objetó ella—. Es un coche fiable, aunque tú no quieras reconocerlo, y no tenías ningún derecho a intervenir de un modo tan abominable.

—Escúchame, Maura…

—No, escúchame tú a mí —atacó ella—. Yo he elegido mi actual modo de vida por motivos que tú, obstinadamente, te niegas a aceptar; lo menos que puedes hacer es respetar mis deseos.

—No sé lo que estás tratando de demostrar con tu terquedad, ni a quién pretendes impresionar, pero, cualquiera que sea el caso, yo voy a ponerle el alto. Sabes que tengo poder para hacerlo.

—¡Deja de molestarme, Clayton! —insistió ella con temeridad—.

Mi herencia puede estar bajo tu jurisdicción hasta que yo cumpla los veinticinco años pero no eres el dueño de mi persona y te agradeceré que lo recuerdes.

El semblante de Clayton se endureció, un tic nervioso apareció en su mejilla y tenía los labios tan apretados, que anunciaban amenaza cuando rodeó el escritorio.

—Todo lo que hago es por tu bien, así que no te pongas altanera conmigo, Maura.

—¿Altanera? —repitió ella con una risa nerviosa—. Estoy tan furiosa contigo que podría pegarte. ¡Te estás comportando como un arrogante y pomposo asno, y te odio!

Se volvió hacia la puerta, pero sólo avanzó un par de pasos: unos dedos de acero la cogieron del brazo encajándose cruelmente en la suave piel y obligándola a dar media vuelta. Maura tuvo que apretar los labios para impedir que saliera un grito.

—Nadie, ni siquiera tú, puede hablarme así y quedar sin castigo —su voz parecía el distante retumbar de un trueno, pero ella estaba demasiado enfadada para advertir lo que implicaba.

—¿Y qué piensas hacerme, Clayton? ¿Golpearme? —preguntó irónicamente, pero al instante se arrepintió.

Él le aprisionó los brazos con las manos y la atrajo contra su cuerpo. Su rostro estaba a un par de pulgadas del de ella, y sus alientos se mezclaban.

De pronto, Maura fue consciente del calor del cuerpo masculino contra el suyo y del familiar aroma de su colonia. Algo le pasó que la desconcertó y le hizo perder el control. Tuvo una súbita y loca noción de que él iba a besarla y por un segundo deseó que lo hiciera.

Clayton la apartó con violencia, haciéndola trastabillar y agarrarse a un mueble para recuperar el equilibrio.

—Vete de aquí y no te atrevas a volver a irrumpir en mi despacho sin avisar antes —ordenó bruscamente dándole la espalda y regresando a su sitio, atrás del escritorio.

El fuego de la ira de Maura se había vuelto cenizas y, desorientada por lo que acababa de suceder, salió corriendo. La velocidad a la que pasó delante de la señora Thompson hizo que ésta la mirara con curiosidad, pero Maura no se detuvo a hablar con ella y le pareció que había contenido el aliento hasta que estuvo en

el interior del Volkswagen y cerró la puerta.

La mano le temblaba tanto, que no podía introducir la llave de contacto del coche y el corazón le latía a un ritmo que casi la sofocaba. La temperatura de su cuerpo pasaba del calor al frío y no necesitó preguntarse el motivo de tal perturbación. Estaba avergonzada por haber pensado que Clayton iba a besarla y le horrorizaba por haber deseado que lo hiciera.

¿Qué le había pasado? Clayton la conocía perfectamente.

¡Dios Santo! Debía saber lo que ella había pensado y sentía en ese momento. Eso explicaba la forma tan brusca en que la había apartado de sí.

Maura gimió y apretó el volante; una oleada de autorrepugnancia la invadía. Estaba cansada y furiosa y eso afectaba a su estabilidad emocional. Trataba de encontrar una disculpa para su absurdo comportamiento, pero eso no borraría el hecho de que había sufrido deseo de sentir los labios de Clayton sobre los de ella.

Estaba alicaída cuando llegó a su casa, aunque decidida a olvidar esa parte del encuentro con Clayton.

—Te veo muy pálida —señaló Joan al verla—. ¿Celebramos tu victoria o deploramos tu derrota?

—No estoy segura. Tendremos que esperar y ver.

Maura se entregó a los preparativos de la cena, lo que le dio la oportunidad que necesitaba para analizar sus revueltos pensamientos y ponerlos en orden. Cuando se sentó a cenar, una hora más tarde, casi se reía de sí misma, si bien no podía olvidar los turbadores sentimientos que se habían despertado en su interior.

Varias horas más tarde, Maura recordó la conversación que había mantenido con Will Baker y la promesa que le hizo. Joan y ella habían preparado ya sus cosas para el día siguiente y se quedaron un rato más en la cocina. Maura no sabía cómo sacar el tema.

—Estás muy reflexiva —comentó Joan al pasarle a Maura un bote de café y sentarse frente a ella.

—Pensaba en Will —contestó Maura y se asombró de lo fácilmente que se presentó la oportunidad—. ¿Por qué le tienes manía?

—No le tengo manía —protestó Joan con ligereza, pero una

mirada cautelosa apareció en sus ojos y Maura se animó a seguir sondeando.

—Pues cualquiera lo diría —observó con falsa gravedad—. Nunca tienes una palabra amable para él.

—Las palabras amables pueden conducir a una invitación y una invitación puede llevarme a su cama en un apasionado, pero breve, idilio.

—Y es algo más que un breve idilio lo que tú quieres de Will Baker —aseguró Maura, al advertir dolor en el comentario de Joan.

—Yo no he dicho eso —protestó Joan frunciendo el ceño.

—Lo lamento —se disculpó Maura—, pero era lo que parecías insinuar.

—No insinuaba nada, sólo exponía un hecho.

—¿Acaso temes enamorarte de él?

—¡No digas tonterías! —Joan soltó el bote vacío de la mesa con un golpe. Sus mejillas se habían puesto pálidas y había un visible temblor en sus manos, cuando las alzó para cubrirse el rostro—. ¡Oh, Dios mío! —gimió con voz ahogada.

—¡Estás enamorada! —susurró Maura con deleite y al fin comprendió la verdad—. Por eso eres tan agresiva con él. Lo mantienes a distancia, porque temes que descubra esa grieta en tu armadura.

Las atractivas facciones de Joan se habían puesto rígidas por el disgusto, cuando bajó las manos.

—No quiero que añada mi nombre a su larga lista de conquistas.

—¿Y no has considerado la posibilidad de que él desee algo más?

—Los hombres como Will Baker nunca cambian —replicó loan con cinismo—. La constancia y el compromiso son palabras que no aparecen en su vocabulario.

—Creo que estás equivocada con respecto a Will —alegó Maura, advirtiendo que tendría que actuar con mucha precaución, si no quería que Joan sospechara que él le había pedido ayuda—. ¿ Por qué no le das una oportunidad?

Joan la miró con suspicacia.

—¿Por qué insistes en defender a Will Baker?

—Porque me cae bien y creo que también los hombres como él llegan a un punto en que piden más a la vida que un breve amorío,

aunque son las mujeres como tú las que les niegan la oportunidad de alcanzar la estabilidad que buscan.

—¿Qué quieres decir con «las mujeres como tú»?

—Las mujeres que tienen la capacidad de amar profundamente, por lo general huyen de los hombres como Will, porque temen que les hagan daño y eso es lo que tú estás haciendo. Dale una oportunidad.

—Es muy fácil para ti decirlo —replicó Joan levantándose con agitación a enjuagar su taza—, pues yo seré la que pague el pato, cuando el daño esté hecho.

—Ya estás sufriendo ahora, Joan, y te dolerá mucho más si no haces un esfuerzo por conseguir al hombre que quieres.

—¿Es eso lo que harías tú? —preguntó Joan volviéndose hacia Maura con una mirada cautelosa.

Maura se tomó unos minutos para considerar la pregunta, antes de responder con sinceridad.

—Si realmente amara a ese hombre, no permitiría que saliera de mi vida sin intentar hacer algo al respecto.

Joan se mordió el labio, pensativa, y luego soltó una carcajada irónica.

—¿Sabes? Estoy tan acostumbrada a nuestras conversaciones hirientes, que no sabría qué decirle a Will en otras circunstancias.

—Deja que él hable primero, y tú continúa.

—Tal vez lo haga. No te digo que lo haré, sólo es una posibilidad.

Apagaron las luces y se fueron a acostar. Maura tuvo que luchar con sus propios problemas, que la mantuvieron despierta hasta la madrugada.

Pensó en la forma en que Clayton la abrazó en su oficina, esa tarde. También recordó el cálido y musculoso cuerpo contra el de ella. Se pasó el momento en que ella pensó que él la besaría y el sorprendente resultado. Empezó a temblar, sintió el cuerpo caliente y el pulso se le aceleró a un ritmo alarmante.

Deseaba olvidar el bochornoso incidente, mas no podía ignorar el hecho de que había deseado que Clayton la besara y que, todavía lamentaba que no lo hubiera hecho.

Maura aprovechó el primer momento que tuvo, el viernes por la mañana, para enviar una breve nota a Will, con uno de los niños.

*Tienes una oportunidad. No la desperdicies.*

Media hora después, Will le sonreía agradecido. Maura no tenía intenciones de meterse en el asunto más allá de lo que había hecho, pero sí sentía curiosidad por saber qué tácticas emplearía Will para romper el hielo y lo observó de cerca cuando se encontraron en la cafetería durante el recreo.

—Buenos días, encantadora dama —el habitual saludo iba dirigido a Maura con una sonrisa; luego se volvió a saludar a la otra joven—: Joan —dijo brevemente, frío y brusco, como siempre.

—Buenos días, Will —respondió Joan insinuante y él alzó las cejas con fingida sorpresa.

—¡Cómo! ¿Ningún mordaz comentario esta mañana? ¿Piensas acumular una gran reserva antes de atacar?

Maura se quedó pasmada, luego comprendió que la actitud de Will tenía cierta lógica. Joan podría sospechar algo si él se desviaba de la ruta que habían seguido sus relaciones en los dos últimos años. Joan sorprendió aún más a Maura con su respuesta.

—Creo que es hora de que pongamos en alto a esta guerra y nos sentemos a discutir un tratado de paz.

Las cejas de Will se elevaron un poco más y con dificultad pudo ocultar su deleite tras una actitud burlona.

—¿Me estarán engañando mis pobres oídos o detecto una invitación?

—Es una invitación a una charla —Joan sonrió con su habitual cinismo en los labios—. ¿Sería pedir demasiado?

—Mi querida Joan —sonrió también él irónico—, después de dos largos años de constante pleito, no quisiera perder la oportunidad de tener una charla civilizada contigo.

Maura se sintió como una intrusa y fue a servirse un té y galletas, para que Joan y Will pudieran continuar su conversación en relativa intimidad.

* * *

Guardaba las cosas en su maleta esa tarde, para el fin de semana, cuando Joan entró en su habitación.

—Pensé que te gustaría saber que Will vendrá a cenar esta noche.

Maura no alzó la vista de la maleta, para ocultar su asombro y alegría.

—Debéis tener mucho de qué hablar.

—Eso parece —confesó Joan—, pero no quiero hacerme ilusiones, todavía.

—Claro que no —convino Maura, quien sonreía por dentro al pensar que había un hecho que Joan aún tenía que descubrir—. Que disfrutes de tu cena con Will —agregó cerrando la maleta—, y recuerda: debes tener una mentalidad abierta.

—Lo intentaré —prometió Joan, haciendo movimientos nerviosos con las manos—. Admito que estoy muerta de miedo.

—Sé que saldrás adelante —rió Maura y cogió su maleta, para dirigirse hacia la puerta antes de decir algo comprometedor—. Te veré el domingo por la noche —se despidió.

Maura también estaba nerviosa por tener que enfrentarse a Clayton, después de lo que había sucedido el día anterior en su oficina.

Cuando llegó a Hilltop House, sintió alivio al enterarse de que Clayton se había ido a Vryheid, y que no regresaría antes del domingo por la tarde.

El fin de semana transcurrió plácidamente, pero la casa no era la misma sin la presencia de Clayton y Maura estaba aburridísima.

El domingo por la mañana se puso su bikini nuevo y fue a nimbarse junto a la piscina. Se untó el cuerpo con protector contra el sol y se colocó una gorra de tela sobre los ojos.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Dormitaba, cuando despertó, sobresaltada, al sentir que alguien le rodeaba el ombligo con el dedo. Se sentó rápidamente, empujando la gorra hacia atrás, para ver a Clayton, sentado en cuclillas, junto a la tumbona, con una expresión divertida.

—No te esperábamos hasta la tarde —dijo lo primero que se le ocurrió.

—Decidí regresar antes —él sonrió y su evaluadora mirada la hizo sentirse desnuda por primera vez, desde que empezó a usar bikini—. Quería hablar contigo y ahora me parece un buen momento.

—Iré a cambiarme —Maura tragó saliva, nerviosa.

Clayton la detuvo poniéndole una mano en el muslo y se sentó junto a ella en el tumbona. La soltó, pero al hacerlo le rozó la parte interior del muslo.

—Estás bien así —aseguró.

Maura no podía contestar ni mirarlo. Estaba muy nerviosa y sintió la misma confusión que el día que pensó que iba a besarla.

—Te debo una disculpa —añadió Clayton.

Lo miró, sin estar segura de si él hablaba en serio o en broma. Por primera vez en su vida, no lo veía como una hermana, sino como una mujer y experimentó una extraña excitación.

«¿Qué me sucede?», pensó angustiada. Cogió la toalla y empezó a secarse el ardiente rostro; pero también la usó como un escudo mientras trataba de recuperar la compostura.

# Capítulo 4

El sol brillaba en el cielo despejado y el intenso calor aumentó la turbación de Maura. Clayton cambió de postura para ponerse más cómodo y ella sintió la aspereza de su muslo cuando rozó el de ella.

«Te debo una disculpa», había dicho él y ella estaba demasiado desconcertada y confundida para formular una respuesta adecuada. Se dio cuenta de que su hermanastro la observaba con atención cuando descartó la toalla detrás de la cual había buscado refugio.

—¿De veras me debes una disculpa? —preguntó tratando de parecer casual y deliberadamente evitó su mirada cuando se reclinó hacia atrás, en un intento de relajar la tensión de su cuerpo.

—Tenías razón al decir que no debo intervenir en tu vida —comenzó Clayton con un tono muy grave—. No soy tu dueño, y sí, me comporté como un asno arrogante y pomposo.

Era un rara experiencia escuchar sus propias palabras en labios de otra persona. Maura olvidó todo lo demás cuando la invadió una oleada de vergüenza.

—Estaba enfadada y no lo dije en serio.

—Lo dijiste con plena conciencia —la contradijo él con una mirada burlona, al alzarle con un dedo el sonrojado rostro y forzarla a mirarlo a los ojos—. Lo dijiste en serio y no lo niegues.

Era verdad; en ese momento sí lo había dicho con toda la intención, pero no pensaba que sonara tan insultante y tenía que aclarárselo.

—Clayton, yo… —él le puso los dedos sobre los labios silenciándola.

—¿Aceptas mi disculpa, Maura?

—Sí, claro —repuso ella con un toque de impaciencia, cuando le quitó los dedos de los labios. Asió la bronceada mano de él entre las suyas, determinada a aclarar las cosas—. Clayton, te convertiste en mi ángel guardián hace mucho tiempo, eras al que acudía para buscar protección cuando tenía problemas o me sentía amenazada. Siempre te querré por eso, pero esto tiene que terminar; necesitas

dejar que madure sola.

Él frunció el ceño, mirando las manos que sujetaban la suya y ella lo soltó, cohibida, aunque él pareció no notarlo.

—Me temo que siempre pensaré en ti como en una hermana y dudo mucho que pueda evitar el deseo de protegerte; sin embargo, haré un esfuerzo, por tu bien, ya que no por el mío —se puso de pie y le acarició el muslo con los dedos, juguetonamente—. ¿Nadamos un poco antes de comer?

Maura declinó la invitación.

—Me gustaría tomar un poco más de sol.

Él se quitó la camiseta, mientras ella lo observaba con disimulo y vio cómo ondeaban sus músculos bajo la bronceada piel de la espalda. Clayton tenía un físico espléndido. Ella siempre lo había sabido, pero ahora lo constataba en un sentido diferente que no podía desentrañar y por algún oscuro motivo no podía quitarle la vista de encima cuando él caminaba hacia la parte más profunda de la piscina. Tenía unas piernas largas, fuertes pantorrillas, anchos hombros, caderas estrechas y un firme trasero.

Clayton se volvió, preparándose para lanzarse al agua y aun a esa distancia, Maura pudo ver la cicatriz de su rodilla derecha. Tenía suerte de andar sin cojear, pero la herida que sufrió unos años antes en el campo de rugby había puesto fin a sus días de jugador del equipo local, y lo que había empezado como una terapia para fortificar la rodilla lastimada, se había convertido en una rutina. Clayton transformó el viejo sótano de la casa en un gimnasio. Era allí, entre los aparatos y pesas, donde mantenía en forma su musculoso cuerpo y desechaba las tensiones inherentes al alto puesto que ocupaba en su empresa.

Maura cerró los ojos y pensó en su padre. Durante los últimos años de su vida, la familia estuvo preocupada por sus visibles señales del agotamiento. Se volvió irritable y se refugió en el trabajo. El ataque cardíaco fatal no fue una sorpresa para nadie, aunque desde luego los dejó destrozados.

Un inesperado rocío de agua fría en su cuerpo caliente la hizo soltar una exclamación y sentarse. Clayton parado junto a ella, con una sonrisa diabólica y escurriendo de agua estaba a su lado.

—¡Clayton, eres una bestia! —exclamó ella, sin saber si reír o enfadarse.

—Ya es hora de que te mojes.

Le arrancó la gorra de tela y la levantó en brazos haciéndola estremecer cuando sintió la piel fría y húmeda contra la de ella.

—¡Bájame! —sus gritos de protesta no tenían el menor efecto sobre él y, sabiendo lo que intentaba hacer, le golpeó el pecho y los hombros con los puños—. ¡Clayton, no te atrevas a hacerlo! —le advirtió al pararse él en la orilla de la piscina.

—Sí me atrevo.

Maura apenas pudo aspirar aire antes de que su caliente cuerpo se viera forzado a sentir el choque del agua fría al llegar al fondo de la piscina, donde Clayton la soltó para que los dos pudieran emerger a la superficie.

—¡Ah, sí eres una bestia! —lo acusó ella, tosiendo y farfullando. Se apartó el pelo mojado del rostro y lo miró.

Clayton se pasó una mano por el rostro donde su diabólica sonrisa persistía. Maura lo había visto así muchas veces, pero nunca había sentido esa extraña debilidad en las rodillas.

«¡Esto es ridículo!», pensó y se volvió enfadada, para alejarse de Clayton y escapar de las extrañas sensaciones que él le provocaba.

Clayton, sin embargo, estaba decidido a no dejarla escapar.

La siguió, y con un brazo le rodeó la cintura, cuando ella se disponía a salir del agua.

El corazón de Maura latía de prisa como si hubiera hecho un esfuerzo inusitado y estaba segura de que Clayton lo podía sentir. Su pecho era un muro sólido contra la espalda de ella y se sorprendió al sentir también los fuertes latidos de Clayton. «¿Por qué?», se preguntó, agregando más perplejidad a sus ya confusos sentimientos.

—¿Estás enfadada conmigo? —le preguntó él al oído y el grave timbre de su voz hizo que los nervios de la chica se estremecieran.

—¡No! —gritó con voz fría y abrupta. Estaba aterrorizada de hacer algo que revelara el efecto que le causaba—. Quiero salir del agua.

—Sí, claro —él soltó una risa breve, sus grandes manos la cogieron por la cintura y la levantaron sin esfuerzo hasta la orilla, donde la sentó.

No retiró las manos de inmediato y, durante nos segundos, Maura lo miró a los ojos. Primero notó las húmedas pestañas y

luego la ausencia de la risa burlona que tenía momentos antes. Fue desconcertante. Aunque ella quería desviar la vista, su apremiante mirada mantenía la de ella con tal intensidad que la hacía sentir como si le desnudara el alma.

—Ya es hora de que nos cambiemos para comer —dijo él con tono cortante a la vez que la soltaba para salir del agua. Maura se quedó sentada unos minutos, atónita viendo cómo cogía su camiseta y caminaba hacia donde había dejado la toalla.

Se sentía como si la hubieran arrojado sin previo aviso a un profundo pozo de confusión, y la causa no la hallaba.

Tanto Clayton como Maura estuvieron silenciosos durante la comida. Ella evitaba mirarlo y parecía que él también lo hacía. Si Ángela Fielding advirtió que algo raro pasaba entre sus hijos, no lo demostró. La conversación fue un monólogo de información que no requería respuesta. La señora era miembro de casi todas las organizaciones de beneficencia locales y erróneamente pensaba que su familia compartía su entusiasmo por las tareas que llevaba a cabo, pero ni Maura ni Clayton tenían la intención de desilusionarla.

Clayton salió poco después de comer. No había regresado al anochecer, cuando Maura se despidió de su madrastra y partió de regreso a la ciudad.

Llegó a su casa de un humor extraño y Joan la miró con curiosidad, pero se quedó callada como si supiera que no era el momento adecuado de hacer preguntas. Maura sacó las cosas de su maleta, y las acomodó. Más tarde, prepararon juntas la cena hablando de todo y de nada y después de comer, cuando Joan sirvió el té en la cocina, Maura recordó la visita de Will el viernes por la noche.

—¿Cómo te fue con Will? —preguntó mirando a Joan.

—Hablamos —contestó ella con una mirada divertida en sus ojos verdes—. Volvimos a hablar ayer y otra vez hoy.

—¿Y? —la instó Maura haciendo a un lado sus problemas por un momento.

—Tendremos que esperar a ver qué sucede, eso es todo —Joan se encogió de hombros y su expresión se volvió seria cuando encontró la mirada inquisitiva de Maura—. Lo amo, Maura, pero no voy a apresurarme a hacer nada, hasta que no esté convencida de

que Will es sincero.

—Eso es comprensible —asintió Maura.

Durante el silencio que siguió, los pensamientos de Maura regresaron a Clayton.

—Háblame de tu fin de semana —intervino Joan en voz baja—. Tengo la impresión de que estás alterada por algo.

Maura sintió que los músculos del rostro se le ponían rígidos y negó con la cabeza.

—No es nada.

—No puedo creerte; has estado sentada durante los últimos cinco minutos moviendo la cucharita de té como si quisieras hacerle un agujero a la taza.

—¡Ah! —Maura bajó la vista y advirtió que Joan tenía razón.

Dejó caer la cucharita en el plato y se llevó los dedos a las sienes, en un inconsciente gesto de confusión—. ¡Creo que me estoy volviendo loca!

—Tal vez te ayude hablar de ello. Después de todo —agregó Joan con una sonrisa divertida—, una buena obra merece otra a cambio. ¿No crees?

Maura entendió de inmediato a lo que se refería Joan y no pudo ocultar su perplejidad.

—¿Will te contó que había solicitado mi ayuda?

—Si algo positivo ha de salir de nuestras relaciones, tiene que haber absoluta sinceridad entre Will y yo —explicó Joan y luego hizo un ademán para indicar que quería concentrarse en Maura—. ¿Me dirás lo que te inquieta?

—Es Clayton —empezó Maura con vaguedad.

—No me digas que habéis vuelto a pelear.

—No —susurró Maura, tratando de aclarar las cosas en su cabeza—. No fue una pelea… Estoy tan confusa que no puedo pensar con claridad.

—¿Qué sucedió?

—Nada, pero yo… —respiró con dificultad y sus ojos grises reflejaron vergüenza—. Joan, él… él es mi hermano y de pronto yo… tengo sentimientos hacia él… impropios de una hermana.

—Es tu *hermanastro* —le recordó Joan con una sonrisa tolerante —. No hay ninguna ley que te prohíba enamorarte de tu hermanastro.

Maura parpadeó y se puso pálida, como si hubiera recibido un golpe físico.

—¿Crees que estoy enamorada de él? —murmuró incrédula.

—Sólo tú puedes responder a eso.

Maura trató de controlarse para encontrar la contestación en su interior, mas sus pensamientos eran un caos y sus sentimientos un torbellino dominado por la vergüenza.

—Clayton dijo algo esta mañana —empezó, pensativa—. Dijo que siempre pensaría en mí como en una hermana y yo no quiero pensar en él de otro modo.

—Está muy bien rechazar esa idea con la cabeza, ¿pero qué te dice tu corazón?

—Yo… no lo sé. ¡Oh! Quisiera saber qué hacer.

—Me temo que no puedo aconsejarte en este asunto —comentó Joan con pesar—. Sólo te puedo decir que no es posible encender y apagar los sentimientos a voluntad. Tienen que seguir su curso natural hasta que se desvanecen o convierten en algo permanente.

Terminaron el té en silencio, pues la tranquilidad espiritual de Maura estaba destrozada. Se sentía llena de ansiedad y de pánico ante la idea de que lo que dijo Joan fuera verdad. ¿Estaba enamorándose de Clayton? ¡No! ¡Eso era imposible! Ella lo quería como a un hermano.

—Espero que ésta sea una fase de mi vida que pase pronto —gimió al fin, con el desasosiego reflejado en cada rasgo de su delicado rostro—. No quiero hacer el ridículo con Clayton y, sobre todo, no quiero perder su respeto.

—Estás en una situación muy difícil —reconoció Joan con gravedad.

—Lo sé —suspiró Maura—, y tendré que encontrar una salida cuanto antes.

Se fueron a acostar, pero Maura no podía dormir. Ni siquiera deseaba considerar la posibilidad de estar enamorada de Clayton. Hubiera preferido ignorar la idea, pero su cerebro no se lo permitía y tuvo que enfrentarse a la realidad.

Fue de madrugada, cuando su resistencia había disminuido, cuando tuvo que admitir su derrota. Sus sentimientos hacia Clayton se habían convertido a lo largo de los años en algo más profundo que el amor fraternal. Era algo que la había invadido tan

furtivamente, que había sido inconsciente de la transición, hasta que la mujer que había en ella despertó.

¿Por qué? El enamorarse de Clayton no tenía sentido… y absolutamente ninguna esperanza. Aunque necesitaba desecharla, esa idea la inundaba, sin dejarle ningún hueco para buscar refugio.

«Siempre pensaré en ti como en una hermana». El comentario de Clayton saltaba en su cerebro, como para burlarse de ella y aumentar su vergüenza.

Maura no volvió a hablar con Joan acerca de sus sentimientos hacia Clayton. Los ocultaba como si fueran un secreto bochornoso que no podía comentar con nadie.

Durante las últimas semanas del período escolar, estuvo demasiado ocupada para pensar en sus problemas, pero los fines de semana que pasaba en Hilltop actuaban como un constante recordatorio y también le revelaban que sus sentimientos hacia Clayton se intensificaban en vez de disminuir. Trataba de esquivarlo, mas no tenía mucho éxito y, por otro lado, se sentía desgraciada cuando él no estaba allí. Sus conflictivos deseos la destrozaban internamente y al fin tuvo que aceptar el hecho de que sí amaba a Clayton.

Mientras Maura se enredaba con su dilema, Joan y Will desarrollaron una relación estable y ella los envidiaba. Si no hubiera complicado su vida enamorándose de un hombre que siempre la consideraría una hermana…

Los niños estaban de un humor desbordante el último día de clase antes de las vacaciones de abril, pero a Maura no le complacía mucho la idea de pasar dos semanas en Hilltop. La escuela cerró temprano ese día y la joven regresó a su casa aterrada ante la idea de los días de ocio que la esperaban.

—Will va a llegar en cualquier momento —anunció Joan cuando se sentaron a tomar un té en la sala—. Va a venir conmigo estas vacaciones a conocer a mis padres, a Pietermaritzburg.

—Eso parece serio —bromeó Maura.

—Lo es, pero no estoy segura del todo —Joan frunció ligeramente el ceño—. Estas dos semanas en mi casa nos darán a los dos la oportunidad de conocernos mejor y supongo que luego veremos qué sucede. ¿Y qué hay de ti y de Clayton?

—Es una situación irremediable —Maura se reclinó en la silla

con un suspiro—. Él me considera su hermana menor y no voy a arriesgarme a la humillación de ser rechazada.

—No debe de ser muy difícil para ti que te vea como a una mujer. ¿Puedo citar algo que tú misma me dijiste hace muy poco? «Si realmente amara a un hombre, no permitiría que saliera de mi vida sin intentar hacer algo al respecto». Fin de la cita —la miró desafiante—. ¿Qué dices, Maura? ¿Te perdonarías alguna vez el no haber luchado por el hombre que amas?

—¿Y si fracaso?

—¡Vamos! —rió Joan—. Ninguna batalla fue ganada sin el riesgo de fracasar y tú, como maestra de historia, debes saberlo.

—En las batallas a que tú te refieres, las dos partes tenían idea de cómo atacar para obtener la victoria.

—¿Interrumpo algo importante, queridas damas? —preguntó una voz masculina desde la puerta abierta y ambas levantaron la vista para ver a Will, quien las observaba con una expresión curiosa y cómica—. ¿Acaso planeaba alguna de vosotras trabar combate con alguien?

—De ninguna manera —se apresuró a contestar Maura, agradecida por la interrupción, mientras le lanzaba una mirada de advertencia a Joan—. Teníamos una charla sin importancia; para pasar el rato.

—¿Te gustaría tomar una taza de té antes de irnos? —ofreció Joan y Will le dirigió una sonrisa cálida y apreciativa al sentarse junto a ella en el sofá y colocarle un brazo alrededor de los hombros.

—Sí, me gustaría, gracias —aceptó y Maura le hizo una seña a Joan de que permaneciera sentada.

—Traeré una taza limpia y luego me iré —ofreció sabiendo que estorbaba.

Maura se despidió poco después y se fue, pero las palabras de Joan se repetían una y otra vez en su cabeza durante el camino a Fieldco. «No debe de ser muy difícil para ti que te vea como a una mujer. Ninguna batalla fue ganada sin el riesgo de fracasar».

Sólo había un pequeño problema. Maura sonrió con cinismo al abrir la ventana para que entrara el viento a refrescarle la cabeza. ¿Qué podía ella hacer para que Clayton la viera como a una mujer y no como a su hermana? ¿Cómo podía entablar esa batalla, cuando

el fracaso no era sólo un riesgo, sino una certeza?

«¿Te perdonarías alguna vez el no haber luchado por el hombre que amas?» Joan había sido muy hábil al devolverle sus propias palabras y Maura tenía que formularse la pregunta. ¿Se lo perdonaría alguna vez?

La respuesta era ¡No! si ella podía aceptar el hecho de haberse enamorado de su hermanastro, entonces Clayton debería ser capaz de enamorarse de ella.

—Ah, es maravilloso tenerte en casa por un par de semanas —exclamó Ángela cuando se encontraron en el vestíbulo y su abrazo fue tan cálido y afectuoso como siempre.

La bienvenida a Clayton no resultó tan entusiasta como la de su madre. Su beso sólo le rozó la mejilla y de inmediato subió a darse una ducha y a cambiarse. Una hora después, salió de la casa y Maura sintió un piquete de decepción al enterarse de que no cenaría con ellas en su primera noche de esas vacaciones.

—Probablemente tenga una cena de negocios —explicó Ángela cuando Maura la miró, interrogante—, y creo que a Clayton no le importará si nos servimos una copa de su jerez importado antes de cenar, para celebrar el hecho de que te vamos a tener aquí durante las próximas dos semanas.

Maura no estaba segura de que Clayton quisiera celebrarlo. La parte cínica de su cerebro decidió que la ausencia de esa noche era una indicación de que él prefería irse de la casa antes que estar en su compañía.

«¡Qué pensamiento tan poco constructivo!», se regañó Maura en silencio, mientras Ángela abría el bar y servía el jerez en dos copas altas. «El que anheles la compañía de Clayton y te sientas frustrada, no quiere decir que él deliberadamente planee salir para evitarte».

Una copa de jerez apareció en su línea de visión y alzó una mirada de culpabilidad, al advertir que Ángela la observaba con extrañeza.

—Lo siento, mamá, ¿decías algo?

—Que tu tía Fiona telefoneó esta tarde —sonrió Ángela al sentarse en el sofá junto a ella—. Se quejó de que no ha sabido de ti desde que pasaste la Navidad con ella.

—He estado muy ocupada —explicó Maura sintiéndose culpable nuevamente.

—Lo sé, querida —Ángela le dio unas palmaditas en el brazo—, pero debes recordar que Fiona Porter es hermana de tu difunto padre y que ella y su hijo Gavin son tus únicos parientes sanguíneos. No sería bueno para ti perder el contacto con ellos y no quisiera que pensaran que nosotros te alejamos de su compañía.

—Le escribiré mañana —prometió Maura tratando de relajarse —. ¿Qué más dijo tía Fiona?

—Algo acerca de la situación económica que está afectando al negocio de ingeniería de Gavin, pero ella no sabe mucho de eso y no me explicó gran cosa —Ángela examinó a Maura—. ¿Te ha mencionado algo Gavin?

—No —Maura frunció el ceño al pensar en su primo.

Era un astuto hombre de negocios, un par de años mayor que Clayton y que se negaba a caer en el yugo del matrimonio. ¿Pasaría algo serio o el comentario de su tía era sólo un eco de la situación económica general?

No tuvo tiempo de seguir meditando sobre el asunto. Los criados anunciaron que la cena estaba lista y la conversación versó sobre las ampliaciones que se harían en la fábrica de papel. El interés de Ángela en *Fieldco* provenía de los días en que ella tuvo que ocupar el puesto de su esposo, como accionista mayoritario, hasta que su hijo tuvo la edad suficiente para ayudarla. Aunque Clayton tenía ahora el control completo de la compañía, el interés de Ángela no había desaparecido.

Tomaron el café en la sala y estuvieron hablando varias horas, antes de que Ángela se subiera a sus habitaciones Maura la siguió poco después. Estuvo despierta hasta que oyó el Jaguar de Clayton.

La primera semana no fue la experiencia penosa que ella esperaba. No se había dado cuenta de lo cansada que estaba y, después de pasar los días tomando el sol, tenía dificultad para permanecer despierta después de cenar. Vio muy poco a Clayton, quien desayunaba temprano y salía de la casa antes de que ella bajara y en las pocas ocasiones en que se encontraban, él se mostraba cortés, pero muy distante. A Maura le dolía su actitud, más de ninguna manera iba a demostrárselo. A veces se reía de sí misma a solas, su risa estaba teñida de amargura y de ira por amar sin esperanzas.

Maura se sentía muy inquieta al empezar la segunda semana de

su estancia en la casa, especialmente el martes por la noche. Clayton había enviado un mensaje, diciendo que se iba a Vryheid y que regresaría muy tarde. Ángela subió a su alcoba al terminar de cenar, en tanto que Maura se quedó abajo. No tenía sueño y no le gustaba la idea de estar despierta en la cama con sus pensamientos como única compañía. Era una noche tibia y salió al patio a sentarse y soñar bajo las estrellas. Un gorrión cantó en un árbol cercano y la chica suspiró. El pajarillo pronto volaría a climas más cálidos, pero después regresaría.

Suspiró de nuevo y se quedó absorta en sus pensamientos, hasta que el sonido de unas fuertes pisadas detrás de ella la hizo ponerse de pie de un salto. Se encontró con la sombría figura de un hombre alto y silencioso. Él salió de las sombras y la luz de la luna iluminó suavemente su rostro haciendo que el corazón de Maura golpeara con alivio al reconocer a Clayton.

Era tarde, muy tarde, advirtió ella al sentir el aire frío que hacía siempre a medianoche en esa época del año. No parecía que Clayton dudara de que lo estaba esperando. Aunque, ¿importaba eso?

«No debe de ser muy difícil para ti que te vea como una mujer. Ninguna batalla fue ganada sin el riesgo de fracasar».

Maura no sabía por qué acudieron a su cabeza las palabras de Joan en ese momento, pero de pronto se apoderó de ella un humor diabólico y audaz, que era ajeno a su habitual modo de ser.

# Capítulo 5

La luz de la luna podía ser peligrosamente engañosa. Parecía suavizar la dureza de las facciones de Clayton y moldear sus labios en una sonrisa que igualaba la dulzura de su mirada, pero Maura no lo atribuía sólo a la luna. Pudo percibir algo diferente en Clayton, cuando estuvieron frente a frente. No podía afirmar qué era, pero alteraba el ritmo de su pulso y la llenaba de una expectación que la alentaba a realizar su osado propósito.

—No te oí llegar y me has dado un buen susto —confesó, echando atrás la cabeza para encontrar su escudriñadora mirada.

—¿Por qué no te has costado? —preguntó sin la usual censura en su voz.

—No tenía sueño y la noche es muy agradable —el olor de su masculino aroma se mezclaba con el de los cigarrillos que a veces fumaba Clayton. El ataque a sus sentimientos hizo que un estremecimiento la recorriera—. ¿Estás esperando que mis vacaciones terminen y que regrese a Nueva Ansbach?

—¿Qué te dio esa idea?

—No parecías muy feliz de verme cuando llegué, hace una semana, y no te has molestado en hacerme sentir bienvenida.

—Deja de actuar como una niña malhumorada, Maura, y ven a tomar una copa conmigo antes de acostarnos —dijo él alejándose para entrar en la casa.

«¿Una niña malhumorada?». Ella hizo un gesto de disgusto al seguirlo en silencio hasta el estudio, él se sirvió un poco de whisky y a ella una copa de jerez.

—No lo soy, ¿sabes? —lo contradijo, antes de tomar un buen trago que le cayó como bomba al estómago y a la cabeza.

—¿No eres qué? —frunció el ceño y se tomó la mitad de su copa —. Por favor, no me seas tan enigmática a estas horas de la noche.

—No soy una niña malhumorada —explicó ella y atravesó la habitación para recorrer la pesada cortina y abrir una de las ventanas para dejar pasar el fresco y aromático aire nocturno.

—Entonces una mujer malhumorada —corrigió burlón.

—No —ella lanzó una mirada de soslayo. Él se había quitado la chaqueta y la corbata y la observaba con fijeza—. Sólo una mujer, Clayton —agregó con suavidad.

—Sí… una mujer —convino él pensativo, aunque había cierta burla en la curva de sus labios—, y eres muy hermosa para ser mi hermana —concluyó.

A Maura el corazón por poco se le sale del pecho y rápidamente tomó un segundo trago de jerez.

—¿De veras soy hermosa?

—Ahora estás buscando halagos —él rió, apuró su copa y dejó el vaso en la mesita, antes de reunirse con ella junto a la puerta—. ¿Qué te sucede?

—¿Qué podría sucederme?

—Yo te lo pregunté a ti —insistió él con calma y ella no se dio cuenta de que sus ojos fulguraban cuando alzó la cabeza para mirarlo—. Hay algo extraño en ti esta noche y no sé cómo interpretarlo.

—Es noche de luna llena —bromeó ella—. Cuando den las campanadas de la medianoche, me convertiré en bruja y me iré volando en mi escoba —agregó saliendo a la terraza y alzando el rostro al cielo mientras abría los brazos. No sabía que la luz de la luna daba un halo plateado a su cabello y un brillo seductor, casi translúcido, a su cuello y hombros, pero sí observó que Clayton la miraba, como hechizado.

—No habrá ningún vuelo en escoba ni en otra cosa esta noche, jovencita —ordenó él con buen humor, mientras la seguía a la terraza.

—Lo que usted diga, señor —replicó ella con fingida humildad y abrió su ancha falda para inclinarse en una reverencia—. Soy su más leal y obediente sierva, mi amo…

—¡Ja, ja! —rió él y colocó las manos debajo de las axilas de Maura para ponerla de pie con tal brusquedad, que la hizo tambalearse y tuvo que asirse a sus anchos hombros para conservar el equilibrio. La expresión de Clayton se volvió seria cuando miró el rostro levantado de Maura y su mirada se quedó fija en sus labios entreabiertos. Ella oyó que él suspiraba—. ¿Por casualidad estás flirteando conmigo?

En otra ocasión Maura hubiera detenido aquel peligroso juego, pero el jerez había reforzado su valor y sus sentidos percibían algo en Clayton, que estaba muy próxima a la suya.

—No me mires así —dijo él con voz ronca antes de entrar en el estudio.

—¿Cómo? —estaba desconcertada sin el apoyo de las manos de Clayton. Lo siguió al interior y vio cómo encendía un cigarrillo.

—No me mires como si quisieras que te besara.

Maura se puso seria de inmediato; las mejillas le ardían, Pese a ello, no perdió el valor y rápidamente recuperó la compostura.

—¿Sería tan terrible?

—¡Eres mi hermana! —le recordó él con aspereza, aspiró con fuerza su cigarrillo y echó el humo por la nariz.

—Rectifico —sonrió ella decidida a no dejar pasar el momento en que la victoria parecía tan cerca—. Soy tu *hermanastra*.

—Es lo mismo —Clayton hizo un ademán iracundo.

—No es lo mismo —alegó ella con suavidad, acercándose a él. Sólo dio dos pasos, pues Clayton alzó la mano.

—¡No sigas con esto! —ordenó con un tono tan salvaje, que ella se quedó inmóvil y sintió que la sangre se le iba del rostro.

¿Serían sus propios sentimientos tan intensos que imaginó haber visto en él algo que no existía? ¿Había ido demasiado lejos? El valor la abandonó y se volvió para huir.

—¡Maura! —el grito la detuvo antes de que ella llegara a la puerta.

Clayton la cogió por los hombros para darle media vuelta. Su ira se había desvanecido con la misma rapidez con que había surgido y sonrió con una vaga disculpa.

—Sólo te complacías en una tonta travesura, ¿verdad?

Maura alzó la vista para encontrar la intensidad de los ojos oscuros. Su corazón latía tan fuerte que casi la ahogaba.

—¿Por qué no me besas y lo descubres por ti mismo? —lo retó, sorprendida por su audacia. Pensó que él se enfadaría, en cambio le acarició los hombros desnudos de una manera excitante.

—Estás de un humor de locura —se burló él.

—Sígueme la corriente —repitió ella el reto, mientras las caricias de Clayton la mantenían inmóvil—. ¿O tienes miedo? —preguntó con una leve burla en la voz.

La sonrisa de Clayton se desvaneció y ella vio que sus ojos se volvían brasas. Sintió que sus manos temblaban en sus hombros y luego recorrían con firmeza la suave piel. La acercó más a sí, hasta que ella sintió el calor de su cuerpo a través de la tela del vestido. Él pareció titubear y ella estaba casi segura de que vio un chispazo de culpabilidad.

«¡Oh, no!», pensó él y su determinación dominó el orgullo y el temor de ser rechazado. «Has llegado muy lejos, Clayton. Ahora no vas a retroceder».

Maura le rodeó la cintura con los brazos y sus manos se deslizaron por la ancha espalda de Clayton. Fue entonces cuando descubrió que tenía capacidad de atraerlo físicamente. Él estaba excitado, su respiración tan agitada como la de ella lo atestiguaba y gimió al posar sus labios sobre los de Maura. Fue una experiencia que superó los más alocados sueños de Maura. Las manos de Clayton recorrieron su cuerpo en tanto que con la boca saboreaba y devoraba la de ella, como si tuviera que satisfacer una necesidad. Ella sentía un extraño fuego en la sangre, que la intoxicaba. Sus pezones se endurecieron cuando los dedos masculinos exploraron la curva de sus senos a través del vestido y ella se estrechó más contra él, curvando el cuerpo. Nada la previno para lo que iba a suceder.

Clayton se alejó con tal violencia que la hizo vacilar y tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla para no caer.

—¡Dios santo! —exclamó él con voz ronca, con los ojos brillantes de ira en un rostro pálido cuya frente estaba perlada de sudor—. ¡Esto no debe repetirse jamás! ¡Jamás! ¿Me entiendes?

Maura temblaban sin poder controlarse.

—Clayton, yo… yo no…

—En lo sucesivo, practica estos juegos con otra persona —interrumpió él con brusquedad ignorando la silenciosa súplica de la mano que ella le había extendido—, y te sugiero que la próxima vez, elijas a alguien de tu edad.

—Clayton yo…

—¡Sal de aquí! —gritó él—. ¡Vete y déjame solo!

Maura lo observó mientras él tomaba otro whisky de un trago y se servía uno más como si intentara emborracharse. La cabeza le empezó a dar vueltas y la sangre se le fue del rostro dejándolo tan pálido como el de Clayton. ¿Por qué? ¿Por qué le hacía eso a ella…

y a sí mismo?

La respuesta se le escapaba y no se atrevía a quedarse donde no la deseaban. Tenía que escapar a la intimidad de su habitación y después, cuando estuviera más calmada, tal vez entendería lo que lo había impulsado a rechazar algo que, estaba segura, deseaba tanto como ella. Se volvió con las lágrimas nublándole la visión y esta vez él no trató de detenerla.

¿Por qué? Maura se lo preguntaba una y otra vez acostada en la oscuridad de su alcoba. ¿Por qué, cuando ella podría jurar que sus sentimientos eran intensos como los de ella, la rechazó bruscamente? ¿Acaso no podía dejar de verla como su hermana menor?

Suspiró con fatiga y se volvió para ocultar la cara en la almohada, al no poder controlar más el humillante pensamiento que revoloteaba por su cabeza. Clayton era un hombre como todos los demás. Podía ser fuerte, pero bajo una provocación extrema, cedía a la tentación con la misma facilidad que cualquiera y ella lo había provocado. ¡Sí! Ella actuó de un modo imperdonable y no sabía cómo enfrentarse a él de nuevo, aunque tendría que hacerlo. Le debía una disculpa y rogaba por que él la perdonara.

Maura no durmió bien esa noche. Estaba demasiado perturbada e inquieta y se quedó acostada hasta tarde la mañana siguiente. Esperaba tener la oportunidad de hablar con Clayton, mas él no llegó a comer y lo vio a la hora de la cena. Se mostraba frío y distante, lo cual no era de sorprender. Maura vio cómo Ángela movía la cabeza con desaprobación. Seguramente pensaba: «No se hablan por alguna tonta discusión», pero no hizo comentarios.

Clayton se disculpó después de cenar y se llevó la taza de café al estudio. Maura sabía lo que eso significaba. Se quedaría allí muchas horas poniendo al corriente los documentos que no tuvo tiempo de atender durante el día. También conocía la regla: ¡No debía arriesgarse a molestarlo! Pero esa noche iba a correr el riesgo.

Después del café, Ángela y ella salieron del comedor y se separaron en el vestíbulo. El corazón le latía con fuerza y Maura temblaba cuando se dirigió al estudio de Clayton. Enderezó los hombros y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —Maura percibió el enfado en la voz de Clayton y casi perdió el valor, pero lanzó una silenciosa oración de súplica y

entró en el estudio, para encontrar a Clayton fulminándola con la mirada parapetado tras su ancho escritorio—. Estoy ocupado, Maura —dijo mostrando con enojo el montón de papeles que tenía frente a él—. ¿Qué se te ofrece?

Estaba segura de que él conocía la razón de su presencia y se preguntó por qué le complicaba las cosas, ¿por qué? Las respuestas permanecían esquivas. Sus miradas se encontraron un instante y Maura la desvió, ruborizada ante el recuerdo de lo que ocurrió la noche anterior.

—Mi conducta de ayer fue imperdonable y lo lamento mucho.

—El asunto está olvidado —repuso él como un extraño—. ¿Algo más? —preguntó con impaciencia.

Maura tragó saliva y negó con la cabeza.

—No… nada más.

—Entonces sugiero que te vayas para que pueda continuar con mi trabajo —replicó cortante e ignorándola.

La rudeza de Clayton y su actitud fueron como una bofetada. Esto desvaneció la turbación de Maura y desencadenó la ira.

—¿Sabes algo, Clayton? —se le acercó con la mirada fulgurante —. Tu actitud me demuestra que no mereces mi disculpa. ¡Tú disfrutaste tanto como yo! ¿Entonces por qué te he de pedir disculpas y permitir que me trates como a una criminal?

—¡Cállate! ordenó furioso, arrojando a un lado la pluma y rodeando el escritorio para quedar frente a la chica—. ¿Quieres que te oigan todos?

—No me importa —repuso ella con cinismo, pues su ira le daba el valor que necesitaba—. ¿Acaso hemos hecho algo de lo que tengamos que avergonzarnos?

—¡Claro que sí!

Maura sintió frío por dentro y movió la cabeza con incredulidad.

—No puedo creerlo.

—Maura… —las palabras parecían faltarle a Clayton e hizo un ademán de exasperación, al volverse para alcanzar su pitillera de oro. Encendió un cigarrillo y no habló hasta que soltó la primera bocanada de humo—. Nos criamos como hermanos y los hermanos no se besan como lo hicimos anoche.

Maura empezó a exasperarse al encontrarse frente a la familiar barrera, que permanecía como un muro de acero entre ellos.

—Sólo estamos unidos por el matrimonio de tu madre con mi padre.

—Puedes mirarlo desde el punto de vista que quieras, Maura —dijo él con frialdad—, pero el hecho es que hemos vivido como hermanos y no intento desviarme de ese tipo de relación.

Ella lo miró con la boca abierta, cuando el regresó a su asiento detrás del escritorio. Deseaba llorar y reír al mismo tiempo, pero controló esa sensación de histeria que nada resolvería.

—Nos besamos, eso fue todo y tú actúas como si te hubiera pedido que hiciéramos el amor —lo acusó, indignada, buscando en su semblante algo que no había.

—Pues a mí sí se me ocurrió —su sarcasmo produjo en Maura un dolor tan intenso que casi gritó.

Se quedó inmóvil, con las mejillas arreboladas antes de que el rostro se le pusiera tan blanco como el vestido que llevaba. Clayton aspiró el humo del cigarrillo y apartó la mirada con disgusto, como si no soportara estar con ella en la misma habitación. Maura dio media vuelta y salió del estudio.

Le pareció una eternidad el tiempo que tardó en llegar a su alcoba y cuando cerró la puerta por dentro, no pudo llorar. Las lágrimas le ardían en los ojos y le cerraban la garganta, pero sólo un seco y ahogado sollozo pasó por sus labios cuando cayó de rodillas al pie de la cama.

Los últimos días en Hilltop House fueron los más angustiosos de la vida de Maura. Un muro de silencio se erguía entre Clayton y ella, que ninguno intentó penetrar. La última noche de las vacaciones de Maura, fue su madrastra la que explotó durante la cena.

—Esta casa ha sido como un cementerio en los últimos días —suspiró con enfado y exasperación dirigiendo la mirada del uno a la otra—. ¿Habéis reñido nuevamente?

Maura soltó el cubierto en la mesa y bajó las temblorosas manos a su regazo, mientras le lanzaba una fría mirada a Clayton.

—No, madre —dijo él con una sonrisa burlona—, no hemos reñido. Maura y yo tenemos diferencias de opinión y aún no hemos llegado a la etapa en que podamos estar de acuerdo.

El ambiente era tenso y Ángela preguntó con una mirada de desaprobación:

—¿Y puedo saber la causa de ese desacuerdo?

Maura se clavó las uñas en la palma de las manos y no se atrevió a mirar al hombre que estaba sentado frente a ella.

—Es una cuestión personal y yo no quiero discutirlo —repuso Clayton bruscamente como una indicación de que el tema estaba cerrado en lo que a él concernía.

—¿Maura? —insistió Ángela con determinación.

La joven se puso rígida. Estaba turbada y enfadada; miraba el plato con la comida que no había probado y rogaba porque no notaran su rubor.

—Me irrita tener que concordar con Clayton, pero sí es una cuestión personal y prefiero no hablar de eso.

Ángela se reclinó en el respaldo de su silla con una sonrisa burlona.

—Es grato saber que en algo estáis de acuerdo los dos.

Maura miró la comida de su plato y sospechó que le darían náuseas probar un bocado. Puso la servilleta en la mesa y empujó atrás su silla.

—Por favor, disculpadme, no tengo hambre —corrió hacia la puerta antes que pudieran detenerla.

La ventana de su alcoba estaba abierta para dejar entrar el tibio y aromático aire nocturno. Maura no encendió la luz, antes de sentarse en el asiento al pie de la ventana. Un ruiseñor cantaba en un árbol cercano y se quedó quieta escuchándolo, hasta que sintió que su cuerpo se relajaba un poco.

¡Qué tonta había sido al pensar que Clayton podía corresponder a sus sentimientos!

Mediante un profundo análisis pudo aceptar el hecho de que no tenía por qué avergonzarse de sus sentimientos. Desde luego, Clayton era un hombre de rígidos principios, ella era su hermana y él no se permitiría el verla de otro modo.

Maura se culpó por lo que había pasado. Se había extralimitado y Clayton la puso en su lugar.

Subió las piernas al asiento y se rodeó las rodillas con los brazos. Lágrimas de vergüenza le quemaban los ojos, pero también había en ellas un toque de ira contra la crueldad del destino que había hecho que ella se enamorara de un hombre que siempre estaría fuera de su alcance.

El ruiseñor cantaba alegre cuando Maura oyó que se abría la puerta de su alcoba y no necesitó mirar para saber que era Clayton.

—¿Maura?

—No enciendas la luz —advirtió con un susurro—. Asustarás al ruiseñor.

La alfombra silenció sus pisadas cuando él se acercó y se sentó a su lado.

Estuvieron sentados sin hablar durante varios minutos, mientras el pajarito se superaba, como si supiera que tenía más público y los pensamientos de Maura se volvieron nostálgicos.

Clayton y ella habían hecho cosas parecidas muchas veces. Entonces estaban relajados y a gusto con su mutua compañía, pero ahora no sucedía así. Había una tensión casi tangible, de la cual Maura se consideraba culpable. Tal vez una discusión aclararía las cosas, aunque nunca volvería a estar cerca de Clayton sin la conciencia del profundo sentimiento que él había despertado en ella. Siempre recordaría el breve momento de pasión que compartieron.

—Han pasado años desde la última vez que nos sentamos aquí juntos a escuchar a un ruiseñor —señaló Clayton como un eco a sus pensamientos.

—El tiempo pasa —susurró ella con tristeza regalándose la vista con el contorno de sus facciones y conteniendo el deseo de pasarle los dedos por el cuello—. Ya somos mayores… y nos hemos alejado el uno del otro.

Clayton se encogió.

—Somos mayores, pero no nos hemos alejado.

—Ah, sí. Tú nunca habías sido tan sarcástico y ofensivo, como la otra noche cuando entré en tu estudio a ofrecerte disculpas.

—Lo lamento, Maura —él se inclinó hacia ella y su aroma le excitó los sentidos mientras sus dedos le dejaban un rastro de fuego en la fresca mejilla. Le pasó la mano por el cabello y luego la tomó por la barbilla para alzarle el rostro hacia él—. Tenía que ser algo drástico para devolverte el sentido común. ¿No lo comprendes?

—Me dolió, pero lo comprendo, Clayton —le aseguró ella, a punto de llorar—, y me avergüenzo de mí misma.

Él retiró la mano como si ella lo hubiera mordido.

—No tienes de qué avergonzarte.

—Esa noche casi no comí, el jerez se me subió y yo… yo… te desconcerté y… te induje a hacer algo que tú… tú realmente no querías —Clayton sacó su pitillera, encendió un cigarrillo y su rostro apareció sombrío a la luz del encendedor. Aspiró profundamente y soltó el humo.

—No sé si esto te servirá de consuelo, pero eres una mujer muy atractiva y tenías razón acerca de una cosa: disfruté de ese beso. Sin embargo…

—Lo sé —la situación era demasiado dolorosa para dejarlo continuar. Él trataba de que se sintiera mejor y en realidad, la hacía sentir peor—. Deploro lo que hice esa noche, así que te agradecería que lo consideraras sólo como un trastorno temporal. Y no te inquietes, no volverá a suceder.

—Me alegro de que hayamos hablado —dijo él antes de darle un beso en la mejilla.

El deseo de sentir sus labios en los de ella era un tormento que Maura podía haber aliviado con sólo mover la cabeza un centímetro. Hizo un esfuerzo por permanecer inmóvil, y el momento pasó. Pero el deseo continuó.

—Buenas noches, Maura —añadió Clayton.

Ella se quedó acurrucada en la ventana sin saber cuánto tiempo transcurrió desde que Clayton abandonó la habitación. Sentía el cuerpo rígido cuando al fin se movió. Las lágrimas se habían secado en sus mejillas. El ruiseñor también había dejado de cantar para, tal vez, ocultar la cabeza bajo un ala y dormir. Si ella pudiera ocultar la suya en algún sitio olvidaría y no volvería a recordar nunca.

# Capítulo 6

Joan miró a Maura con ansiedad cuando se reunieron después de las vacaciones.

—Will me ha invitado a cenar otra vez, pero no me gusta la idea de dejarte sola.

—No digas tonterías —rió Maura—. No puedo acompañaros a todas partes y prefiero quedarme en casa. Me prepararé algo de comer y tengo un montón de trabajo que leer y corregir antes de acostarme.

—Eso es todo lo que haces últimamente —se quejó Joan con preocupación—. Trabajas demasiado, comes muy poco y sospecho que padeces insomnio —Maura evadió la inquisitiva mirada de su amiga, pero Joan insistió—. Sé que no es asunto mío, pero si alguna vez necesitas alguien con quién desahogarte, sabes que puedes confiar en mí.

Un agradable calor invadió el frío corazón de Maura y sonrió un momento. Su secreto estaría a salvo con Joan, pero estaba demasiado dolorida para hablar de lo que sucedió entre Clayton y ella.

—Gracias, lo recordaré —Maura tuvo que forzar las palabras, para que pasaran el nudo de su garganta y Joan no la detuvo cuando se fue a su habitación.

El pesado cartapacio de Maura cayó al suelo con un golpe sordo. Cerró la puerta de su dormitorio y se apoyó en la puerta, con los ojos cerrados para contener las lágrimas. Era ridículo, pero últimamente necesitaba muy poca provocación para colocarse al borde del llanto, y le agotaba fingir que nada malo sucedía en su vida, cuando ésta se había convertido en un oscuro túnel del que no veía la salida. Necesitaba seguir adelante, mas no sabía a dónde iba y no le importaba. Los días y las semanas se fusionaban unos con otros, como un caos insustancial. Importante era dar lo mejor de sí a sus alumnos y su recompensa era la entusiasta respuesta que recibía en clase.

Joan arreglaba el jardín y Maura se estaba lavando la cabeza cuando sonó el teléfono. Sólo podía ser Will. Pero un segundo después oyó un golpecito en la puerta del cuarto de baño.

—Es para ti, Maura. Dice que es tu primo.

—¿Mi primo? —repitió Maura con sorpresa. Se envolvió una toalla alrededor de la cabeza y abrió la puerta—. ¿Gavin Porter?

—Ese es el nombre —asintió Joan sonriendo mientras Maura corría hacia la sala.

—Hola, Gavin.

—¡Qué alegría oírte de nuevo! —exclamó Gavin con una voz tan clara como si se encontrara en la habitación contigua.

—¿Desde dónde me llamas?

—Estoy en un hotel de Nueva Ansbach —la información aumentó su desconcierto y preocupación—. ¿Podrías cenar conmigo esta noche? —añadió su primo.

—Sí, claro —aceptó sin titubear—. ¿Qué haces en Nueva Ansbach?

—Te lo contaré todo cuando te vea. Podemos quedar en el bar del hotel… ¿a las siete?

—Por mí, perfecto.

—Entonces hasta pronto —la conversación terminó abruptamente y Maura colgó el auricular confusa.

—Ya no tienes que preocuparte por dejarme sola esta noche, Joan. Mi primo se hospeda en el hotel de Nueva Ansbach y quiere que vaya a cenar con él —explicó Maura cuando entró en la cocina, donde su amiga preparaba el té—. Me pregunto qué habrá sucedido de malo.

—¿Tiene que ser malo?

—Gavin y Clayton nunca se han llevado bien —respondió Maura con una sonrisa irónica, mientras se sentaba para tomar el té que Joan le había servido—. Son opuestos, excepto en lo que se refiere a su dedicación al trabajo. Gavin no vendría a Nueva Ansbach sin una invitación especial, así que tiene que tratarse de algún asunto de urgencia.

Era eso lo que más perturbaba a Maura y casi estaba enferma de preocupación esa noche cuando aparcó su Volkswagen a la entrada del hotel.

—¡Maura! —Gavin le sonrió y abandonó el sillón donde estaba

sentado—. Gracias por venir —dijo estrechando las dos manos de Maura y bajando la cabeza para besarle la mejilla.

—Has despertado mi curiosidad y angustia —dijo ella cuando se sentaron—. Debe de ser algo grave para que vengas a Nueva Ansbach.

—¿Quieres tomar algo antes de cenar? —preguntó él aumentando la ansiedad de Maura al evitar las explicaciones.

—Un jerez, gracias —convino ella, controlando su impaciencia.

Gavin pidió un coñac para él y el jerez para Maura, pero su conversación no pasó de las trivialidades de rigor mientras esperaban. Ella le preguntó por su madre y sintió su curiosidad por saber el motivo de la presencia allí de su primo.

—Este hotel no es gran cosa —comento Gavin mirando alrededor y sin importarle que lo oyera el camarero que les había llevado las bebidas.

—Nueva Ansbach no parece en las guías turísticas; sin embargo, el hotel tiene todo lo necesario para los viajeros que necesitan pasar la noche aquí —replicó Maura a la defensiva—. Si querías comodidades, debiste instalarte en el Hilltop.

—¡De ninguna manera! —Gavin hizo una mueca y dejó ver cierto nerviosismo en la forma en que trataba de alisar su rebelde pelo rubio—. ¿Cómo está Ángela? —preguntó como si la acabara de recordar mientras bebía un buen trago de coñac.

—Bien, gracias —Maura bebió un sorbo de jerez y miró a su primo fijamente. Sin duda estaba haciendo tiempo antes de explicarle el motivo de su reunión, y ella se inquietó aún más.

—Clayton sigue siendo el mismo de siempre, supongo. Serio, honrado y tomándose sus responsabilidades demasiado en serio para su propio bien.

Maura no contestó. Le disgustaba hablar de Clayton con Gavin, especialmente en aquel momento.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó con determinación.

—Sugiero que cenemos primero y hablemos de negocios después —respondió él con brusquedad y apuró el contenido de su copa.

—¿Negocios? —repitió ella y su sorprendida mirada observó por primera vez la carpeta de piel que había en el suelo, junto a la silla de Gavin—. Si se trata de negocios, ¿no deberías hablar con Clayton?

—Mis negocios son contigo, Maura —aseguró él poniéndose de pie—. ¿Cenamos?

—Lo que tú digas —convino, aturdida.

Gavin mantuvo la conversación en un nivel informal mientras cenaban en un amplio y antiguo comedor de techo decorado y columnas, ventanas de cristal y arcos estilo Tudor.

El camarero retiró los platos vacíos mientras tomaban el café y la paciencia de Maura había llegado al límite.

—No quisiera molestarte Gavin —dijo al terminar el café—, pero tengo un montón de hojas que corregir en casa y ya es tarde.

—¿Te apetece otro café? —él seguía tratando de ganar tiempo, pero ella negó con un movimiento de cabeza.

—No, gracias.

La sonrisa se desvaneció del apuesto rostro de Gavin dejándolo sombrío. Se levantaron y pasaron nuevamente al bar, donde él pidió otro coñac, como si lo necesitara para darse valor. Esto no era normal en Gavin y la ansiedad de Maura aumentó de forma alarmante.

—No puedo expresarte lo difícil que es para mí hacer esto, pero no tengo a nadie a quién recurrir —dijo al fin Gavin, después de beber un buen trago del coñac—. Aunque se dice que no es conveniente hacer negocios con la familia, tú sabes que puedes confiar en mí. ¿No es así?

—Sí, yo confío en ti —replicó ella sin titubear—. Dime cuál es tu problema y de qué forma puedo ayudarte.

—Son los condenados impuestos —explicó con el ceño fruncido—. La situación económica de los últimos años ha sometido a mi negocio a una presión tremenda; sin embargo ha sobrevivido y el futuro parece más leve. Lo que necesito ahora es un impulso financiero.

—¿Quieres que te preste dinero? —Maura entendió la situación al instante.

—Sí —asintió Gavin turbado—, pero preferiría que lo consideraras como una inversión, que al cabo de cinco años, te será reintegrada… con los intereses, desde luego.

—¿Cuánto necesitas?

—Doscientos mil.

Maura aspiró y ocultó su sorpresa.

—Eso es mucho dinero.

—Lo sé —convino, sombrío. Abrió la carpeta para sacar un documento de aspecto legal, que le pasó a Maura a través de la mesa—. Si necesitas una prueba de que es legal, te sugiero que leas esto. Es una copia certificada de un documento donde se manifiesta que ha sido aceptada mi propuesta para la construcción de un gran centro comercial en la costa sur y donde me piden el usual diez por ciento de garantía. No puedo dejar que este contrato se me escape de entre los dedos, mas estos últimos años he sufrido un aumento en mis gastos generales y estoy bastante corto de efectivo, por ahora —Maura alzó la vista del documento que él le dio y encontró a su primo observándola con una urgente súplica en los ojos—. Te aseguro que no perderás con este negocio.

Maura sabía lo suficiente de negocios para advertir que decía la verdad y conocía la integridad de su primo como para estar segura de que él nunca la involucraría en algo que no la beneficiara.

—Te ayudaré, Gavin —pero no podía ignorar el único obstáculo para darle la ayuda que requería—. Desde luego, sabes que tengo que mencionarle esto a Clayton antes de hacer un arreglo definitivo, ¿verdad?

—Sí, lo comprendo, pero… —tenía una expresión de ansiedad —. Creo que ésa es la parte que más temo.

—Lo sé —murmuró ella sintiendo aumentar su nerviosismo—. Clayton tiene poder para anular mi decisión.

—¿Qué poder de persuasión tienes sobre él?

—Bastante en este caso, creo —sonrió pensando en algo que fuera infalible—. ¿Cuándo necesitas la respuesta?

—En las próximas cuarenta y ocho horas y puedes conservar la copia de ese documento, si crees que te ayudará a convencer a Clayton de que el asunto es legal.

—¿En dónde podré encontrarte? —preguntó ella cuando Gavin la acompañó hasta donde tenía aparcado su coche.

—Me voy de aquí mañana, antes del desayuno, así que tendrá que ser en mi oficina o en mi casa.

—Yo te avisaré —prometió ella alzándose para darle un beso en la mejilla antes de abrir el coche y sentarse detrás del volante—. Gracias por la cena, Gavin y dale mis cariñosos saludos a la tía Fiona —dijo, después de bajar el cristal de la puerta.

—Maura… —él se inclinó para que su rostro quedara al nivel del de ella y su expresión era sombría cuando le cogió una mano entre las suyas—. Independientemente de lo que suceda… gracias.

Ella le dio un apretón con afecto, antes de que él la soltara y se apartara del coche. La cabeza le daba vueltas mientras conducía a través de las silenciosas calles hacia el norte de la ciudad.

Imaginaba la reacción de Clayton cuando le hablara de la petición de Gavin, pero no excluía la posibilidad de una victoria. Dependería de su «poder de persuasión» y tenía muy poco tiempo para prepararse para otro choque con su «hermano».

—¡No! ¡De ninguna manera! —la explosiva reacción de Clayton fue la que había previsto Maura—. En ninguna circunstancia permitiré que le prestes a Gavin Porter esa cantidad.

—Hay dinero —argumentó Maura con vehemencia—. Está disponible en cualquier momento y es mío. Puede hacer con él lo que me plazca.

—Sólo con mi consentimiento y en este caso, no lo tienes.

—No pido nada imposible y tengo sentido de los negocios para saber que no es una causa perdida —insistió ella—. ¿Por qué no confías en mí por una vez?

Clayton hizo un ademán despectivo y encendió un cigarrillo.

—Tu juicio se basa en el hecho de que Gavin Porter es tu primo —repuso él—. Eres tan ingenua que no me sorprendería que no se te hubiera ocurrido pedir alguna prueba que corroborara esta historia.

No sólo la estaba insultando, sino que dudaba de su integridad e inteligencia. El ánimo de Maura se encendió rápidamente.

—¿Quieres una prueba? —sus ojos grises chispearon de ira cuando sacó el documento del portafolios y lo arrojó sobre el escritorio de Clayton—. ¡Aquí está la prueba! ¡Léelo!

El ambiente era tenso y la furiosa mirada de Clayton sostuvo la de ella durante un segundo antes de que tomara el documento y lo revisara.

—Esto es sólo la aceptación de la propuesta de Gavin. No es suficiente garantía de que esté en mejor posición financiera dentro de cinco años.

Maura no podía negar que era verdad, mas no pensaba admitir una derrota sin presentar un argumento razonable.

—Sé que no te agrada Gavin como persona, pero tienes que reconocer que es un astuto hombre de negocios y que no va a ser tan tonto para hacer algo que ponga en peligro la compañía que ha tenido que levantar desde cero después de la muerte de su padre. ¡Vamos, Clayton! —ella soltó una risa burlona enfrentando su determinación y su ingenio al de él, cuando vislumbró un leve relajamiento en la mandíbula de Clayton—. Si estabas dispuesto a gastar doscientos mil en un coche que yo no quería y nunca te pedí, no tienes por qué negarme el derecho a ayudar a mi primo.

—Esto es un chantaje moral —él rió inesperadamente y ella se vio de pronto desprovista del escudo de la ira, para encontrarse expuesta al magnetismo del hombre que tenía su corazón en la palma de la mano.

—Es la verdad —insistió Maura al verlo apagar el cigarrillo y dar la vuelta al escritorio para colocarse a unos pasos de ella.

No habían estado tan cerca desde la noche en que sentaron en la ventana para escuchar al ruiseñor. Maura no pudo controlar su pulso y reaccionó con un brusco salto.

—Estás más delgada —señaló él con preocupación fraternal examinando sus esbeltas curvas.

—He estado muy ocupada últimamente —le restó importancia al comentario de Clayton y sintió que le faltaba el aire al volverse para cerrar el portafolios.

—Necesitas un descanso —anunció con el tono de un médico—. Tengo que ir a Durban un par de días, en julio. Ese viaje coincide con las vacaciones escolares, sería una buena idea que me acompañases. Unos días de relajamiento en la playa pueden devolverte el color a las mejillas y llenar un poco tu figura.

—Eso… estaría… muy bien —convino ella, titubeante, tentada por la idea de unos días bajo el sol y unas noches calurosas y húmedas—. ¿Y acerca del préstamo? —rápidamente condujo la conversación a terreno más seguro y la boca sensual de Clayton se contrajo con disgusto.

—Necesito tiempo para considerarlo.

¡Tiempo! El estómago de Maura se encogió de ansiedad.

—Espero tu respuesta antes de esta noche.

Clayton frunció el ceño.

—No me presiones, Maura.

—No es mi intención, pero es un asunto urgente —insistió ella adoptando una actitud cautelosa y sociable por el bien de Gavin—. Me darás tu respuesta esta noche, ¿verdad? —agregó conteniendo la respiración.

Clayton la observó con intensidad antes de encoger los hombros en un gesto de irritación.

—Yo te llamaré —dijo regresando a su asiento detrás del escritorio.

Maura respiró con alivio aunque todavía le esperaban unas horas de ansiedad. Le dio las gracias y salió temerosa de que, si se quedaba, podría estropearlo todo.

No pudo hacer nada durante el resto de la tarde y saltaba con cualquier ruido, con una agitación tal, que casi arruinó la cena. ¿Qué habría decidido Clayton? ¿Por qué no telefoneaba? ¿Tenía que hacerla esperar hasta que sus nervios estallaran?

—¿Qué te pasa? —preguntó Joan—. Estás más inquieta que una pulga y has hecho de todo, menos morderte las uñas.

—Lo siento —se sentó en una silla y miró el montón de libros que necesitaba revisar esa noche—. Espero una llamada de Clayton acerca del préstamo que Gavin quiere.

—No puedes culpar a Clayton de que se tome su tiempo para investigar el asunto antes de responderte —Joan sonrió comprensiva.

—No necesita investigar y no veo por qué no puede…

El agudo timbre del teléfono interrumpió la furiosa protesta de Maura y se puso de pie de un salto para correr a contestar.

—Maura, es Clayton —la familiar y profunda voz gruñía en su oído y aumentó su ansiedad.

—¿Sí? —repuso en un susurro.

—Puedes seguir con tu plan.

Casi no podía creer en su victoria, cerró los ojos y se dejó caer en el sillón que había junto a la mesita del teléfono.

—Gracias, Clayton —contestó con voz ronca—. Muchas gracias.

—No me lo agradezcas —le advirtió él—. Confío en tu juicio en este asunto y sugiero que ruegues porque te resulte venturoso.

La conversación terminó con esa nota de advertencia, pero Maura no tuvo dudas acerca de su decisión de ayudar a Gavin. Era una inversión personal de la cual ella obtendría beneficios.

Estuvo en el teléfono los siguientes quince minutos, hablando con el reanimado Gavin y discutiendo los arreglos que tendrían que hacer para la transferencia del dinero.

—No te lo puedo agradecer lo suficiente, Maura, no te arrepentirás —dijo Gavin antes de colgar.

La joven se quedó sentada un buen rato disfrutando de su excitación. No se había sentido tan llena de vida desde hacía mucho tiempo. Le sorprendió saber que Clayton había dado su consentimiento basándose en el juicio de ella y, al mismo tiempo, le hizo sentir que al fin había logrado algo por sí misma. ¡Queridísimo, maravilloso, cauteloso Clayton! Qué difícil debió de ser para él renunciar a su poder y cómo lo amaba por haberlo hecho.

Joan alzó la vista cuando su amiga entró en la cocina y dejó a un lado su trabajo con un brillo de diversión en los ojos.

—Por tu semblante se deduce que tu decisión fue aceptada.

—Sí, Clayton da el visto bueno al préstamo —sonrió Maura sentándose y sus ojos grises chispearon de deleite.

—¡Bien por Clayton! —Joan sonrió—. Al hacerlo se asegura otra victoria.

Maura rió, de buen humor.

—Yo creía que era yo la que había obtenido una victoria.

—Me refiero a que se afianza más en tu corazón —explicó Joan y su expresión se tornó seria—. ¿Cuándo vas a hacer algo al respecto?

La sonrisa desapareció del rostro de Maura y bajó la vista con dolor.

—Con torpeza traté de hacer algo cuando estuve de vacaciones en mi casa —le confió a Joan por primera vez.

—¿Y?

—Me dijo de manera categórica que debo comportarme como debe de ser —Maura rió con amargura parpadeando para contener las lágrimas—. Clayton me quiere, pero no… no de la forma en que yo a él.

—¡Pamplinas! —exclamó Joan con energía—. Una vez hablé fuera de lugar, pero ahora no creo que te alteres tanto por lo que te voy a decir. Vi la forma en que Clayton te miraba la noche que vino a pedirte que firmaras unos papeles, y lo que vi no era amor fraternal… ¡Créeme!

Maura quería desesperadamente creer a Joan. Sería muy fácil hacerlo, pero no soportaba la idea de sufrir otra desilusión.

—Te equivocaste.

—¡Ah, no! —insistió Joan—. He visto esa mirada en muchos hombres y te aseguro que Clayton te ama.

—No sigas, Joan —suplicó Maura—. Por favor, no me hagas concebir esperanzas por algo que sé que nunca podré obtener.

—Te daré un consejo y tú verás si lo sigues o no —Joan se puso de pie para poner a hervir agua en la tetera y cuando se volvió, miró a Maura fijamente—. Descubre por qué Clayton niega lo que siente por ti y, cuando sepas el motivo, sabrás cómo destruir las barreras que él ha erigido.

Maura no contestó. Las barreras que Clayton había erigido eran indestructibles y ella no iba a humillarse otra vez intentando derribarlas. Si Clayton la amaba, como Joan aseguraba, debería dar el siguiente paso.

# Capítulo 7

Maura sonrió al ver desfilar a los niños que salían de clase, al final del segundo período académico. Apenas podían controlar su excitación ante la idea de las tres semanas de vacaciones que les esperaban y Maura recordó su propio entusiasmo infantil al inicio de cada vacación.

—Que tenga unas felices vacaciones, señorita Fielding —le dijo uno de los alumnos al pasar.

Maura gimió por dentro. No esperaba con gusto esas tres semanas y, lo que era peor, tenía pánico a los pocos días que pasaría en Durban con Clayton.

Aunque no deseaba ir, la ampliación de la fábrica requería la compra de maquinaria y equipo. Clayton insistió en que su presencia, como accionista mayoritaria de *Fieldco*, sería preferible a su simple firma al pie de una carta de consentimiento.

Maura emergió de sus perturbadores pensamientos para encontrarse sola en la clase; suspiró al recoger su portafolios y echar a caminar por el corredor hacia el salón de personal donde había dejado su chaqueta esa mañana.

En el salón estaba el director del colegio que alzó la vista para mirar a Maura por encima de las gafas que tenía en la punta de la nariz.

—Quiero que sepa que estoy muy contento con su trabajo, señorita Fielding.

Maura se quedó sorprendida. Un elogio de aquel anciano era raro.

—Muchas gracias, señor Seymour —ella devolvió la sonrisa y repitió lo que le había dicho su alumno—: Que tenga unas felices vacaciones —salió del salón con una ligereza que no tenía antes.

Tarareaba una canción cuando llegó a su casa. Se despidió de Joan y Will, que se iban a Pietermaritzburg, a pasar las vacaciones con los padres de Joan y, cuando se fueron, metió sus maletas en el Volkswagen y cerró la casa. Seguía tarareando al llegar a *Fieldco*,

pero se puso seria al ver por el retrovisor el Jaguar blanco de Clayton que iba detrás de ella por el camino que conducía a Hilltop.

El corazón le latía con fuerza cuando salió del coche y tuvo que controlar el ridículo deseo de correr cuando lo vio caminar hacia ella. Tragó saliva y se concentró en la corbata a rayas, para controlar su ritmo cardíaco.

—Bienvenida a casa —él la besó y, rodeándole la cintura con un brazo, la acompañó al interior mientras un criado salía por las maletas.

Maura lo miró con curiosidad.

—Por lo general, nunca vienes a esta hora.

—A mamá la han llamado para una reunión de una de sus obras de caridad y no podíamos permitir que llegaras a una casa vacía, ¿verdad? —su sonrisa era burlona, recordaba los días en que no había ninguna tensión entre ellos.

—No creo que me hubiera muerto por pasar unas cuantas horas sola.

—Decidí tomarme una tarde libre para venir, pero si prefieres que regrese a la oficina, sólo tienes que decírmelo.

—¡Oh, no digas tonterías! —rió ella, cuando se detuvieron en el vestíbulo y trató de darle un juguetón puñetazo en la mandíbula, pero el brazo de Clayton se puso tenso en la cintura de Maura, cuando le rozó la barbilla.

Su poderoso magnetismo le alteró el pulso y, sabiendo que no tenía fuerzas de voluntad para manejar la situación, se apartó.

—Me vendría bien un refresco —dijo, con un falso tono ligero, al dirigirse a la sala.

—A mí también —convino él—. ¿Qué quieres tomar?

—Agua mineral con unas gotas de limón, por favor.

Maura necesitaba tiempo para calmarse, así que se acercó a la ventana. Se asomó al soleado jardín. Casi todos los árboles habían perdido sus hojas y el césped no estaba verde. Maura se metió las manos en los bolsillos de la falda y encontró una carta que Will Baker le había entregado esa mañana. La había metido en el bolsillo con la intención de leerla, pero no había tenido tiempo. Ahora la abrió y la leyó.

*Maura, querida dama, había escrito Will, con su peculiar estilo teatral, éstas serán unas vacaciones memorables. La paciencia es algo*

*que no tengo y quiero que sepas que, voy a arriesgarlo todo, pidiéndole a Joan que se case conmigo. Si la respuesta es «sí», te enviaré el ramo más grande de flores que pueda comprar. Con cariño, Will.*

Se volvió al oír unas pisadas detrás de ella y estaba segura de que su semblante mostraba una tonta sonrisa cuando encontró la mirada burlona de Clayton.

—¿Es carta de un admirador? —preguntó él dándole el vaso de agua y ella bebió un buen trago antes de contestar.

—Es de Will Baker.

Clayton alzó las cejas con asombro y la miró con desaprobación.

—Pensé que cortejaba a Joan.

—Toma —sonrió y le dio la carta—, léela.

Clayton titubeó, pero después de leerla la miró con curiosidad:

—¿Y por qué quiere enviarte flores?

—Supongo que porque yo… bueno, le allané un poco el camino —Maura sonrió ampliamente—. Joan tenía prejuicios acerca de Will y había levantado una barrera a su alrededor, el pobre no podía acercársele.

—¿Así que hiciste de Cupido? —Clayton parecía más tranquilo.

—No precisamente —rió ella. Guardó la carta en el bolsillo y se alejó de la perturbadora cercanía de Clayton, para sentarse en un cómodo sillón—. ¿Cuándo salimos para Durban? —cambió de tema cuando él se sentó cerca de ella.

—Dentro de dos semanas —repuso él aflojándose la corbata.

—O sea, el viernes —comentó Maura con sorpresa—. No es posible, nadie trabajará el fin de semana.

—No pienso hacer nada hasta el lunes —su sensual boca se curvó en una burlona sonrisa—. Te prometí un par de días de descanso en la playa, ¿recuerdas?

—Así es —murmuró sin estar segura de si le agradaba la idea o no.

—¿Te parece interesante el plan?

—Sí… y no —repuso con sinceridad.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Me parece interesante permanecer en la playa y no me lo parece el lado comercial del viaje.

—Pues es algo a lo que tendrás que acostumbrarte, pues tengo la

intención de que intervengas más en los negocios de *Fieldco* —le informó con tono cortante, y ella lo miró sobresaltada.

—Soy profesora, Clayton —le recordó con frialdad—. No tengo título de administración de empresas o de economista y lo poco que sé acerca de la explotación de bosques no merece la pena mencionarse.

—Podrías aprender, si te lo propusieras.

—No.

—Maura, no te estoy pidiendo que renuncies a tu trabajo como maestra para sentarte detrás de un escritorio en *Fieldco* —explicó él con tolerancia—; pero sí apreciaría que mostraras más interés en una compañía que es tanto tuya como de mamá y mía.

El reloj que había en la chimenea marcó las tres e irritó a Maura. Clayton la hacía sentirse culpable.

—¿Y de qué manera quieres que muestre mi interés?

—Podrías asistir a alguna de nuestras reuniones y leer el informe mensual que te envío en vez de tirarlo a la basura sin abrirlo —sugirió él y su exactitud la sobresaltó e intensificó su sentimiento de culpabilidad.

—¿Qué te hace pensar que lo tiro a la basura sin abrirlo? —preguntó cautelosamente sin saber cómo habría descubierto él la verdad.

—En el informe del mes pasado incluía una nota personal que no contestaste —explicó él con tono acusador.

—¡Ah! —se ruborizó, mas no intentó negar la verdad—. ¿Qué decía? —preguntó con curiosidad.

—Tenía que ver a alguien en el centro por cuestión de negocios y te invitaba a reunirte conmigo para cenar.

La sorpresa de Maura se convirtió en remordimiento.

—Oh, Clayton, lo lamento mucho.

—Y con razón —la amonestó él con un mohín—. ¿Qué te parece si echamos un partido de compensación? —sugirió.

—Es una gran idea —convino poniéndose de pie—. Vamos a cambiarnos.

Quedaron en verse en la pista, Maura corrió a su habitación. Se vistió con rapidez. Se ató el pelo para que no le cubriera la cara y si se hubiera mirado en el espejo, habría descubierto que su semblante estaba lleno de vida por primera vez en las últimas semanas.

El corazón le latía con fuerza cuando encontró a Clayton colocando la red. Llevaba *shorts* blancos y una camiseta blanca. Cuando él alzó la vista y la vio, ella empezó a bajar los escalones para ayudarle, pero era tan consciente de su atractivo que todo lo hacía con torpeza.

Lo maldijo por causarle ese efecto. Lo maldijo en silencio cuando fueron a recoger las raquetas y las pelotas.

Pese a que Maura era buena jugadora, no se podía comparar con Clayton. Él le ganó por seis juegos contra cuatro y los dos sudaban copiosamente cuando abandonaron la pista.

—Ha mejorado tu juego —señaló Clayton dejando caer la raqueta al césped mientras se secaba el sudor con una toallita y se sentaba en una esquina de la mesa de madera que había bajo un roble.

—Lo tomaré como un halago considerando que no he jugado al tenis desde que salí de la escuela —rió ella sin aliento. Puso su raqueta en la mesa y se sentó en el banco de madera que rodeaba el árbol. Se secaba la cara y el cuello con su propia toalla, cuando de pronto se encontraron sus miradas y ella vio algo en los ojos de él que la hizo reclinarse en el nudoso tronco—. ¿Qué te preocupa, Clayton? —preguntó en voz baja y él esbozó una sonrisa.

—Estamos en desventaja tú y yo. Nos conocemos tanto que no podemos engañamos.

Maura sintió que se le encogía el estómago.

—Convengo en que nos conocemos razonablemente bien, en la superficie.

—Yo te conozco más que eso, Maura.

—¿Por qué crees eso? —protestó ella, consciente de un calor adicional en sus mejillas—. Yo no comparto todos mis pensamientos, ni mis sentimientos contigo.

—No necesitas hacerlo. Tienes nos ojos muy expresivos y en este momento tienes miedo de algo, pero la pregunta es… ¿de mí o de ti misma, *gatita*? —la sobresaltó con el uso del cariñoso apodo que tenía casi olvidado.

Era verdad. Tenía miedo de los sentimientos que él despertaba en ella y también lo que él pudiera descubrir. Además, estaba enfadada. ¿Cómo podía él permanecer indiferente, cuando cada nervio de su cuerpo se excitaba cada vez que se le acercaba.

—Me parece que querías discutir algo conmigo —condujo la conversación a la dirección inicial y Clayton asintió.

—Es acerca de Gavin —empezó y Maura se puso a la defensiva.

—Sé que no te cae muy bien, sin embargo…

—¡Déjame terminar! —la interrumpió Clayton con aspereza y Maura se quedó callada—. Sé que esto no va a gustarte, pero hice que investigaran a tu primo como más formalidad y he recibido unas noticias perturbadoras, que creo deberías saber. Gavin consiguió un contrato multimillonario y para lograrlo se ha endeudado, no sólo contigo, sino también con el banco. Porter e hijo es una compañía pequeña y parece que no tiene capacidad para encargarse de una obra tan grande. Si fracasa en este negocio, será su ruina.

—Yo era consciente del riesgo cuando acepté ayudarlo. No me mires con tanta desaprobación, Clayton. Tal vez no sepa mucho acerca de negocios, pero sé que el éxito no es algo que se consigue sin riesgo. ¿Acaso mi padre y el tuyo no arriesgaron todo para lograr que *Fieldco* fuera un éxito?

—Eso fue hace treinta años.

—Un riesgo siempre es un riesgo —insistió ella—. Creo que Gavin sabe lo que perderá si fracasa, así como lo que ganará si triunfa y ésa es su meta.

La expresión de Clayton se volvió inescrutable y la observó en silencio unos segundos antes de decir:

—Desde luego, tienes mucha fe en la habilidad de Gavin para triunfar.

—Tengo fe en las personas a quienes amo y en quienes confío, porque sé que nunca me defraudarán si pueden evitarlo —cogió una hoja seca—. Siento lo mismo hacia ti —Contuvo el aliento temiendo haber revelado demasiado, pero Clayton no hizo comentarios al respecto y Maura se relajó.

—Haces que la vida parezca muy simple —rió él con cinismo.

—La vida es simple —lo miró con fijeza—. Nosotros somos los que creamos los problemas y luego no sabemos resolverlos.

—¿Te has creado algún problema recientemente que no puedas resolver? —preguntó burlón.

—Así es —reconoció cautelosa—. ¿Y tú?

—No puedo negar que también me he creado alguno —la

apremiante mirada de Clayton sostuvo la de ella—. ¿Y qué has hecho tú?

—Lo he puesto en el congelador esperando encontrar una solución en un futuro cercano —confesó ella, con cierta alarma al ver que había dejado de ser objetiva—. ¿Y tú?

—Lo mismo.

—Me sorprendes, Clayton —rió ella tratando de aligerar la tensión que había entre los dos—. Siempre consideré que conocías todas las respuestas.

—¿Estás desilusionada?

—No —negó ella poniéndose seria—. Me pareces más humano.

Alzó una ceja con diversión.

—¿Acaso te he parecido inhumano alguna vez, *gatita*?

Otra vez la llamaba *gatita*. ¿Por qué, después de tantos años, la llamaba así?

—Nunca te he considerado inhumano —lo corrigió ella—; siempre pensé en ti como un hombre infalible.

La sensual boca de Clayton se curvó en una sonrisa y se inclinó hacia ella para pasar un dedo por la curva de su ardiente mejilla.

—Se sabe que he cometido errores a veces.

En un instante, la mirada de Clayton era burlona y al siguiente, parecía pedirle algo que ella no se atrevía a darle. Él había trazado una frontera entre ellos, con la severa orden que nunca debería intentar cruzarla, y ahora la tentaba a hacer exactamente lo que le había prohibido. ¿Por qué la atormentaba?

—Voy a darme una ducha antes de que regrese mamá —se puso de pie, tambaleante, para escapar de Clayton y él apretó los labios, como si se enfadara.

—Buena idea —repuso con brusquedad.

Recogieron sus cosas y caminaron en silencio hacia la casa. Maura lanzó una rápida mirada al rígido perfil de Clayton. ¿Qué había hecho ella para molestarlo? ¿Era posible que él estuviera disgustado consigo mismo? Suspiró. Si era una indicación de lo que podía esperar de Clayton, a saber qué le esperaría en los días que iba a estar con él en Durban.

Maura abrió las cortinas de la ventana de su suite, en un hotel de la playa, y contempló el agitado Océano índico. Habían llegado a Durban en el Jaguar de Clayton la tarde anterior y esperaba en el

bar para tomar una copa antes de cenar.

La luna brillaba en el aterciopelado cielo.

Había gente por todas partes que disfrutaba del ambiente semifestivo que reinaba en la costa en esa temporada. Maura se sentía distanciada de esa alegría pues sus pensamientos vagaban en otra dirección.

Durante la segunda semana de las vacaciones de julio, recibió un gran ramo de crisantemos amarillos en Hilltop con una nota que decía:

*Vamos a casarnos. Yo preferiría una ceremonia íntima, sencilla e inmediata, pero será una boda espectacular, en diciembre. Cariñosamente, Will.*

Maura llamó a Joan para felicitarlos; el teléfono casi había vibrado con la felicidad y excitación de su amiga. El recuerdo de la conversación hizo que la boca de Maura temblara con una débil sonrisa. Se alegraba mucho por ellos, mas no podía negar que experimentaba cierta envidia. Joan había luchado por el hombre al que amaba y lo había conseguido. Maura deseaba hacer lo mismo con Clayton, mas su primera tentativa había sido rechazada tan bruscamente, que no se atrevía a arriesgarse de nuevo.

Suspiró al mirar el reloj y los sedosos pliegues del fresco vestido azul le ondearon entre las piernas cuando se volvió para recoger el bolso de noche. Hubiera querido quedarse un poco más, pero era hora de bajar y sabía que a Clayton le disgustaba esperar.

Él se puso de pie cuando ella entró en el magnifico salón, cuyos espejos reflejaban las palmeras y los helechos de los macetones. Clayton estaba impresionante con su traje oscuro. Los latidos del corazón de Maura se aceleraron, pero disminuyeron cuando descubrió la mirada de envidia de una atractiva pelirroja que estaba sentada cerca.

—Estás encantadora, Maura —Clayton sonrió con un inesperado calor y ella se quedó sin aliento cuando sus ojos la recorrieron lentamente de arriba abajo—. Me he tomado la libertad de pedirte un jerez —dijo cuando se sentaron.

—Gracias.

Clayton continuó mirándola con un extraño calor en los ojos, que era desconcertante, y ella se aferró al bolso para calmar el

temblor de sus manos. Al fin, el camarero creó una oportuna distracción, al llevar las bebidas.

Maura bebió un sorbo de jerez para tranquilizar los nervios, mas no le impidió percatarse de esos ojos que observaban cada uno de sus movimientos.

—¿Hay algo en especial que quieras hacer después de cenar? —preguntó Clayton.

—No lo había pensado. Es obvio que tú sí —replicó ella bebiendo otro sorbo de jerez, que esta vez le ayudó a recuperar un poco la compostura.

—Pensaba en un paseo por el bulevar y espero que el aire nocturno me ayude a orear las telarañas.

—¿Las telarañas? —repitió ella con curiosidad.

—Las últimas dos semanas en la fábrica han sido extenuantes y siento la cabeza como si la tuviera llena de aserrín —sonrió débilmente y bajó la vista—. Tal vez tú también necesites relajarte.

—Estoy relajada.

—No, no lo estás —la contradijo con tono burlón, sin quitar los ojos de la copa de Maura, que tembló ante la exactitud con la que él había diagnosticado su estado de ánimo—. Estás tan tensa que puedes estallar si alguien se te acerca y te dice *Bú*.

Las mejillas se le encendieron y, desconcertada por el comentario, se bebió el jerez rápidamente; le cayó en el estómago como una bola de fuego, pero le aplacó un poco los nervios.

—Quisiera que fueras menos observador.

—Lo procuraré en el futuro —prometió él con fingida gravedad y ella sonrió divertida—. ¡ Ah, al fin! Estás sonriendo y cuando lo haces, se te iluminan los ojos y brillan como dos joyas.

La sonrisa de Maura se desvaneció cuando la apremiante mirada de Clayton capturó la de ella haciendo que los latidos del corazón se le aceleraran. Todo lo demás pareció diluirse en las sombras… dejándolos a Clayton y a ella con la curiosa sensación de que estaban enlazados mediante un cable de comunicación que no necesitaba palabras.

Había un elemento de peligro en esa misteriosa situación.

—Si no fueras mi hermano, habría asegurado que flirteas conmigo —dijo inyectando un tono de burla a su voz.

—Pues si no fueras mi hermana, diría que estabas en lo correcto

—repuso él en el mismo tono, con la mirada fija en la de ella, hasta que la bajó a la suave y rosada boca y los labios de Maura cosquillearon como si él los hubiera besado.

—Ese jerez se me ha subido a la cabeza —rió—. ¿Cuándo comemos?

—Ahora mismo, si quieres —replicó él con una sonrisa que le indicó que sabía exactamente lo que ella pensaba y sentía.

La carta del restaurante incluía platos para todos los gusto. Por desgracia, Maura estaba demasiado tensa para comer y pidió una ensalada y Clayton un filete.

Les llevaron una botella de vino mientras esperaban y le sirvieron una copa a cada uno. Maura sólo lo probó. La cabeza todavía le daba vueltas por el jerez.

Sintió alivio cuando al fin le llevaron la cena y fue Clayton el que aligeró la tensión discutiendo con ella el aspecto comercial de su visita a Durban.

Maura se obligó a concentrarse y al fin logró despojar su cabeza de todo lo demás. Hablaron mientras comían, de la fábrica, la nueva maquinaria y el equipo que había que comprar. Poco a poco, Maura empezó a relajarse.

Era absurdo ponerse tan tensa en presencia de alguien a quien conocía de toda la vida. Su adoración como niña no había obstruido sus relaciones, en cambio su amor como mujer creaba una extraña barrera entre ellos que era emocionalmente más molesta que los frenos que tuvo que usar en los dientes.

¡Con un demonio! ¿Por qué se había vuelto la vida tan complicada para ella? ¿Por qué no podía seguir siendo todo como en el pasado?

—¿Bailas, Maura? —preguntó él de pronto cuando terminaron de tomar el café. Ella lo miró sobresaltada.

—Tú sabes que sí.

—Sé que te mueves muy bien con los salvajes ritmos modernos —le sonrió y la luz de las velas de la mesa le daban una apariencia diabólica—. ¿Pero qué dices de un anticuado baile de salón?

La diversión asomó a los ojos de Maura e inclinó la cabeza coquetamente.

—¿Me estás invitando a bailar?

—Así es.

—No soy muy buena —le advirtió nerviosa cuando llegaron a la pequeña pista de baile.

—Es muy sencillo —Clayton le sonrió—. Lo único que tienes que hacer es relajarte.

—Estoy relajada.

—¡No, no lo estás!

—No empecemos de nuevo —rió ella para desechar la tensión que se apoderaba de cada músculo de su cuerpo.

—No tienes que ponerte nerviosa conmigo, *gatita* —se burló él —. Estás segura.

¿*Segura*? Repitió con ironía. Sí, estaba segura con Clayton, pero era ella misma la que le preocupaba.

Oprimió el hombro de Clayton, cuando la atrajo inesperadamente para evitar el choque con otra pareja. Él murmuró una disculpa y su cálido aliento rozó la sien de Maura, pero no le aflojó la cintura y ella no protestó; estaban tan cerca que sus cuerpos sé tocaban y mecían al unísono.

El corazón de Maura latía con fuerza y sus emociones se desbordaban. La cercanía de Clayton era más potente que el vino que habían tomado con la cena. Le nublaba la razón y le daba a su cuerpo la libertad de disfrutar del contacto físico. Los pasos de Clayton eran fáciles de seguir y Maura se relajó para rendirse ante aquel mágico momento.

Deseaba que la música no terminara nunca y, la orquesta como si cumpliera su silencioso deseo, tocó una canción tras otra; sin embargo, la lógica empezó a interferir en el estado de euforia de Maura. De las profundidades de su subconsciente salía una advertencia en el sentido de que se estaba dejando arrastrar a una situación que después no podría controlar, lo cual la dejó más serena al terminar esa pieza.

—¿Te das cuenta de que es la primera vez que bailamos juntos? —preguntó a la defensiva cuando Clayton la escoltó de regreso a la mesa.

—No se había presentado la oportunidad. ¿Vamos a dar un paseo?

Maura afirmó con la cabeza pues se le cerró la garganta y no pudo hablar; así que salieron del hotel en silencio.

# Capítulo 8

El sol lanzaba sus ardientes rayos sobre la multitud que había en la playa el sábado por la mañana. Maura cerró los ojos para protegerse y se tumbó sobre la toalla que había extendido en la arena. El bronceado y hermoso cuerpo de Clayton estaba extendido a su lado; pero se sentía relajada. Había dormido bien por primera vez en varias semanas y no sabía a quién agradecérselo.

Se rió de sí misma al recordar lo cautelosa que había estado con Clayton al comenzar el paseo nocturno por la playa. Por suerte, superó pronto esa sensación. Él la había cogido de la mano para cruzar y así permaneció mientras duró el paseo.

Cuando una inesperada ráfaga de aire la hizo estremecer, Clayton le puso su chaqueta sobre los hombros y ella se cubrió encantada de sentir el calor del cuerpo de él y al regresar al hotel se la devolvió de mala gana.

Maura no esperaba el beso de buenas noches que le dio Clayton cuando abrió la puerta de la suite. Ella alzó la vista para darle las gracias por la encantadora velada al mismo tiempo que él bajaba la cabeza para besarla en la mejilla y el beso acabó en los labios. Los dos se sobresaltaron por el incidente y les pareció divertido.

—¿Por qué sonríes? —la grave voz de Clayton la volvió al presente.

—Por nada especial —había replicado ella evasiva.

El sonido de la campanilla de un carrito de helados la hizo abrir los ojos y mirar a Clayton.

Él se incorporó y sus miradas se encontraron.

—¿Quieres un helado? —preguntó sonriendo.

—El helado engorda —negó ella con la cabeza.

—Pues te vendría bien aumentar un par de kilos. Estás demasiado delgada, *gatita*.

—¡No me gusta que me llames así! —protestó Maura.

—¿Por qué?

Ella esperó hasta que su rubor se desvaneció, para apoyarse en

los codos y mirarlo.

—Cuando me llamas *gatita*, haces que me sienta como si tuviera diez años.

Un fulgor travieso apareció en los ojos de Clayton.

—Pues lo pareces con esa coleta, además, el agua de mar te deja al descubierto el leve rastro de pecas que tienes en la nariz.

—¡No tengo pecas en la nariz!

—Ah, sí tienes —sonrió él acercando su rostro al de ella—. ¿Quieres que las cuente?

—¡No, gracias! —exclamó molesta y tuvo que apartar la vista para disimular la sonrisa que asomaba a sus labios.

—Nunca me contaste gran cosa acerca de los cuatro años que pasaste aquí, en Durban, en la escuela de magisterio —se dio media vuelta y encendió un cigarrillo.

—No había mucho que contar y tú te habías opuesto tanto a mi decisión, que no creí que te interesara.

—Reconozco que tenía ciertas ideas acerca de lo que debías hacer cuando fueras mayor, y el estudiar magisterio no era una de ellas.

Maura lo miró incrédula.

—¿Realmente esperabas que me quedara en casa, sin hacer nada?

—Esperaba que dedicaras un poco de tu tiempo a *Fieldco*.

—Siempre me alegraré de haber dejado los negocios en tus capaces manos, pues sé que me aburriría como una ostra si dedicara un poco de mi tiempo a la compañía. Yo necesitaba hacer algo que fuera a la vez estimulante y atractivo, quería hacerlo con mi propio esfuerzo.

—Ahora lo acepto —volvió la cara hacia ella con una sonrisa burlona—. ¿Y qué hacías aquí, además de estudiar?

—No tenía mucho tiempo para otras actividades, aunque jugaba al tenis cuando tenía un rato libre. No era muy brillante, así que necesitaba estudiar mucho para pasar los exámenes —agregó a la defensiva al ver la mirada de incredulidad de sus ojos.

—¿Y qué hay de amiguitos?

—No había.

—¡Vamos, Maura! —rió él mostrando sus blancos dientes en contraste con la bronceada piel y ella sintió que el calor invadía su

cuerpo al recorrerlo él lentamente con la vista—. Eres una joven muy atractiva y sin duda habría muchos jóvenes que reclamaban tu atención.

Ella apartó la mirada.

—Nunca me faltó acompañante cuando había alguna actividad en el colegio a la que tenía que asistir; sin embargo, no me interesaban mucho mis compañeros.

—¿Por qué? —preguntó él observándola con tal intensidad, que ella tuvo que desviar la vista otra vez.

—Algunos eran demasiado inmaduros y los demás se consideraban tan irresistibles, que se ofendían cuando te negabas a acostarte con ellos.

—¿Y estuviste tentada alguna vez a hacerlo con alguno?

Maura lo miró con indignación.

—Tú debías saber la respuesta.

Clayton no contestó de inmediato. Apagó el cigarrillo en la arena y la miró.

—No estoy seguro —dijo bajando la voz porque la pareja que estaba al lado los miraba con curiosidad. Al mismo tiempo adquirieron mayor intimidad lo que hizo que el corazón de Maura se acelera alarmado—. Posees una sensualidad que me indica que a veces debes haber sentido la necesidad de estar con un hombre.

El atrevimiento de Clayton pareció sacarle el aire de los pulmones haciéndola turbarse por lo que apenas hacía poco había descubierto en sí misma; era algo a lo que aún no le había puesto nombre.

—No tenía idea de que poseía tal *sensualidad* —repuso con una voz tan ronca que no parecía la suya—, y si alguna vez sentí la necesidad de satisfacer algún anhelo sexual, no sucumbí.

Los ojos de Clayton fulguraron de modo extraño.

—¿De verdad?

—¡Por el amor de Dios! —siseó ella con las mejillas arreboladas y los nervios hechos unos nudos, que temía que nunca se desenredaran—. ¿No podemos hablar de otra cosa?

—Pensé que te gustaban las conversaciones de adultos —se burló Clayton y su suave risa gutural aumentó la confusión de Maura.

—Pues resulta demasiado adulta para mí.

—Eres más hermosa cuando te sonrojas, *gatita* —bromeó él y la joven no pudo controlar la risa nerviosa que brotó de sus labios.

—Creo que te odio cuando te pones así —se apartó de Clayton y se sentó.

—Tenemos tiempo para nadar antes de regresar al hotel para darnos una ducha y comer —se puso de pie.

Tenía el pelo revuelto, la piel con sal y las piernas llenas de arena: ¡era una agonía verlo!

—Él agua está muy fría —protestó Maura.

—Por eso te sugiero que vayamos a nadar —repuso él, con una sonrisa traviesa—. Eso te enfriará los ánimos.

—¡No necesito que me enfríen nada! —gritó indignada.

—Desde aquí, no lo parece —se burló él haciéndola sonrojar. De pronto la cogió de una muñeca—. Anda, vamos —la puso de pie y la llevó hacia la orilla del mar.

—¡Suéltame! —gritó Maura consciente de que la gente los miraba.

—Voy a lanzarte al agua.

—¡Clayton! —jadeó ella. Él la alzó en brazos, sin ningún esfuerzo, y se metió en el mar—. ¡Suéltame! —suplicó ella estremeciéndose cuando vio el agua fría debajo—. ¡Por favor, déjame!

Clayton la ignoró y se metió al agua, hasta que las olas le hicieron perder el equilibrio. Entonces la soltó. Cuando al fin salió a la superficie, tosiendo y aspirando con fuerza, Maura se limpió los ojos y miró a Clayton.

—¡Eres un… un…!

—¡Cuidado! —gritó Clayton interrumpiéndola, y la atrajo con fuerza por la cintura. Algo la lanzó con fuerza contra él, y al mismo tiempo, sintió que algo le rozaba—. Estuvo muy cerca —gruñó Clayton furioso—. Otro segundo y ese imbécil choca contigo. ¿Estás bien?

—Sí… Creo que sí —balbuceó ella incapaz de pensar con cordura, mientras él la estrechaba contra su duro y musculoso cuerpo.

La piel estaba fría y húmeda; sin embargo, parecía quemarla, y sus labios estaban tan cerca que sólo tenía que alzar el rostro un centímetro para que se encontraran.

—Puedo sentir los acelerados latidos de tu corazón —murmuró Clayton.

«Yo también puedo sentir los tuyos», podía haberle dicho ella. Sin embargo, permaneció callada y un poco confundida. Él no era tan indiferente a ella como quería hacer creer. Maura no podía saber la intensidad de los sentimientos de Clayton y no se atrevía a suponer que fueran tan profundos como los propios, aunque el descubrimiento dificultaba los intentos de ella por controlar sus caprichosas emociones.

—¿Podemos regresar al hotel? —preguntó y Clayton la soltó de inmediato.

—Sí, desde luego —repuso bruscamente y echó a nadar hacia la playa. Maura lo siguió rogando que el agua fría desvaneciera sus lujuriosos pensamientos.

Clayton se mostró distante cuando llegaron al hotel. Maura se deprimió, no quería que nada empañara los días que tenían previsto pasar en Durban; después descubrió que su preocupación era innecesaria. Él se comportó como el compañero perfecto cuando fueron al Delfinario esa tarde, y disfrutó la función de teatro a la que asistieron por la noche.

Pasaron casi todo el domingo en la playa y Maura hubiera querido que nunca acabara ese día cuando, después de cenar en el restaurante del hotel, tomaron el ascensor hacia sus habitaciones.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer? —le sonrió a Clayton y él la miró interrogante—. Me gustaría dar un paseo por la playa.

—Podríamos pasear por el malecón, pero no estamos vestidos adecuadamente para caminar por la arena.

—Podríamos cambiarnos de ropa.

Hubo un chispazo de diversión en los ojos de Clayton.

—Pensé que estarías deseando acostarte temprano.

—No tardaremos mucho —arguyó persuasiva y Clayton asintió.

Era una noche fresca. Ella se puso unos pantalones deportivos y un suéter de manga larga. Clayton usaba pantalones vaqueros y una camisa de lana azul. Encontraron la playa casi desierta. Clayton se enrolló los pantalones hasta debajo de las rodillas y Maura hizo lo mismo cuando se quitaron los zapatos para caminar por la orilla.

—Es como pasear por el borde del mundo —Maura rompió el amigable silencio—. Por un lado tenemos la ruidosa costa, con sus

miles de luces atrayendo a los que buscan diversión, y por el otro, una enorme extensión de mar que parece perderse en el infinito —suspiró y contempló el océano, con las olas que llegaban rugiendo hacia ellos para deshacerse a sus pies—. Aquí sólo hay mar, luna y estrellas.

—Y algún que otro barco —agregó Clayton.

—Ahora no pasan barcos —lo contradijo distraída—. ¿Recuerdas una vez que fuimos a pasear en coche por la plantación?

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Lo sé, pero entonces tuve la misma sensación de estar en el borde del mundo y de que perdería el paso y caería al abismo —se le hizo un nudo en la garganta y tragó en seco—. Mi padre murió una semana después.

—Estás de un humor depresivo, *gatita* —Clayton le cogió una mano con firmeza—. Lo que necesitas es un poco de ejercicio; vamos a trote lento.

—Yo no he venido a la playa a correr, sino a disfrutar de un tranquilo paseo —protestó ella.

—Cállate y corre.

—Esto es una locura.

—Es muy sano. La carrera lenta hará que la sangre te circule por las venas y te aclare la cabeza.

—¿Y quién quiere tener la cabeza clara? —replicó ella.

«Sí, ¿quién necesitaba tener la cabeza clara?», se preguntó con cinismo.

Si pudiera leer sus pensamientos, seguramente la mandaría al hotel, castigada como una colegiala. El asunto no tenía gracia; sin embargo, Maura empezó a reír sin control.

—¡No puedes reír y correr al mismo tiempo!

—Sí… ya me estoy dando… cuenta —jadeó.

Las piernas se le debilitaron y tropezó en la arena. Clayton ágilmente la sujetó antes de que cayera a sus pies.

—Esto es lo que pasa por no concentrarte en lo que haces —la acusó sonriendo al levantarla.

Los dos rieron hasta que de pronto las risas se convirtieron en un agitado silencio, sólo perturbado por el romper de las olas.

Maura sintió que el corazón de Clayton latía tan fuerte y rápido como el suyo y tuvo la extraña sensación de que los dos estaban

atrapados en una trampa de la cual no encontraban la salida. Por un segundo, él bajó la cabeza acercando tanto su cara a la de ella, que podía sentir su cálido aliento sobre su boca. Maura estaba segura de que él quería besarla y de que sólo su rígido control lo había impedido. Era una situación peligrosa para los dos.

Finalmente no pudo soportar más el tormento. Cerró los brazos alrededor del fuerte cuello de Clayton y alzó la cabeza para que sus labios se encontraran. Luego se apartó, con el corazón desbocado esperando que él la rechazara, pero entonces fue Clayton el que la abrazó con fuerza y tomó la iniciativa.

Ella entreabrió los labios debajo de los de él invitándole a la invasión. Aunque la había besado antes, nunca le había hecho sentir que en el mundo no existía nada, excepto ellos.

Clayton la puso de pie sobre la arena, sin soltarla. Sus brazos parecían bandas de acero.

La voz de sus conciencias se nubló desvaneciéndose en el olvido, y Clayton le acarició la cintura y le metió la mano por el elástico del pantalón, para palparle el trasero. Ella gimió y movió las caderas sobre las de él. La cabeza había escapado de su control dejando el mando a su cuerpo y sin saber cómo se encontró en brazos de Clayton sobre la fresca arena. Sólo había una cosa de la que era consciente: deseaba que él la tocara, anhelaba su contacto y tembló cuando le acarició la suave curva de los senos.

Maura se aferró a él en la oscura y desierta playa. Le desabrochó los botones de la camisa y sus manos se recrearon en la exploración de sus suaves hombros. Sintió la piel de él cálida y húmeda y Clayton gimió cuando ella le rozó los pezones. ¡Cómo lo amaba y lo deseaba!

—¡Ah, Clayton! —exclamó con voz ronca y apasionada. Su éxtasis terminó abruptamente, pues él la soltó con una maldición.

Se sentó de golpe y Maura se quedó desconcertada mirándolo. La respiración de él era tan agitada como la de ella, pero eso era todo lo que quedaba de la intimidad que habían compartido. Si Maura levantaba una mano, podría tocarlo, pero era doloroso saber que él se había alejado de ella y quiso gritar de agonía. Un estremecimiento la recorrió y las manos le temblaron cuando se sentó para bajarse el suéter.

Clayton volvió la cabeza. El silencio era amenazador y tenso,

Clayton se pasó los dedos por el cuello, con un gesto de desaprobación.

—Maura, no debemos hacer esto.

—Lo sé —lo interrumpió ella y su temblorosa voz sonaba amarga, cuando se puso de pie—. Sé que piensas que esto no debería repetirse jamás, pero sucedió y no voy a ofrecerte disculpas por mi participación en ello.

Maura se sentía como si tuviera piedras en el corazón. Llegaron al hotel y no pudo mirarlo a los ojos al subir en el ascensor.

—No podemos dejar las cosas así —musitó él con ira encajando los dedos en los hombros de Maura cuando se detuvieron ante la puerta de la suite de ella—. No podemos fingir que no ha pasado nada y tampoco podemos pretender que no nos afecta lo que está pasándonos.

—Yo no voy a fingir, Clayton —ocultó su desdicha bajo una expresión impenetrable—. Yo deseaba que me besaras y que me acariciaras. Lo que ocurrió en la playa fue algo que ninguno de los dos pudo controlar y también sé que no podré olvidarlo.

Clayton apretó los labios, con ira.

—Creo que no entiendes la gravedad de la situación.

—Tal vez no —convino ella—; pero sí sé lo que siento en este momento y que es algo que a ti no te interesa en absoluto.

—Maura… —al oír pisadas que se acercaban, la soltó y la empujó dentro de la suite cerrando la puerta en seguida—. No sé lo que sientes tú, pero sí sé lo que siento yo —reanudó la conversación con un iracundo gruñido que aterrorizó a Maura—. Tú eres hermosa y has logrado hacerme perder la cabeza. ¿No lo entiendes? —exclamó con aspereza pasándose los dedos por el pelo con brusquedad—. ¡Nunca debí permitir que esto sucediera!

—No es nada malo.

—¡Está mal en lo que hacemos! —la contradijo él—. Cuando tú eras una niña, te permitía que me utilizaras como blanco de tus caprichos y travesuras, pero eso ha pasado. Ahora eres una mujer y creo que apenas has empezado a descubrir las funciones eróticas de tu cuerpo; no voy a permitir que me utilices como blanco de tus prácticas, sólo porque te sientes segura conmigo.

Ella palideció y luego sintió que la sangre le hervía en la cabeza.

—Clayton, yo no estoy…

—Tienes unos poderes que hasta yo encuentro difíciles de resistir, pero eso es todo, *gatita* —en sus oscuros ojos fulguró una advertencia, que le impidió a Maura interrumpirlo—. Esto tiene que cesar, Maura, y si tú no haces algo al respecto, lo haré yo.

—Clayton, ¿por favor, quieres escucharme? —suplicó ella, cuando él se alejó.

—Nos veremos mañana a las ocho en el restaurante, para desayunar —dijo él ignorando su súplica y lanzándole una severa mirada al abrir la puerta—. ¡Y no llegues tarde!

Maura miró la puerta un largo rato cuando él se fue y luego se apartó con un tembloroso suspiro. Aunque había dicho que ella no iba a fingir, su sensatez le indicaba que tendría que fingir que no había pasado nada. Se dio una ducha para quitarse la arena del pelo y se puso el camisón como un autómata tratando de sacar de su cabeza las imágenes de Clayton. Le llevó mucho tiempo arreglarse para ir a la cama, pese a lo cual sus pensamientos seguían siendo un torbellino cuando se deslizó entre las sábanas y apagó la luz.

Una y otra vez, como una pesadilla, recordaba el incidente en la playa. Aún podía sentir las tibias manos de Clayton acariciándola y el calor de su boca sobre la piel. Él la había despertado a unas emociones que no conocía y ese recuerdo le provocaba una dolorosa excitación que la hizo gemir y enterrar el ardiente rostro en la almohada, para escapar de sus pensamientos; por desgracia, era imposible.

Clayton no intentó justificar su conducta y se lo agradecía. Él podía pensar en ella como una hermana, aunque no la había tratado como tal en la playa. La deseó como hombre y demostró que ella le atraía. Era algo que debía llenarla de júbilo, en cambio, la hacía hundirse más en ese pozo de miseria que ella misma había cavado, al enamorarse de Clayton.

*No voy a permitir que me utilices como blanco de tus prácticas, sólo porque te sientas segura conmigo.* Todo lo demás parecía palidecer ante ese revelador comentario. ¿Cómo iba a convencerlo de que realmente lo amaba?

Maura no durmió bien, pero en los últimos meses se había acostumbrado a pasar despierta de noche. Nunca imaginó que el amar a alguien pudiera causar tanta ansiedad y tensión, pero tampoco imaginó que se enamoraría de su hermano.

Clayton se mostró cortés y la hizo participar tanto en los asuntos que tenía que atender, que Maura casi no tuvo tiempo de pensar en otra cosa. El martes por la mañana, antes de comer, terminaron las compras y se firmó el convenio. La nueva maquinaria y el equipo necesario para la ampliación de la fábrica serían entregados la tercera semana de agosto, en *Fieldco*, para empezar la construcción.

Maura aprendió bastante del aspecto comercial de la empresa en esos dos días y su respeto y admiración por Clayton crecieron al verlo actuar. Él tenía una inteligencia alerta y brillante. Necesitaba calidad en los bienes que compró a un precio exorbitante y nada se le escapaba, ni siquiera la más leve sospecha de un defecto. También puso mucha atención a los puntos dudosos legales y el gerente de ventas respiró con alivio, y con respeto hacia Clayton, cuando al fin firmaron el documento que quedó redactado como el cliente quería.

Maura estaba agotada cuando regresaron al hotel. Cuando la mano de Clayton accidentalmente tocó la rodilla de Maura musitó una disculpa y ella se hubiera reído de no haber sido por la opresión que sentía en la garganta.

¡Por Dios! ¿Tenía él que tratarla como si fuera una leprosa?

Parpadeó para que Clayton no viera sus lágrimas y volvió la cabeza hacia la ventanilla fijando su atención en el tráfico de Durban a mediodía.

No tenía mucho apetito cuando se sentaron a comer, en cambio Clayton parecía que se moría de hambre. Se comió el filete y la ensalada como si no tuviera la menor preocupación.

—Saldremos mañana, después del desayuno —dijo él cuando tomaban el té—. ¿Quieres ir a visitar a tu tía esta tarde?

—Estoy muy cansada —repuso ella sin apartar la vista de la taza de té—. Prefiero quedarme a descansar en el hotel.

—¿Entonces no te importa que yo vaya a visitar a unos amigos, antes de que cierren las oficinas.

—No me molesta en absoluto.

Media hora después, ya en su habitación, Maura tomó una ducha antes de secarse y ponerse una bata de seda. Se acostó en la cama, aunque no trató de dormir. Sólo quería relajarse, pero después de unos minutos, los párpados empezaron a cerrársele y no se resistió cuando sintió que se hundía en el bendito estado de

olvido del que se había privado las últimas dos noches.

Durmió profundamente a pesar de sentirse atormentada y tuvo una sensación de alivio cuando despertó varias horas después para encontrar que su habitación estaba casi en la oscuridad. Era su última noche en Durban y se alegraba de que al día siguiente regresaran a su casa.

# Capítulo 9

El miércoles por la mañana salieron de Durban con rumbo a Nueva Ansbach. En el interior del Jaguar con aire acondicionado de Clayton la temperatura era agradable y el trayecto duró cuatro horas. Maura estuvo silenciosa la mayor parte del tiempo y Clayton tampoco intentó ninguna conversación. Clayton puso un cassette. Los primeros acordes de una sinfonía de Beethoven penetraron en los oídos de Maura y cerró los ojos obligándose a relajarse.

Hubiera querido olvidar que era Clayton el que estaba a su lado, mas era imposible. Sentía su presencia con tanta fuerza como los latidos de su corazón y casi odiaba su aspecto tranquilo. ¿Cómo podía estar calmado cuando sus emociones eran un doloroso torbellino?

Después del mediodía vislumbraron Nueva Ansbach. El chapitel de la iglesia luterana y la torre del reloj del Ayuntamiento sobresalían entre los árboles y nunca Maura se había alegrado tanto de verlos. Pronto estarían en casa y tal vez entonces disminuiría su tensión.

Diez minutos después, Clayton estacionaba el Jaguar frente a la escalinata que conducía a la entrada de Hilltop y Maura estiraba su tenso cuerpo para salir del coche. Ángela Fielding salió a recibirlos pero no estaba sola. Una alta y atractiva morena corría hacia el coche haciendo sonar sus altos tacones. Pasó junto a Maura casi sin mirarla y se arrojó en los brazos de Clayton.

—¡Clayton! —exclamó con voz ronca, y le dio un beso que sugería una gran familiaridad entre ellos. Maura sintió un leve dolor que no pudo analizar un momento—. ¡Querido! Me alegra mucho que estés de vuelta.

Maura se puso rígida de disgusto. ¿Quién era esa mujer y qué hacía allí?

—Qué sorpresa tan agradable, Val —respondió Clayton sonriendo y sin hacer el menor intento de zafarse de los pálidos y esbeltos brazos. Maura se volvió a saludar a su madrastra.

—Telefoneé a tu oficina y tu secretaria me dijo que te esperaban esta mañana y decidí venir a darte la bienvenida —explicó la morena—. Tu madre me invitó a comer. Espero que no te moleste, querido.

—Estoy encantado.

—Ella debe ser tu hermana —la mujer sonrió al volverse dentro de los brazos de Clayton para mirar a Maura, quien estaba rígida, junto a Ángela.

—Sí —la sonrisa de Clayton se desvaneció—. Maura, te presento a Valerie Austen.

—Mucho gusto, señorita Austen —murmuró Maura ocultando sus sentimientos bajo una expresión de cortesía.

—Llámame Val. Todos me llaman así —la morena subrayó su afirmación con un movimiento de mano y al mismo tiempo descartó a Maura para volver su atención a Clayton—. Querido, te he extrañado muchísimo.

—Y yo a ti —replicó Clayton bajando la cabeza para besar los labios carmesí de Val. Maura desvió la vista.

—¿Vamos adentro? —intervino Ángela enlazando un brazo con el de su hija—. Tenemos tiempo de tomar algo antes de comer.

La agonía de la hora que siguió fue algo que Maura no deseaba volver a experimentar. Valerie Austen no era alguien a quien se pudiera ignorar, debido a su ingenio, encanto y buen humor. Clayton parecía cautivado por ella. Sus miradas se encontraban con frecuencia expresando un lenguaje íntimo que excluía a Maura y a Ángela; las esperanzas de la joven se marchitaron y murieron como una flor que hubieran dejado si agua bajo el sol del verano.

Clayton telefoneó a la señora Thompson, su secretaria, para pedirle que pospusiera sus citas de esa tarde para el día siguiente y Maura sintió realmente alivio cuando él y Valerie se disculparon y partieron en el Nissan de la morena.

El silencio en el comedor era tan denso que casi se palpaba después de su partida. A pesar de la cantidad de azúcar que Maura le puso a su té, le sabía amargo.

—¿Desde cuándo conoce Clayton a Valerie Austen? —preguntó sin poder contener más su curiosidad.

Ángela se quedó pensativa mientras se servía otra taza de té.

—Creo que se conocieron hace unos dos años, en casa de uno de

los socios de Vryheid; desde entonces se han visto con bastante frecuencia.

—¿Por qué nunca me lo mencionó nadie?

—Realmente no sé —replicó Ángela con una expresión de sorpresa.

—Obviamente ha estado aquí.

—Sí, ha venido varias veces —confirmó Ángela—, pero por algún motivo, sus visitas no han coincidido con las tuyas.

Sólo le quedaba una pregunta más.

—¿Se va a casar con ella?

—No tengo idea, aunque supongo que sus relaciones no hubieran durado tanto, si no planearan un compromiso —Ángela observó a Maura con curiosidad—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Oh… sólo es curiosidad —la aparente indiferencia de Maura ocultaba su dolor.

—Estás enamorada de Clayton —era una afirmación, no una pregunta y Maura sintió que le faltaba el aire en los pulmones, al volverse para encontrar a su madrastra observándola con ternura y comprensión—. No te avergüences, querida. Hace tiempo que sospecho que tus sentimientos hacia mi hijo han cambiado. También debo reconocer que ha sido mi sueño dorado que llegarais a casaros. Clayton, desde luego, es igual que su padre: un libro cerrado, hasta que él mismo decida revelar sus sentimientos.

—¡Ah, madre! —gimió Maura, con lágrimas en los ojos—. Estos últimos meses, sólo he estado rogando y esperando romper la barrera que él ha erigido entre nosotros. Comenzaba a pensar que tenía alguna posibilidad, pero… —bajó la vista a sus puños cerrados, en su regazo, y movió la cabeza con desconsuelo—, ya no.

—Valerie Austen —murmuró Ángela—. Debo aclararte, querida, que sólo estoy suponiendo que su relación es seria.

—Es una mujer muy hermosa y… —Maura tragó al recordar la calidez de la mirada de Clayton cuando veía a Valerie y alzó la cabeza con orgullo, para mirar a su madrastra—. Si se casa con ella, más vale que lo haga feliz, porque si no… ¡le sacaré los ojos! —para horror de Maura estalló en un llanto histérico frente a su atónita madrastra y salió corriendo del comedor, para llegar a su alcoba, donde lloró como no lo había hecho desde que murió su padre.

El tercer trimestre en la escuela empezó con mucho trabajo, pero

a Maura no le molestó. Estaba demasiado ocupada para pensar en otra cosa y lo prefería de ese modo. Los fines de semana se quedaba en la ciudad y acudía al club de tenis de Nueva Ansbach, como excusa para no ir a Hilltop. Había entablado una amarga lucha para superar sus sentimientos, y cuanto menos viera a Clayton, mejor sería. Ángela iba a la ciudad con frecuencia y a veces la visitaba para tomar una taza de té con Maura y Joan, antes de regresar a su casa.

—No he querido entrometerme —comentó Joan una tarde, después que Ángela se fue—, pero tenías un aspecto de desastre cuando regresaste de las vacaciones y has estado trabajando como loca desde entonces. Además, no has ido a tu casa desde que empezaron las clases. ¿Puedo saber qué sucede?

Maura recogió las tazas y las puso en la bandeja.

—Descubrí que el trabajo es el mejor antídoto cuando amas a alguien que está enamorado de otra persona.

—¿Clayton está enamorado de otra mujer? —Joan siguió a Maura a la cocina, con una expresión de incredulidad.

—Sí —confirmó Maura, poniendo las tazas en el fregadero—. Se llama Valerie Austen y se conocen desde hace dos años.

—Eso no quiere decir que vayan a casarse.

—Citando a mi madrastra: «Sus relaciones no hubieran durado dos años, si él no pensara en un compromiso» —Maura sonrió con amargura—. Y tú no los viste como los vi yo.

—Lo siento mucho.

—Yo más —rió Maura con amargura lavando las tazas con excesivo vigor—. Un amor unilateral no tiene posibilidades, así que debo superarlo aunque me muera en el intento.

El tema no volvió a mencionarse entre ellas y durante las semanas siguientes, Maura libró su batalla solitaria hasta el punto de que casi podía decir con confianza que había vencido sus sentimientos por Clayton. Aún sentía envidia cuando oía a Joan y Will hablar sobre sus planes para la boda, pero eso también se iba desvaneciendo. No había visto a Clayton desde que empezaron las clases. Su primera comunicación fue una breve nota que él adhirió al informe mensual de *Fieldco*. La carta había sido escrita rápidamente en una pequeña hoja.

*Mamá te extraña, había escrito él. ¿Acaso estás tan ocupada que no*

*puedes pasar un fin de semana en casa?*

¡Mamá te extraña! Clayton pudo haber dicho: Nosotros te extrañamos. Por lo menos sería lo correcto, pero… No debía importarle, pero sí le importaba. ¡Le dolía! Creía que había vencido sus sentimientos, mas la frialdad de Clayton aún tenía el diabólico poder de lastimarla.

*Tendré que alejarme de mamá un poco más, pero estoy segura de que ella lo comprenderá,* había contestado Maura en otra nota breve.

La primavera llegó y estaban a la mitad de los exámenes finales de ese trimestre, cuando Maura despertó una madrugada con una extraña opresión en el pecho. No era propensa a tener presentimientos y trató de olvidarlo; pero la perseguía como una sombra. Estaba nerviosa e irritable y se sobresaltó cuando la voz del director sonó por el altavoz para anunciar el total de los fondos recaudados por la campaña primaveral.

Maura se calmó, pero cuando iba en el coche, sus manos apretaban con tanta fuerza el volante, que le dolían los dedos cuando llegó.

—¿Qué te pasa hoy? —bromeó Joan cuando tomaban el té—. Parece como si esperaras a un fantasma.

—Realmente no sé lo que me ocurre. Por algún motivo, tengo la sensación de que algo terrible va a suceder, y me persigue desde que desperté.

—Será porque has estado trabajando demasiado.

—Espero que tengas razón.

Todavía tomaban el té en la cocina, cuando sonó el teléfono en la sala y Maura se quedó congelada en su silla.

—Yo contestaré —los ojos de Joan chispearon de diversión. Maura oyó un breve murmullo y poco después, entró Joan con el rostro serio—. Es tu madre y parece alterada por algo.

«¡Lo sabía!», las palabras cruzaron por la mente de Maura como una sirena de bomberos, al ponerse de pie de un salto y salir corriendo de la cocina.

—¿Qué sucede, mamá? —preguntó con ansiedad al tomar el auricular.

—Es Clayton —dijo Ángela con voz ahogada por la ansiedad y las lágrimas contenidas—. Ha habido un accidente en los almacenes. No sé los detalles, pero está en el hospital de Vryheid,

en situación crítica.

—¡Dios mío! —Maura sintió náuseas, frío y pánico, al empezar a darle vueltas la cabeza, y se dejó caer pesadamente en la silla—. ¿Desde dónde me llamas, madre? —preguntó, cuando logró controlarse un poco.

—Estoy aquí, en el hospital —la voz de Ángela seguía temblorosa—. Le pedí al chófer de *Fieldco* que me trajera, pero mandé el coche de regreso. No me iré del hospital hasta que sepa cómo está mi hijo.

Maura no necesitó mucho tiempo para decidirse.

—Salgo de Nueva Ansbach inmediatamente y me reuniré contigo —tenía el rostro pálido, los labios apretados y la mano le temblaba tanto, que apenas pudo colgar el auricular.

—¿Qué sucede? —preguntó Joan.

—Hubo un accidente en el almacén de madera y llevaron a Clayton al hospital de Vryheid —explicó Maura sin detenerse, en su carrera para recoger su bolso y las llaves del coche del dormitorio —. No sé cuándo regresaré —agregó mientras Joan la seguía hasta la calle—. Pienso quedarme allí todo el tiempo que me necesiten; me pondré en contacto contigo.

Vryheid estaba a treinta minutos de Nueva Ansbach, pero a Maura le parecieron horas y no se atrevía a forzar el motor del Volkswagen. Lamentó no tener el Mercedes que Clayton le había enviado unos meses antes. «¡Oh, Dios mío, no dejes que muera!», imploraba una y otra vez.

Maura encontró a Ángela caminando de un lado al otro de una pequeña sala de espera, casi sin muebles. Su madrastra estrujó un pañuelo contra la temblorosa boca y se desmoronó, llorando, en brazos de Maura. A ella se le cerró la garganta y le ardieron los ojos, pero no perdió el control. Necesitaba ser fuerte, por el bien de Ángela.

—Cómo me alegro de que estés aquí —la señora suspiró con pesadez cuando se separaron—. Creo que no hubiera aguantado un momento más sola en esta sala.

—¿Te han dicho algo más desde que hablamos por teléfono?

Ángela se enjugó los ojos llenos de lágrimas con el pañuelo y negó con la cabeza.

—Lo único que sé es que le están tomando radiografías en este

momento para determinar el grado de las heridas.

Su mirada exploró la habitación posándose en una jarra que estaba sin tocar en una mesita.

—¿Está fresco ese té? —preguntó. Ángela asintió, con el rostro pálido y desencajado. Maura le sirvió una taza—. Siéntate y tómatelo —dijo poniéndole la taza en la mano a Ángela y llevándola hacia una de las sillas.

—Ah, Maura, ¿y si no… ?

—¡No! —interrumpió Maura con aspereza por el bien de su madrastra y por el suyo—. Desde el momento que recibí tu llamada, me he estado diciendo que no debo especular hasta saber todos los hechos y te sugiero que hagas lo mismo.

—Desde luego, tienes razón —Ángela intentó una sonrisa que se volvió mueca y sus ojos se llenaron nuevamente de lágrimas, unos ojos que le recordaban a Maura tanto los de Clayton, que casi podría gritar de angustia—. Es tonto de mi parte desmoronarme así, pero… yo… no sé qué voy a hacer si le sucede algo a mi hijo.

—Por lo pronto, tómate el té antes que se enfríe —sugirió la joven con una calma aparente y apartó la vista para ocultar sus lágrimas.

Los minutos seguían arrastrándose y la pequeña sala de espera parecía una prisión. Estuvieron sentadas en silencio, demasiado temerosas de expresar sus terribles pensamientos, aunque sentían cierto consuelo con su mutua presencia.

Maura no sabía cuánto tiempo más podría soportar la incertidumbre. Parecía una eternidad. Al fin Maura y Ángela intercambiaron miradas al oír el inconfundible sonido de pisadas masculinas que se acercaban a la salita. Se pusieron de pie, presurosas, cuando entró el médico.

Su mirada pasó sobre Maura y se detuvo en Ángela reconociéndola.

—Buenas tardes, señora Fielding.

—¿Cómo está mi hijo, doctor Rennie? —preguntó ella directamente y el corazón de Maura saltó de pavor, al ver la expresión del médico.

—Está conmocionado y tiene tres costillas fracturadas. La herida que nos preocupa más, es la que le causó el golpe que recibió en la espina dorsal. No podemos determinar el grado de lesión espinal

mientras esté inconsciente, pero los rayos X muestran una contusión.

—¿Quiere decir que puede quedar paralítico? —Ángela expresó la terrible pregunta que había invadido la mente de Maura.

—Yo no he dicho eso, señora Fielding —repuso él con una leve sonrisa—. La médula espinal no está partida, así que no tenemos motivo para diagnosticar una parálisis permanente. De cualquier modo, hemos llamado a un neurocirujano y podremos darle noticias dentro de un par de horas.

Ángela estaba pálida, pero controlada.

—¿Puedo ver a mi hijo?

—Claro que sí —sonrió el médico—. Venga conmigo.

—¿Puedo ir yo también? —Maura habló por primera vez y, cuando el médico titubeó, Ángela enlazó su brazo con el de Maura.

—Ella es mi hija, Maura Fielding.

El doctor Rennie asintió.

Lo siguieron en silencio por varios pasillos y Maura sacó fuerzas que no tenía cuando el facultativo se detuvo para empujar una puerta que estaba entreabierta. Él se hizo a un lado para dejarlas pasar y entraron en silencio, casi sin reparar en la enfermera que se había puesto de pie junto a la cama.

Las lágrimas irritaron los ojos de Maura cuando vio a Clayton. Su rostro estaba pálido y lo habían afeitado detrás de la oreja para darle unos puntos en una herida de aproximadamente seis centímetros. Estaba de espaldas, sin almohada y el corazón de Maura se sacudió en su pecho con violencia. Si abriera los ojos o moviera un dedo… buscó, frenética, algún signo de que él respiraba.

—Dios mío, está tan pálido e inmóvil que podría uno creer que… —susurró Ángela, desconsolada, haciéndose eco de los alarmantes pensamientos de Maura.

—No, está vivo —sonrió la joven enfermera—. Si me permiten decirlo, es el paciente más apuesto que he atendido en los dos años que llevo aquí.

Su intención era buena, pero su comentario había molestado al doctor Rennie, quien la miró con el ceño fruncido.

—Eso será todo por el momento, enfermera.

—Sí, doctor —respondió ella con seriedad.

El médico se volvió hacia Ángela, cuando salió la enfermera.

—Señora Fielding, quisiera sugerirle que se vaya a casa en vez de permanecer en el hospital. Yo la llamaré en cuanto tengamos alguna noticia definitiva acerca de la situación de su hijo. Por el momento, nadie puede hacer nada, excepto esperar que lo vea el neurocirujano.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó Ángela en voz baja al tomar la mano inerte de Clayton entre las suyas.

—No tardará más de dos horas.

Ángela no respondió a la sugerencia del doctor de que se fuera a su casa. Su sombrío rostro reflejaba cierta reticencia y fue Maura la que tomó la decisión.

—Esperaremos aquí —recibió una mirada de aprobación de su madrastra, cuando la miró.

—Como gusten —el doctor encogió los hombros y señaló la puerta, para indicarles que su visita había terminado—. Si desean algo de comer o beber, pídanselo a la enfermera de turno.

—Gracias, doctor —murmuraron las dos casi al unísono al salir de la habitación y regresar a la sala de espera.

Maura hizo dos llamadas telefónicas: una a Joan para informarle de la situación y otra a la servidumbre de Hilltop. Después no les quedaba más que esperar, aunque tuvieron una breve distracción cuando llegó la señora Thompson, poco antes de las seis. No se quedó más tiempo del necesario para informarse sobre la condición de Clayton, y la terrible espera continuó.

Eran cerca de las siete, cuando la joven enfermera que habían visto antes, les llevó una bandeja con té y unos emparedados. También les dio la buena noticia de que el neurocirujano ya había llegado y que en ese momento examinaba a Clayton.

La larga y agonizante espera estaba por terminar. ¿Revelaría el estudio lo que ellos rogaban que fuera o condenaría a Clayton a un futuro en silla de ruedas?

«¡Dios mío! ¡Eso no! ¡Por favor no conviertas en un inválido a alguien que siempre ha sido activo y lleno de vida! ¡Por favor, Dios mío!», rogó Maura y al cruzarse su mirada con la de Ángela, vio en sus ojos el mismo miedo que a ella la atormentaba. Gunther Brauer había muerto en un accidente similar, casi treinta años antes, y ahora el destino de su hijo pendía de un hilo. La vida le había sido

perdonada, y eso era algo que debía agradecerse, ¿pero qué clase de vida le esperaba, si quedaba paralítico?

—Comamos algo —dijo Maura con resolución desechando los temores y levantándose para servir el té.

—No tengo hambre —protestó Ángela cuando le pasó el plato, pero tomó de mala gana un emparedado de jamón.

—Yo tampoco —confesó la joven—, pero si no comemos algo, podemos desmayarnos.

—No sé qué hubiera hecho sin ti, Maura. Estás tan tranquila y fuerte en este momento de crisis, que me avergüenzo de mí.

¿Tranquila y fuerte? Una oleada de histeria la invadió, pero se controló y sirvió un emparedado. No era ni fuerte ni tranquila. Era un manojo de nervios y estaba terriblemente asustada.

No tenían mucha hambre, sin embargo acabaron con los emparedados y bebieron varias tazas de té. La tensión fue aumentando durante los minutos previos al veredicto final y Maura tuvo que esforzarse por no ponerse a caminar de un lado a otro, como Ángela.

Pero tenía las mandíbulas tan apretadas, que le dolía el rostro, cuando por fin apareció el doctor Rennie.

—Tengo noticias prometedoras —les sonrió y el corazón de Maura saltó—. La lesión de la espina dorsal del señor Brauer no es tan seria como pensamos al principio. Requerirá un tratamiento especial y dos semanas de absoluto reposo; al mismo tiempo, no quiero minimizar la gravedad de su condición actual. Todavía sigue inconsciente y si su estado persiste, podría obstaculizar su recuperación.

Los fríos dedos del miedo y la ansiedad se apoderaron de nuevo del corazón de Maura.

—¿Esperan complicaciones? —preguntó Ángela con temor.

—Puede haberlas —reconoció el doctor Rennie con seriedad—. Por el momento, no tenemos razones para no esperar una recuperación total. Sin embargo, el cuerpo humano es imprevisible y no podemos descartar la posibilidad de complicaciones.

Ángela se enjugó unas lágrimas con el pañuelo y luego se enderezó.

—Le agradezco su franqueza, doctor Rennie; ahora me iré a casa, pero antes quisiera ver a mi hijo unos minutos.

El médico asintió, pero esta vez Maura decidió no acompañar a su madrastra. No soportaba estar junto a él cuando su cabeza y corazón eran un torbellino. El barniz de tranquilidad empezaba a desmoronarse y, si lo hacía por completo, estallaría en lágrimas.

El trayecto del hospital a Nueva Ansbach fue igual de interminable. Maura no podía pensar en qué decir y, por lo visto, Ángela tampoco. Se detuvieron en casa de Maura, para que ella recogiera su portafolios y algo de ropa, pues había decidido pasar la noche con su madrastra en Hilltop. Joan estuvo de acuerdo en que no sería prudente dejar sola a Ángela, después de las horas de ansiedad que habían pasado.

Ninguna de las dos deseaba acostarse. Encontraron una cacerola con sopa caliente en la cocina y se sirvieron un tazón de humeante caldo con verduras. El teléfono sonó varias veces rasgando los frágiles nervios de Maura; eran empleados de *Fieldco* que estaban preocupados por Clayton.

Maura estaba exhausta mental y físicamente cuando al fin se fueron a la cama, pese a lo cual no pudo dormir. Ni podía sacarse de la cabeza la imagen del alto y musculoso cuerpo de Clayton tendido, inerte, en la cama del hospital y no podía ignorar el miedo de que algo impidiera su recuperación. Hubiera querido llorar para aliviar la tensión, pero las lágrimas no llegaban y pasó la noche inquieta, dando vueltas en la cama.

A las cinco de la mañana, ya estaba levantada y vestida para telefonear al hospital y preguntar por el estado de Clayton además de pedir permiso de visitarlo antes de ir a la escuela. Ángela estaba junto a ella, cuando colgó el auricular, con huellas en el rostro de la mala noche que también ella había pasado y ambas se abrazaron en silencio, en un mutuo deseo de consolarse.

—Voy al hospital antes de que empiecen las labores en la escuela —le informó Maura—. Llámame si hay algún cambio en la situación de Clayton y haré arreglos para que alguien dé mi clase.

Ángela asintió sin hablar y Maura partió unos minutos después forzando su Volkswagen una vez más en el camino a Vryheid.

La joven tenía el rostro grisáceo cuando entró en la habitación de Clayton y, por más que trató de arreglarse con el maquillaje, no pudo ocultar las profundas ojeras. La enfermera no era la misma de la noche anterior, pero su sonrisa era igual de amable cuando se

puso de pie y salió para dejar a Maura unos minutos a solas con el paciente.

Por lo visto, él no se había movido desde la última vez que lo vio, pero había un poco más de color en su rostro sin afeitar. Un bote de suero colgaba del soporte metálico y dejaba pasar un flujo constante de gotas por el tubo de plástico que lo conectaba a su brazo.

Maura se sentó junto a la cama y el corazón le latía dolorosamente hasta la garganta cuando tomó la bronceada mano entre las suyas. Nunca lo había visto tan vulnerable y desamparado y todo dentro de ella se rebeló contra eso.

—¡Oh, Clayton! —las lágrimas le quemaban los ojos, al presionar sus temblorosos labios contra el dorso de la morena mano y apoyar su mejilla contra ella—. ¡Tienes que recuperarte! ¡Tienes que recuperarte! ¿Me oyes? —alzó la cabeza para mirarlo, para sacarlo de donde estuviera vagando; pero el rostro masculino seguía como una mancha inmóvil a través de sus lágrimas—. Te amo, Clayton, y vas a sanar, porque yo te necesito, aunque tú no me necesites —susurró expresando sus pensamientos casi sin darse cuenta—. No te enfades conmigo, Clayton. No quería enamorarme de ti y traté de evitarlo, pero no pude. Supongo que siempre te amé y sé que siempre te amaré —fue un alivio poder llorar, al fin, y aún estaba sollozando con la mano de Clayton firmemente entre las suyas, cuando alguien le tocó el hombro.

—¿Está usted bien, señorita Fielding?

Maura se incorporó, sobresaltada, para encontrarse con la enfermera.

—Sí —aspiró hondo buscando un pañuelo en su bolso—. Estoy bien, gracias.

—Me temo que tengo que pedirle que salga.

Maura asintió y se puso de pie; su mirada se animó al soltar la mano de Clayton. No estaba segura, pero le pareció que él había movido ligeramente los dedos. Sin duda lo imaginó, se dijo, cuando no volvió a ver ningún movimiento y se inclinó sobre él para rozar su frente con los labios.

—Vendré a verte de nuevo esta tarde, Clayton —prometió en un susurro, como si él pudiera oírla.

# Capítulo 10

Maura recibió una llamada telefónica de Ángela esa mañana poco después de las once. No pudo contener las lágrimas de alivio al oír las buenas noticias. Clayton había recobrado el conocimiento y el doctor Rennie, actuando de acuerdo con el neurocirujano, había recomendado absoluto reposo los primeros días. Se le permitiría una visita dos veces al día y convinieron en que Ángela iría por las mañanas y Maura por las tardes.

Clayton dormía la primera vez que Maura fue al hospital y ella se quedó junto a su cama sólo unos minutos. El segundo día, hablaron un poco antes de que él se quedara dormido de nuevo. Al tercero, Clayton estaba completamente despierto y preguntando cuándo podría irse a su casa.

—No seas impaciente, y no hagas nada que retrase tu recuperación —razonó con él Maura pensando en la lesión de la espina dorsal—. Realmente tienes suerte de estar vivo.

—Lo comprendo —respondió él moviendo la mano sobre la blanca sábana y Maura la tomó entre las suyas, sin importarle lo que él pudiera pensar—. Has sido muy gentil al venir y debo agradecerte que te quedaras en casa con mamá la primera noche.

—No tienes que agradecerme nada Clayton —la voz se le quebró al recordar la pesadilla que pasaron juntas Ángela y ella durante las primeras horas de espera—. Las dos estábamos muy preocupadas por ti.

—¿Realmente estabas preocupada, *gatita*?

—Sí —confesó ella en un murmullo y los grises ojos se le iluminaron al recordar el pánico que sintió—. Me aterraba la idea de que murieras.

Él apretó con sus dedos los de ella y hubo algo en sus ojos que hizo que el corazón le latiera más aprisa a Maura. Al instante desapareció, al oír el ruido de unos pasos que se aproximaban y volver la vista hacia la puerta entreabierta. Una enfermera con expresión severa entró, lo que indicaba el final de la visita.

—Debo pedirle que se vaya, señorita Fielding —anunció la enfermera con aspereza—. El señor Brauer necesita mucho descanso.

—Vendré mañana —le prometió Maura a Clayton soltándole la mano y saliendo, apresurada, antes de que le repitieran la orden.

La chica estaba muy animada cuando regresó a su casa y Joan observó de inmediato su cambio de humor.

—Supongo que la recuperación de Clayton va bien.

—¡Ah, sí! —Maura suspiró, feliz dejando caer su portafolios en el suelo y echando al aire sus zapatos—. Todavía está mal, pero se pondrá bien y no sabes el enorme alivio que eso significa para mí.

—¿Y qué pasará contigo? —preguntó Joan con curiosidad—. ¿Cómo afectará esto a tu recuperación?

—¿Qué quieres decir?

—Todavía lo amas, ¿no?

Maura desvió la mirada para ocultar su dolor.

—Una vez me dijiste que nadie podía apagar o encender sus sentimientos a voluntad y que tenían que seguir su curso natural, ya sea desvanecerse o convertirse en algo fuerte y permanente.

—¿Y contigo, es el segundo caso?

—Me temo que sí —Maura suspiró para aligerar la tensión de su pecho y alzó las manos en un gesto de desaprobación—. Es algo con lo que tendré que vivir.

—Quisiera ayudar en algo.

—No hay nada que pueda hacer nadie —Maura se controló con esfuerzo y forzó sus rígidos labios a sonreír cuando se volvió hacia Joan—. ¿Me toca preparar la cena hoy?

—No, me toca a mí —Joan hizo un gesto de desagrado.

—En ese caso —se burló Maura—, me bañaré rápidamente y empezaré a corregir ese montón de exámenes.

—No me lo recuerdes —gimió Joan saliendo de la cocina para iniciar su tarea.

Maura no intentó disimular que estallaba de impaciencia por ver a Clayton de nuevo, pero no estaba preparada para la escena que encontró cuando entró en la habitación de Clayton, la tarde siguiente. Valerie Austen estaba allí, sentada junto a la cama con la mano de Clayton entre las suyas y hablando suavemente.

—Eres muy afortunada, Maura —comentó Valerie haciendo

pucheros; parecía irritada—. Me dijeron que sólo a la familia le permitían visitar a Clayton y no me dejaron entrar hasta esta tarde —Maura podía darle varias razones por las que no se consideraba afortunada de ser de la familia, mas se quedó callada y se obligó a sonreír—. Querido —ronroneó Val como una gata satisfecha enfocando su atención hacia Clayton—, si hay algo que deseas que te traiga, sólo tienes que decirlo.

—Lo único que necesito es tu presencia —Clayton le sonrió con amabilidad.

—Eso no lo tienes que pedir, querido —murmuró Val en un tono más íntimo—. De ahora en adelante me verás cada tarde.

Maura se sintió una intrusa y reconoció que estaba celosa. Temerosa de revelar sus sentimientos, miró su reloj y fingió estar limitada de tiempo.

—Espero que me perdonéis, pero debo irme.

—¿Tan pronto? —preguntó Valerie.

—Estamos a finales de trimestre y tengo muchos papeles que corregir —explicó Maura y dirigió su fría mirada a Clayton—. Vendré a visitarte otro día.

Salió sin esperar respuesta y condujo el coche con la garganta tan cerrada por las lágrimas, que casi no podía tragar. Se maldijo en silencio. Si no aprendía a controlarse, en el futuro tendría que alejarse de Clayton.

Sus visitas al hospital se volvieron menos frecuentes y más breves. Valerie estaba junto a la cama, siempre que llegaba Maura, y seguía allí cuando se iba.

Clayton llevaba diez días en el hospital, cuando un miércoles, y una vez más, se sintió la tercera en discordia.

—Me han dicho que podré irme a casa el viernes —anunció Clayton poco después de su llegada.

—¡Ah, qué noticia tan maravillosa, querido! —exclamó Valerie y miró a Maura—. ¿No crees?

—Sí… maravillosa —repitió Maura sin entonación y una vez más utilizó la excusa de tener demasiado trabajo, para terminar su visita.

Clayton la detuvo antes de que llegara a la puerta.

—¿Te veré en Hilltop este fin de semana?

—Yo… no estoy segura —repuso con vaguedad sintiendo que se

le cerraba la garganta—. Tal vez —agregó, saliendo antes de que vieran las lágrimas que no había podido contener.

Condujo como si el diablo la estuviera persiguiendo y en esta ocasión ignoró los gruñidos de protesta de su Volkswagen.

Joan la miró cuando llegó a la casa y frunció el ceño con preocupación.

—¿Estaba allí Valerie?

—¡Sí! —contestó acremente Maura, pero al instante se arrepintió —. Lo siento, Joan. Estoy de un humor negro y no tengo derecho a desquitarme contigo.

—Sé lo que debes sentir y no tienes por qué disculparte —le aseguró Joan con seriedad—. ¿Realmente crees que Clayton tiene intenciones serias con ella?

—Pues se cogen de las manos y es «querido» esto y «querido» lo otro. ¡Oh, Dios mío! —Maura se dejó caer en una silla y ocultó el rostro entre las manos para controlar las lágrimas—. No sé por qué me atormento así —susurró cuando pudo dominarse.

—Voy a pasar el fin de semana en Durban con Will —Joan cambió de tema, sentándose frente a su amiga—. Ya es hora de que conozca a mi futura suegra, pero, a decir verdad, estoy muerta de miedo.

Maura aspiró hondo y logró esbozar una sonrisa.

—Si es tan gentil como Will, estoy segura de que simpatizaréis.

—¿Qué harás el fin de semana? ¿Irás a tu casa?

—Tal vez —Maura encogió los hombros—. Clayton dice que saldrá del hospital el viernes.

—Y no estás segura de querer acompañarlo si Valerie está allí también. ¿Cierto?

—No estoy segura de querer estar allí con o sin esa mujer.

Joan le dio una amistosa palmada en el brazo.

—Dicen que la mejor cura para cualquier problema es hacerle frente.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

Maura sonrió con ironía. Durante los últimos meses había estado como el proverbial burro, dándose topes contra la misma pared y no entendía cómo le ayudaría el consejo de Joan.

A la larga decidió ir a la casa el fin de semana, pero sólo porque Ángela no la dejó negarse, cuando le telefoneó para confirmarle que

Clayton iba a salir el viernes por la tarde. Maura no deseaba estar allí cuando llegara Clayton, así que puso su nombre en la lista de personas disponibles para la fiesta de la escuela. El sábado por la mañana lo pasó de compras en el centro y llegó a Hilltop a la hora de la comida.

Clayton todavía necesitaba mucho reposo y tomar las cosas con calma, pero se había recuperado notablemente del accidente que pudo costarle la vida. Le habían cortado el pelo más que de costumbre, para que no se notara tanto el afeitado de detrás de la oreja y las dos semanas de hospital no le habían desvanecido el bronceado de la piel. Sin embargo, había en él algo diferente. Estaba muy silencioso, tal vez demasiado. Estaba cavilando acerca de algo y Maura sintió aumentar su aprensión. Era una sensación familiar. Se había sentido igual al principio de año, cuando tuvo que enfrentarse a Clayton con la noticia de que quería ser maestra. Era como si la pistola cargada estuviera dirigida a su cabeza de nuevo, pero esta vez no entendía el motivo. ¿Qué había hecho ella? ¿O qué no había hecho?

Clayton murmuró algo acerca de estar muy cansado y subió a su habitación inmediatamente después de cenar. Maura se quedó con Ángela en la sala hasta las nueve, pero se sentía tensa e inquieta y al fin le pregunto a su madrastra.

—¿Por qué está Clayton tan meditabundo?

—No lo sé —la señora suspiró y dejó a un lado la labor que estaba haciendo—. Está así desde que llegó a la casa, ayer, pero no tengo idea del motivo.

—He tenido el horrible presentimiento de que va a estallar una tormenta y no quisiera quedarme aquí —Maura se estremeció—. Voy a subir a mi alcoba.

—Sí, creo que yo también me acostaré temprano —sonrió Ángela poniéndose de pie y acompañando a Maura.

Apagaron las luces a medida que caminaban, Maura presintió que Clayton la observaba desde la oscuridad. Ángela se detuvo frente a la puerta de Maura y la besó en la mejilla.

—Buenas noches, hija.

—Buenas noches, mamá —respondió Maura en un susurro y se quedó mirando a su madrastra hasta que entró en su habitación. Sólo entonces entró Maura a la suya y cerró la puerta.

Pasó un rato largo bajo la ducha sintiendo que el agua tibia le golpeaba el cuerpo, lo cual la relajó un poco. Se puso una bata y se sacudió el pelo al quitarse el gorro de baño. Se cepilló los dientes e hizo gestos ante el espejo, por ser tan tonta y dejarse influir por el mal humor de Clayton. Casi podía reírse de sí misma cuando salió del cuarto de baño y se sentó frente al tocador.

Se cepilló el pelo hasta que brilló como el oro, bajo la luz que había en la parte superior del espejo, se estaba dando la crema de noche, cuando oyó que se abría la puerta de su habitación. Se volvió, pensando en Ángela y sus dedos temblaron con algo similar al miedo.

Clayton todavía estaba vestido. A Maura no le gustó la expresión cuando cerró la puerta y avanzó hacia ella. Su oscura y sombría mirada revoloteó sobre ella, que se levantó y sintió una punzada de alarma. No llevaba nada debajo de la bata y tenía la horrible sospecha de que Clayton se dio cuenta.

«¡Mantén la calma!», se advirtió cuando el ritmo cardíaco se le aceleró.

—Pensé que ya te habías dormido —dijo alabándose por la firmeza de su voz.

—Fui a mi habitación pero no me acosté —aunque parecía tranquilo, Maura sintió una violencia contenida, cuando pasó junto a ella para dirigirse a la ventana abierta—. Estoy cansado de la cama y necesitaba tiempo para pensar.

—No debes tratar de hacer demasiadas cosas tan pronto.

—No me regañes —sus facciones de halcón estaban tensas y sus ojos fulguraban en la penumbra—. Hay una cuestión importante que tengo que discutir contigo.

—¿Y no puede esperar hasta mañana?

—Podría, pero prefiero aclararla ahora —su apremiante mirada sostuvo la de ella implacable—. ¿Por qué me has esquivado, Maura?

—No lo he hecho.

—¿No? —sonrió burlón—. ¿Entonces puedo saber por qué no has venido a casa los fines de semana en los últimos dos meses? Y ya que hablamos de eso, ¿también me podrías explicar por qué tus visitas al hospital se redujeron al mínimo?

Maura se apretó más el cinturón de la bata y metió las temblorosas manos en los bolsillos.

—He estado ocupada con las actividades de la escuela y los últimos quince días han sido atareadísimos tanto para los niños como para los maestros.

—Ah, sí; los niños y los exámenes —parecía burlarse de ella—. Supongo que debería decirte que es un placer tenerte aquí, después de una ausencia tan larga, pero es una lástima que casi haya tenido que matarme para que te dignaras honrarnos con tu presencia.

El mordaz comentario la hirió en carne viva.

—¡Eso no tiene gracia! —siseó apartándose de él por miedo a que pudiera ver en su expresión algo que ella prefería ocultar.

—No trataba de ser gracioso, aunque tengo algo que decirte que tal vez te parezca divertido —continuó con desdén—. Tuve un sueño cuando estaba en el hospital. Soñé que estabas sentada junto a mi cama, me cogías una mano y sollozabas. Sé que llorabas, porque podía sentir la humedad de tus lágrimas en mi mano y decías algo increíble —Maura creyó que el corazón se le detenía, mas luego latió con una prisa que la sofocaba. ¡Él lo sabía! ¡Él había oído su confesión! Una oleada de calor le tiñó el rostro y su turbación la dejó inmóvil y sin habla—. ¿Quieres saber lo que me dijiste en el sueño? —persistió Clayton con una rudeza que ella no entendía. ¿Le proporcionaba un salvaje deleite humillarla?

—Imagino que me lo dirás, quiera o no —pudo decir finalmente y tenía las manos tan apretadas en los bolsillos de la bata, que se clavaba las uñas.

—El sueño fue tan claro y lo he repasado tantas veces, que casi puedo repetir lo que dijiste palabra por palabra. «No te enfades conmigo, Clayton. No quería enamorarme de ti y traté de evitarlo, pero no pude. Supongo que siempre te amé y sé que siempre te amaré».

Maura palideció al oír en la grave voz de Clayton las palabras que le salieron desde el fondo del alma y cuando, con el rabillo del ojo, lo vio levantarse, sintió que le faltaba el aire en los pulmones.

—¿No te parece divertido mi sueño? —preguntó acercándose a ella por atrás y los nervios de Maura saltaron.

—No.

—¿Por qué?

Ella lo amaba tanto, que caminaría sobre fuego si él se lo pidiera. El amarlo no sólo le había quitado la tranquilidad, sino que

le nublaba la mente y no tenía adonde acudir para buscar refugio al dolor de saber que él nunca correspondería a su amor. ¿Realmente esperaba él que ella encontrara todo aquello divertido?

—¡Mírame, Maura, y contesta a mi pregunta! —su contacto era un castigo que ella no merecía y había una insondable ira en sus ojos, cuando se dio la vuelta para que quedara frente a él—. ¿Por qué ni gozas con mi pequeña historia?

—¡Por el amor de Dios, Clayton! —gritó ella con voz ahogada—. ¿Qué quieres de mí?

—Quiero que me digas que las palabras que me sacaron de la inconsciencia no fueron parte de un sueño.

Ella sintió una sacudida mental y física, como si la hubiera conectado con un circuito eléctrico. ¿Qué estaba tratando de hacerle? ¿Quería humillarla por atreverse a amarlo?

*Dicen que la mejor cura para cualquier problema es hacerle frente.* De pronto le vino a la cabeza el consejo de Joan y, sin quererlo, le dio las fuerzas para hacer lo que Clayton esperaba.

—No fue un sueño —dijo, con una calma mortal, y alzó el pálido rostro hacia él—. Todo lo que te dije es verdad. Te amo y siempre te amaré, pero nunca te hubiera perturbado con mi confesión de sospechar que estabas recobrando el conocimiento y te agradecería que saques ese pensamiento de tu cabeza.

—No tengo ninguna intención de hacerlo.

—No debes preocuparte, Clayton —sus labios temblaron y se volvió para ocultar las lágrimas—. Ya se me pasará, sin ningún fraternal sermón tuyo.

—Huir no te va a ayudar.

—¡Aplícate eso tú mismo! —replicó con brusquedad y el ambiente de pronto se electrizó.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo no soy la que está huyendo, Clayton —dijo ella con frialdad enfrentándose a él—. Tú eres el evasivo.

—¡No, Maura! ¡Si he estado huyendo es por tu bien, no por el mío! —explotó él de pronto acercándosele—. ¿Tú sabes cómo puede afectar a un hombre de veintisiete años el descubrir que se enamoró de una chica de diecisiete, a quien siempre consideró su hermana? ¿Puedes imaginar el sentimiento de culpa y disgusto conmigo mismo, al advertir de pronto que no me podía acercar a ti, sin

desear tocarte y hacerte el amor apasionadamente? —Clayton la cogió por los hombros con violencia y sus dedos se clavaron en ella a través de la bata, haciendo que Maura contuviera un grito de dolor cuando la atrajo con rudeza hacia sí—. ¡Dios santo, Maura!

El corazón de Maura empezó a latir tan aceleradamente, que apenas podía respirar, cuando las manos masculinas se deslizaron por su espalda para atraer sus caderas hacia las de él.

—Me has hecho vivir en un infierno desde la fiesta de tus diecisiete cumpleaños cuando bajaste por la escalinata para saludar a tus invitados. Ya no eras una niña, eras una joven sensual, que no había despertado al amor, y yo sentía unos celos locos de cada joven que bailaba contigo.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —murmuró Maura, mientras la cabeza le daba vueltas por la confusión y puso las manos sobre el ancho pecho de Clayton apartándose.

—¿Sabes por qué nos peleábamos tanto durante los años siguientes? —preguntó a su vez, como si ella no hubiera hablado—. Buscar un pleito contigo, era la única forma en que podía protegerme contra el deseo de poseerte, y no quería que te acercaras mucho. Cuando empezaste a hablar de ir a la escuela de magisterio una parte de mí se alegró de no tener la tentación cerca, pero la otra, egoísta y celosa, quería que estuvieras aquí, donde pudiera vigilarte todos los días.

—No lo entiendo —ella movió la cabeza haciendo que flotara el dorado cabello alrededor de su rostro y sus hombros—. Hubo veces, durante los últimos meses, en que hice patentes mis sentimientos y siempre me rechazaste. ¿Por qué?

—Soy diez años mayor que tú. Conozco mis sentimientos, pero tenía que estar seguro de los tuyos y ahora lo estoy. ¿Llevas ropa bajo la bata?

—No —gimió ella—. ¿Y Valerie Austen? —preguntó, zafándose de sus brazos y apartándose de él.

—Val es una amiga mía y alguien de quien me aproveché descaradamente, en mis intentos por olvidarme de ti. Ha seguido siendo mi amiga, a pesar de que sabe lo que siento por ti.

—¿Lo sabe? —preguntó Maura con incredulidad y Clayton asintió.

—Le telefoneé desde Durban y le pedí que estuviera en Hilltop

cuando llegamos a casa aquel día —explicó él frunciendo el ceño—. Quería ver tu reacción, pero te encerraste en ti misma de tal forma que el experimento fue un fracaso.

—Hasta que te abrí mi corazón cuando pensé que estabas inconsciente —dijo ella, con voz ahogada por la emoción.

El alivio y la felicidad la invadieron, haciendo que fluyeran las lágrimas al lanzarse a los brazos de Clayton, para apoyar el rostro en su pecho.

Se quedaron abrazados en silencio, con sus corazones y sus cuerpos en perfecta armonía, hasta que Clayton le alzó la barbilla con gentileza para posar sus labios sobre los de ella.

Las barreras habían caído al fin y se besaron con una pasión largamente contenida. Maura no podía pensar con coherencia, ni quería hacerlo, cuando Clayton la dirigió hacia la cama y la acostó en ella. Sólo deseaba expresar su amor de una forma más explícita que las palabras y le rodeó el cuello con los brazos al sentir el cuerpo de él junto al de ella.

—Tu piel huele a gardenias.

Su boca dejó la de Maura para explorar la parte sensible de su cuello, mientras los dedos abrían la bata, para acariciar los senos; el placer de su contacto era tan intenso, que la joven jadeó.

Tomó el rostro de Clayton entre las manos y descaradamente guió su boca al pecho, sintiendo un doloroso deseo surgir en su interior. Clayton se movió contra ella, haciéndola consciente de su propio deseo y Maura arqueó las caderas buscando estar más cerca del hombre al que amaba profundamente. Clayton frenó sus emociones con admirable control.

—Me conoces con todos mis defectos, *gatita* —murmuró con una voz gutural, desconocida, mientras acariciaba los pezones de Maura, hasta que palpitaron de deseo. Ella casi gritó cuando él cesó sus eróticas exploraciones para cerrarle la bata—. ¿Crees que podrás pasar el resto de tu vida soportándome como marido?

—Ah, Clayton, yo también tengo defectos —susurró ella con voz temblorosa, al pasarle un dedo por la mandíbula—. Tú has tenido que tolerar todos mis defectos, casi desde que nací, ¿crees que podrás resistirlos toda la vida?

—Creo que ninguno de los dos tenemos alternativa —dijo él con voz vibrante por la emoción—. Te amo, Maura.

—Yo también te amo —atrajo la cabeza de Clayton hacia la suya y entreabrió los labios bajo los de él para recibir la invasión de su lengua. Sus dedos impacientes desabotonaron la camisa de Clayton y deslizó las manos para explorar el tibio y áspero torso deleitándose en la firme textura de su piel.

—Me gusta mucho lo que haces, Maura, pero estás jugando con fuego —gimió él mordisqueándole una oreja—. Tal vez no esté en perfectas condiciones, pero no estoy sexualmente incapacitado y te deseo tanto, que necesito muy poco estímulo para hacer lo que debería esperar hasta después de la boda.

Una ola de calor invadió las mejillas de Maura y evadió la burlona mirada de Clayton, al empujarlo para salirse de la cama. Cruzó la habitación y se sentó bajo la ventana aspirando el fresco aire, para relajar la tensión.

—Hablando de matrimonio…

—Tendrá que ser el sábado que es cuando empiezan las vacaciones de la escuela, para que podamos tener una luna de miel decente antes que regreses al trabajo —terminó Clayton cuando ella titubeó. Maura se volvió y lo encontró sentado junto a ella.

—No hablas en serio.

—Claro que sí —le sonrió—. He esperado bastante a que madures, *gatita*, y no voy a prolongar ni un día más esa espera.

—Supongo que te darás cuenta de que sólo me das seis días para hacer los arreglos necesarios.

—Mamá te ayudará.

«Sí», pensó ella y una trémula sonrisa curvó sus labios al imaginar la reacción de Ángela ante la noticia y ni siquiera podía adivinar la reacción de Joan cuando le dijera que iba a casarse con Clayton.

—¡Ah, Clayton! Dudo mucho de que duerma esta noche.

—Yo sé que no lo haré. Pensaré en ti toda la noche. Imaginaré que te abrazo y las noches en que no tendré que despedirme de ti.

Maura movió lentamente la cabeza y oprimió sus tibios y tembloroso labios contra el pecho desnudo de Clayton. Oía los acelerados latidos de su corazón y de pronto un sonido familiar entró en la habitación.

—Ha regresado el ruiseñor —sonrió ella, con una profunda sensación de paz y felicidad—. Me alego de que lo haya logrado.

—Me pregunto si su trayecto habrá sido tan difícil como el nuestro —murmuró Clayton con una sonrisa poniéndose de pie y levantando a Maura con él, para abrazarla—. Quisiera tenerte así toda la noche, pero mi deseo de acariciarte y de hacer el amor es tan intenso, que encuentro difícil resistirlo —la estrechó contra sí y la besó en los labios, antes de apartarla—. Buenas noches, mi amor, y sueña conmigo.

*Mi amor*. Un calor que la derretía la recorrió al desearle las buenas noches y su felicidad era tan intensa, que parecía que el corazón le estallaría al verlo salir de la habitación.

—Clayton… —susurró su nombre casi con reverencia unos minutos más tarde acostada en la cama, y sonrió al sentir que penetraba el nebuloso mundo de los sueños.

Los sueños casi siempre se desvanecían al amanecer, pero Maura sabía que su sueño más importante se había convertido en una realidad que prevalecería cuando despertara. Era real, vivo y eterno.

# Fin